

¡NO PUEDES
SER

TÚ!



SARAH
RUSELL

¡NO PUEDES
SER TÚ!

SARAH RUSELL

¡No puedes ser tú!

Sarah Rusell

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: Diciembre, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1



Arranqué el coche y casi se tiran los viandantes al suelo, ese tubo de escape ya estaba en las últimas, pero claro, sin trabajo, apenas me daba mi madre para lo justo y poco más, demasiado que ese día me podía permitir el lujo de cogerlo pues tenía un restillo de gasolina.

El coche era de mi padre que había fallecido doce años atrás, para aquellos entonces ya lo tenía desde hacía ocho años por lo cual, demasiado que siempre se le hacía un arreglo de última hora para pasar la ITV y lo bueno era que, un vecino mío que trabaja allí, nos echaba el cable y nos daba el visto bueno pues sabía con la poca pensión que se vivía en mi casa. A mi madre solo le quedaron setecientos euros, los únicos ingresos que entraban en el hogar, ya que yo no encontraba trabajo o me duraban dos días.

La casa estaba pagada, por ese lado nos salvábamos, pero vamos, vivir con mi madre era vivir en un constante mal rollo impresionante y es que siempre tenía una cara que le llegaba al suelo y chocábamos bastante.

Iba a una entrevista de trabajo para la que no tenía ni cita, pero me habían dicho que estaban buscando limpiadora para las oficinas de una de las mayores firmas de joyas.

—¿Su nombre y apellido, por favor? —me preguntó la chica de detrás del mostrador.

—Clara Bronca.

—¿Cómo?

—Clara Bronca.

—A ver, su nombre es...

—Clara —resoplé.

—¿Y su apellido?

—Bronca. B de Barcelona, R de Roma, O de Oviedo...

—Ya, ya —negaba con la mano para que me callara mientras ponía mala cara, incrédula por mi nombre. ¡Ni que tuviera yo la culpa de llevar ese San Benito!

—¿Y a qué hora dice que tiene la reunión con Susana?

—A las diez —sonreí.

—No, no veo aquí ninguna cita, déjeme un momento que vaya a hablar con ella.

—Gracias.

Mentira cochina, no tenía ninguna reunión con la tal Susana, pero estaba claro que era la única forma que tenía para llegar a la jefa de limpieza e intentar camelármela para que me diera el puesto.

Eché una visual y volvió, me hizo un gesto para que la siguiera.

—¿¿¿Clara??? —preguntó al verme.

—Joder ¿¿¿Susana??? —exclamó emocionada y vino a abrazarme.

—¡Sí! —exclamó emocionada y vino a abrazarme.

—No me digas que eres la jefa de limpieza.

—Sí, desde hace un par de años —agarraba mis manos.

—El tiempo que no llevas con mi primo Ricardo.

—Efectivamente —se rio—. Por cierto, perdona, no tenía constancia de esta cita.

—Tranquila, ni yo, pero me dijeron que estaban buscando personal y ya sabes —reí.

—Le echaste morro... —Volteó los ojos riéndose.

—Efectivamente.

—Sabes que siempre tuve debilidad por ti y que te daré el puesto, pero me tienes que prometer que no la vas a liar.

—No, no, pero ya sabes que los fines de semana son sagrados.

—Tranquila —se reía negando—, el horario es de lunes a viernes de ocho a dos.

—¿Y no hay de diez a dos?

—¡Clara! —se rio.

—Está bien, haré un sacrificio y me levantaré más temprano.

—No cambias —me dio un pellizco en la mejilla.

—¿Y cuándo empiezo?

—El lunes.

—De lujo, así tengo cuatro días de descanso hasta entonces.

—Qué morro tienes. Anda ven, vamos a ir al despacho del asesor para que te prepare el contrato.

—¿Está bueno?

—Tiene sesenta años, no está mal, pero no empieces —me dio una colleja y la seguí hasta allí.

Tras dos golpecitos en la puerta y escuchar una voz de lo más varonil, entramos y juro que casi me desmayo.

¡Madre mía cómo estaba el asesor! Si ese hombre era abuelo, yo firmaba por llegar a su edad en las mismas condiciones. Qué bien llevados los sesenta años, por Dios.

Que yo me esperaba un señor así bajito, más bien calvo, regordete, con el traje tan apretado que le podría estallar el botón del ombligo en cualquier momento, y tenía delante a mi propio guardaespaldas, pero literalmente porque el tío era clavado a Kevin Costner.

Más de metro ochenta, ojos azules, cabello castaño con unas cuantas canas y bien apañado. Vamos, que si yo tuviera veinte años más le tiraba los tejos.

Un codazo me sacó de mis pensamientos, miré a Susana y ahí estaba ella, con ceja arqueada y con la cara de “No la lées, que no te contrato”, que me estaba dando hasta miedo.

—Señor Pérez, veníamos a que le prepare el contrato a la chica nueva para limpieza —le dijo ella.

—Ahora mismo. Si me permites tu DNI —lo saqué del monedero, se lo entregué y tras leer mis datos le vi contener la risa, y le estaba costando, pero el hombre era un caballero de los pies a la cabeza y no dijo ni pío.

Media hora después salí del despacho con una amplia sonrisa y más feliz que todas las cosas, ya tenía mi nuevo empleo así que a partir del lunes tocaba dar el do de pecho, madrugar y dejar aquellas oficinas como los chorros del oro.

—Muchas gracias, Susana —dije dándole un abrazo.

—Con que seas responsable y no me falles, me doy por satisfecha.

—Lo haré, no te preocupes.

—Nos vemos el lunes, en el vestuario tendrás una taquilla con tu nombre y dentro la bata de limpieza.

—Genial. Nos vemos.

Lo de limpiar mesas y fregar suelos no era el sueño de mi vida, pero no había estudiado, no encontraba otra cosa y necesitaba dinero, que con lo que me daba mi madre para salir algún fin de semana, no me llegaba.

Subí al coche y por más que le daba no quería arrancar, así que esperé cinco minutos ahí metida, asándome como un pollo, hasta que al fin me hizo caso.

Volví a casa, pero antes me pasé por la panadería a por una barrita de pan, era la matraca de mi madre, si sales trae pan y si no salía ese día no comíamos pan.

—Ya he vuelto —dije en cuanto entré.

Vivíamos en una casa baja, con un pequeño jardín delantero, tres habitaciones, salón, cocina y, a Dios gracias, dos cuartos de baño. Bueno, cuarto de baño y aseo, el segundo era el que yo me había quedado para mí solita, que para algo estaba cerca de mi habitación.

—¿Has traído pan? —preguntó ella, a voz en grito, desde la cocina.

—Sí —contesté cuando llegué a la puerta y lo dejé en la mesa.

—Vamos a comer en nada, pon la mesa.

—Me cambio en dos minutos y voy.

Y así fue, me puse el pantalón corto y la camiseta de tirantes de andar por casa, puse la mesa y la ayudé a servir la comida.

Como de costumbre, ese rato el silencio era tan solo roto por los cubiertos chocando en los platos, pero es que prefería no hablar para no acabar discutiendo.

Cuando acabamos, me puse un café, cogí un cigarro y me asomé a la ventana del salón para fumarlo tranquila. Tardó poco en echarme la bronca.

—No sé las veces que te he dicho que lo dejes.

—Pues como tropecientas, pero sabes que me da igual.

—El mismo vicio que tu padre.

—Algo tenía que tener de él, no iba a ser todo tuyo.

Y es que me parecía físicamente a mi madre un montón, pero el carácter era el de mi padre.

—Más valía que hubieras salido a mí en otras cosas.

—¿Por ejemplo? —pregunté sin mirarla.

—En lo trabajadora, que no te dura un puesto más de dos días. Yo no sé qué hice mal contigo, de verdad que no lo sé.

—Pues si no lo sabes tú...

—¿Ves? Siempre contestando. Eres como el aceite hija, tienes que quedar por encima.

—Papá decía eso mismo de ti.

Me acabé el cigarro y el café de un trago, cuando iba a la cocina para fregar la taza, volvió a la misma cantinela de todos los días.

—A ver si encuentras un trabajo pronto, porque estás todo el día aquí sin hacer nada.

—Ya tengo un trabajo, empiezo el lunes, para tu información.

La dejé mirándome con los ojos más abiertos que una lechuza, sorprendida, sí, porque no le había dicho nada de mi nuevo empleo, ni lo habría hecho si no hubiera vuelto a lo de siempre.

Me tumbé en la cama, cogí el móvil y los cascos y me puse música, cerré los ojos y dejé que una a una, canción tras canción, me hiciera olvidarme del mundo.

CAPÍTULO 2



Empezaba bien el jueves, con mi madre a las seis de la mañana pasando el aspirador. En serio, qué sé que hay que limpiar, pero... ¿a las seis de la mañana? ¿Es que no tenía otra hora?

Pero claro, si es que lo hacía por fastidiarme y nada más.

Me levanté, salí a tomarme un café y la vi con los cascos puestos, escuchando música que estaba ella para no oír el ruido de la máquina esa del infierno con la que me solía levantar algún que otro día.

Normalmente la mañana siguiente a mi salida nocturna.

Un par de tostadas, café y el cigarro de después y volví a mi habitación para arreglarla antes de que me dijera que lo hiciera, aunque claro, el huracán madre ya había pasado por allí arrasando el suelo y...

—¡¡¡Mamá!!! —grité quitándole uno de los cascos.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¡Dónde está mi tabaco!

—Yo qué sé, tú sabrás.

—Mira, como lo hayas tirado...

—¿Y qué si lo he hecho? Te he dicho que lo dejes.

—¡Qué no te metas en mi vida!

—Mientras vivas en esta casa, me meteré las veces que quiera.

—¡Deseando estoy de largarme, de verdad que sí!

Entré en la habitación, dando un portazo por supuesto, recogí todo, me di una ducha y tras ponerme un conjunto veraniego, salí de casa.

Necesitaba estar sola, no verla, porque al final acabaríamos discutiendo aún más.

No sabía en qué momento la convivencia con mi madre se había vuelto así, pero nos pasábamos el día gritando y discutiendo por casi todo, el tema principal era mi trabajo, o mejor dicho la falta de él, aunque yo no tenía la culpa de que estuviera tan mal la cosa y no encontrara nada y, cuando lo hacía, no duraba.

Me di un paseo por el parque que teníamos cerca de casa, un largo paseo mientras escuchaba música, hasta que me senté en uno de los bancos simplemente a disfrutar del día, del sol y de las vistas.

Pensé en mi nuevo trabajo, estaba feliz porque iba a formar parte de la población activa, una empleada más que se levantaría cada mañana para cumplir con su cometido, en mi caso el de mantener impecablemente limpias las oficinas, vamos que me veía yo como cualquier señora de anuncio de productos de limpieza diciendo: “*Si es que me quedan los suelos brillantes, brillantes*”.

Desvariaba un poco, pero el vivir con mi madre era lo que tenía, que acabaría loca.

Continué con mi mañana de jueves en la calle hasta casi la hora de comer, compré el pan y entré en casa sin decir ni media palabra.

Mi madre no estaba, pero a veces hacía eso, yo me iba para estar sola y ella no comía conmigo, se iba a casa de su mejor amiga.

Pues nada, como no me había dejado nada preparado, me hice unos huevos fritos con patatas. No es que yo fuera como uno de esos grandes cocineros famosos, pero vamos, en la cocina me defendía haciendo lo justo.

Me tomé el café fumándome un cigarro, y es que siempre tenía algunos guardados por si me quedaba sin ellos, pero esto era una emergencia.

Pasé el resto de la tarde viendo la televisión, nada del otro mundo, capítulos de esos repetidos de algunas series.

Mi madre llegó antes de cenar, no me dirigió la palabra ni yo a ella, no le pregunté dónde había estado ni qué tal lo había pasado, claro que ella tampoco se interesó por saber si había comido algo.

Nada, me preparé un sándwich para cenar en mi habitación, miré un poco en Internet y me acosté temprano.

Deseando estaba que acabara ese jueves de una vez.

El viernes empezó un poquito mejor, al menos no estaba mi madre por la casa con la aspiradora. A veces me sentía como en un cuartel militar, donde te despiertan tocando la corneta.

Cuando entré en la cocina para hacerme el desayuno, la vi preparando todo para hacer la comida y, por lo que veía, tocaba ensaladilla rusa.

Me tomé el café y las tostadas, volví a mi habitación a hacer la cama y le mandé un mensaje a mi amiga a ver si nos veíamos esa noche, me dijo que sí, así que al menos no me iba a pasar mis tres últimos días de libertad metida en casa.

Vale, que no me iba a encerrar en ningún sitio, solo empezaba a trabajar, pero es que tenía que celebrar, aunque fuera un poquito que iba a tener un sueldo para mis cosas y aportar algo en casa.

Que tan mala hija no era, aunque mi madre se empeñara en ver lo contrario.

Pasé el resto de la mañana en mi habitación, con la música puesta, reorganizando el armario y escogiendo lo que me pondría por la noche.

Mi madre y yo comimos sin hablar más que el típico “pásame el agua” y poco más.

Café, un poco de televisión y empecé a arreglarme.

En cuanto mi madre me vio salir del aseo envuelta en la toalla, ya supo que iba a salir y me puso una mala cara que no podía con ella.

Me dio igual, no pensaba cambiar mis planes, claro que tenía que pedirle dinero, que con diez euros que tenía pues... poco iba a hacer.

Había quedado a las diez frente a mi casa con Melody, mi mejor amiga, así que una vez lista salí cruzando los dedos y hasta santiguándome para que mi madre me diera algo de dinero sin decir nada, pero...

—Mamá, me voy —dije entrando en el salón, donde estaba ella tomándose un té.

—Ya me extrañaba que te quedaras en casa un viernes.

—Mamá...

—No, si no digo nada, vete, pero no vengas tarde.

—¿Me das dinero? —Tres, dos, uno...

—¿Tú te crees que lo fabrico todas las noches, o qué? Siempre igual, a ver si este trabajo te dura más y no me pides dinero a mí para salir.

Se levantó del sofá de mala gana, fue a la habitación y volvió con un billete en la mano.

—¿Cinco euros? —pregunté mirándola, incrédula. Por Dios que eso es lo que me daba con

doce o trece años.

—Y da gracias, que la semana que viene no comemos pan.

—De verdad, qué ganas tengo de ganar un sueldazo y que te sientas un poquito orgullosa de mí.

—Sueldazo dice ¡ja! Ni que fueras a encontrar trabajo de contable en una multinacional, hija.

Que no acabaste ni la secundaria, por Dios.

—¿Y por qué no? Venga, di por qué. Espera, que ya te lo digo yo. ¡Porque preferí no estudiar para que pudiéramos vivir! Que con la pensión que te quedó a ti y la que me daban a mí, a la universidad no iba a poder ir.

—Tampoco quisiste ir nunca, así que no me digas que es por...

—¡Claro qué no quise! Para no quedarnos sin dinero, mamá. Que parece que no quieras verlo.

—Lo que hay que escuchar...

—Me voy, apunta estos cinco euros en un cuaderno, y haz cuentas si quieres de lo que me has ido dejando para salir desde que cumplí los dieciocho, que en cuanto pueda te lo devuelvo. ¡Y con intereses!

Salí de casa dando un señor portazo, vamos que un poco más y la puerta se cae.

Respiré hondo con los ojos cerrados y puse el chip de viernes por la noche.

CAPÍTULO 3



—No aguanto a mi madre, no la aguanto —dije nada más ver a Melody.

—Paciencia, ya sabes que siempre estás así.

—Qué ganas tengo de irme a mi propia casa.

—Pues ya sabes, ahora con el nuevo empleo quizás te dé para alquilar una habitación.

—Idiota —reí.

—¿Cómo vamos de presupuesto hoy?

—Fatal, quince euros llevo, a lo que hay que restarle un paquete de tabaco, ya me quedan once.

—Yo compro también otro para mí y me quedarán veinte así que tenemos treinta o por ahí, nos vamos a las bodegas, nos pillamos un litrito de algo para tomar a medias y si ligamos hasta nos lo pagan.

—Vamos, vamos —reí haciendo el famoso drakuleo del *Tik Tok* con el culo.

—A veces pienso que nos debería de tocar una lotería, pero joder si es que no nos llega ni para comprar boletos.

—Ni para condones, cualquier día salimos preñadas —bromeé sacándole la lengua.

—Pues que sea de uno con casa, trabajo y que nos dé buena vida.

—Eso, que ya una está muy cansada de luchar.

—Di que sí.

Llegamos a la bodega que más nos gustaba pues tenía un patio interior gigante al aire libre y es que el verano era para eso, para disfrutar de sus noches a la intemperie.

—¿Nos pedimos unas macetas de ron con Coca-Cola?

—Sí, sí.

Nos acercamos a la barra para pedirlo y luego ir a sentarnos en los taburetes de uno de los barriles repartidos que había por la terraza. Era una preciosa bodega donde servían tanto vinos como copas a lo grande, los cubatas en macetas, los vinos en botellas de plástico que rellenaban de los barriles y te daban las copas, así que aquel era el lugar perfecto para, por poco precio, beber en condiciones y calentar motores antes de ir a mover el esqueleto.

Nos sentamos a beberlo con las cañitas y justo en la mesa de al lado había dos chicos trajeados que se veía que venían de trabajar o de alguna reunión, vamos unos de esos pijos que no pegaban por aquel lugar, pero del que se llenaba también y es que esa bodega tenía algo que atraía a una gran mayoría de la ciudad.

—Esos dos son unos “*Sugar Daddy*”.

—Fijo, además de buenorros y maduros, deben tener la cartera más grande que lo que tienen entre las piernas —murmuré con la cañita en la boca mientras mi amiga se moría de la risa.

—¿Te imaginas ir de cena con esos? Tienen que pelar las gambas con tenedor y cuchillo, se morirían de vernos chupar las cabezas como si fuéramos succionadoras.

—Ya te digo...

—¡Oye! —le gritó la muy descarada a uno de los dos que se levantó para ir a pedir a la barra y

el hombre se giró—. Tráenos una de ron cola que esto nos lo bebemos en nada.

—No hay problema —le contestó sonriendo y negando.

—Hala, ya tenemos la segunda por la cara, total para él diez euros, seguro que es como para nosotros cinco céntimos.

—Tía, luego dices que yo tengo morro, pero tú te las traes —volteé los ojos.

—Calla, que como no tengan prisas nos pagan las copas toda la noche, tú verás —decía mirando al amigo que se había quedado en el barril muerto de risa mirándonos mientras las dos murmurábamos sonriendo.

Apareció con nuestra maceta y una botella de vino para ellos que dejó primero en la mesa y luego se acercó a nosotras.

—Aquí tenéis —la puso sonriendo.

—¡Hostias!, tú no tienes acento de aquí —le contesté al oírlo.

—Soy de Galicia.

—Eso está por Barcelona, ¿no? —le pregunté.

—Qué dices, Clara, eso está en Extremadura, qué bruta me has salido —murmuró mi amiga negando.

—Vaya dos, qué gracia tenéis, espero que disfrutéis del ron y si necesitáis algo más me lo decís —señaló a su mesa.

—Nada, cuando vayas a por otra convidada te acuerdas de nosotras y listo —contestó Melody, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso está hecho —nos hizo un guiño que nos dejó con la baba caída y se sentó con el amigo.

—Me acabo de correr con ese guiño —murmuré poniéndome la mano en el pecho.

—Esos dos tienen que ser unas máquinas sexuales.

—Las deben tener en fila india —no dejaba de mirarlos y hasta nos sonreían, sí, un poquito descaradas éramos.

—Sí queréis... —dijo el amigo del gallego señalando a los dos taburetes.

—Claro —dije levantándome antes de que se arrepintieran y cogiendo una de las dos macetas, mi amiga cogió la otra.

Se presentaron, el gallego se llamaba Martín y su amigo Rodrigo.

—¿Tú también eres de Extremadura? —preguntó Melody a Rodrigo.

—No, yo soy de aquí de Cádiz.

—Menos mal, un español —murmuré sonriendo.

Los dos se echaron a reír.

Mi amiga, que tenía más cara que espalda, bueno al igual que yo, comenzó a meterse en su papel.

—Pues nosotras hoy hemos salido por los pelos, estamos agotadas del trabajo, tenemos una clínica de depilación definitiva y no damos abasto, nos faltan horas en el reloj, eso sí, pelos no tenemos ni uno más que en la cabeza y en las cejas —soltó causando una risa en ellos.

—Mujeres emprendedoras —murmuró con media sonrisa Rodrigo.

—Sí, nosotras lo emprendemos todo, emprendemos las luces al entrar, emprendemos las máquinas láser para trabajar, sí, sí, todo.

—Mi amiga y yo —dijo Melody— emprendemos todo solitas, vamos que no tenemos allí nadie para que nos emprendan las cosas.

Los dos se morían de la risa, joder encima que nos la dábamos de mujeres que lo hacíamos todo solitas, no entendía qué les hacía tanta gracia, aunque arte teníamos un rato.

Ellos eran empresarios, no nos dijeron de qué, pero vamos se notaba que tenían más dinero que todas las cosas.

Melody les sacó la edad, Martín tenía cuarenta y tres y Rodrigo treinta y nueve.

A mi Martín me parecía de lo más atractivo, tenía un no sé qué, que me ponía taquicárdica.

De allí nos invitaron a otra bodega que había en la calle de atrás, esta tenía una terraza en la calle y se estaba de lujo así que accedimos, total era más cara, pero estos nos iban a pagar las rondas sí o sí.

Mi amiga se puso a hablar con Rodrigo de las playas de la zona y yo con Martín de la movida nocturna en verano de toda la provincia, y es que se veía que se movían bastante, cosa que nosotras hacíamos poco debido a que mi coche estaba para el retiro y el de mi amiga era del padre y por las noches no se lo dejaba, así que teníamos que movernos solo por la ciudad, pero vamos, eso no le dije, nosotras teníamos coches nuevos y de todo ante los ojos de esos dos pijos.

Hasta a la hora de decir dónde vivíamos dijimos que un edificio de esos del paseo marítimo con vistas al mar, vamos no íbamos a decirles que en el Cerro del Moro que entonces fijo que hasta se escondían las carteras por si le desaparecían en cualquier momento, o peor aún, se pensarán que éramos traficantes.

A ver que en mi barrio había de todo, pero más malo que bueno, aunque nosotras éramos pobres, pero honradas.

Estuvimos con ellos tomando copas por los menos hasta las cuatro de la mañana, lo que nos reímos fue poco, luego nos quisieron acercar en taxi a nuestras casas, pero fingimos estar tan cerca que nada, desistieron de insistir.

Me levanté a las doce de la mañana, ya sabía yo que escuchar a mi madre no iba a ser moco de pavo, así que me tomé un sobre que eché en la botellita de agua que tenía en mi habitación y así algo me aliviaba el dolor de cabeza y más cuando esa mujer se pusiera con los reproches.

Pero no, salí a la cocina y tenía una nota sobre la mesa diciendo que se había ido con la amiga y que ahí me dejaba una tortilla de patatas y pan para la playa.

Comencé a llamar a Melody, pero no daba señales de vida, así que me preparé dos bocadillos de tortilla, metí una botellita de refresco en la mochila, toalla y me fui yo sola.

De camino me sonó un mensaje y pensé que era de Melody, pero no, era de Martín, me quedé a cuadros.

Martín: *Buenas tardes, me preguntaba si te apetecería venirte a mi campo de los Caños de Meca a pasar el día.*

Joder, a los Caños de Meca nada más y nada menos, con la marcha que había ahí alrededor de la playa, molaba.

Clara: *Claro, por supuesto, vamos no me lo pierdo ni loca.*

Nada, yo no me cortaba ni un poquito.

Martín: *¿En media hora en los delfines?*

Clara: *Sí, estoy en el bar del delfín de la esquina.*

Martín: *Perfecto, ahora paso a recogerte.*

Me senté en el bar a tomar un refresco, que me iban a clavar dos euros y medio, pero joder, no me iba a poner en el paseo sentada en el muro a beberme lo que llevaba en la mochila a gollete, que luego me pillaba el pijo y lo iba a asustar.

En ese momento me llamó Melody con una resaca monumental, no podía ni hablar, decía que de esa no revivía, pero claro que lo haría, vamos que con peores habíamos lidiado.

Le conté que me iba a los Caños con Martín y me preguntó quién era Martín, así estaba la niña,

menos mal que rápidamente le vinieron las luces y me preguntó por Rodrigo, le dije que de ese no sabía nada, pero que me piraba con mi *Sugar Daddy*.

Que sí, que estaba como una cabra, me iba con un hombre veinte años mayor que yo, pero que estaba más bueno que todas las cosas, encima me lo iba a pagar todo. ¿Qué más quería? ¡Eso era un chollo!

En ese momento me llamó mi madre.

—Hija, ¿has cogido de casa la comida y los tres euros que te dejé sobre la mesa?

—Sí, mami —sonreí de forma irónica, total no me veía.

—Ayer te pasaste llegando tarde.

—Tengo veintitrés años, como comprenderás no voy a llegar a las doce.

—Bueno, está bien, esta tarde te veo, salí un poco con mi amiga.

—Mamá, yo no sé si volveré esta tarde, esta noche, o por la mañana, resulta que una amiga que tenemos Melody y yo en común, va a hacer una barbacoa en su campo y nos vamos en su coche que nos va a llevar su padre.

—Bueno, pues me avisas con lo que sea y recuerda no beber, esta mañana olía la casa a perros muertos.

—Mamá, date un bañito en la playa que te hará bien.

—Mira...

Le colgué porque sabía que me iba a soltar una barbaridad y la verdad es que no me apetecía escucharla.

Menos mal que me había dado ese planazo, ya la playa estaba a reventar de gente y es que era normal, Cádiz, verano, fin de semana, pues la cosa se ponía por todas partes llena de gente, sobre todo de turistas que venían locos por pasar unos días junto al mar.

Melody me volvió a llamar.

—Me acaba de escribir Rodrigo, que me pasa a recoger para invitarme a comer a un chiringuito de la playa. ¿Flipas?

—En colores —me reí.

—Me estoy tomando dos Ibuprofenos para que se me pase la que tengo encima, me voy a duchar y me voy con él, joder que una no liga todos los días con un *Sugar* como ese.

—Ya te digo, pues yo que me piro a los Caños y espero no volver hasta mañana —me reí.

—¿Llevas ropa?

—La puesta, pero, ¿para qué quiero más si con andar desnuda me es suficiente?

—Eso, tú a la yugular.

—Yo a que me den lo habido y por haber —me reí.

—¿Te imaginas que terminas acostándote con él?

—Me lo imagino, me lo imagino —me eché a reír—. Niña te dejo que ahí está con el coche, menudo carro, eso vale más que la casa de mi madre.

—Venga nos vamos contando...

CAPÍTULO 4



—Buenas tardes, don Martín —solté en plan bromista montándome en el coche.

—Buenas tardes, Clara. ¿Qué tal? —preguntó saliendo de allí, pues ya los coches comenzaban a pitar.

—Pues con resaca, pero va aminorando, bendito ibuprofeno —sonreí.

—Ahora te daré algo que te dejará nueva.

—Uy, eso sonó mal, te recuerdo que vas a cargo de una niña.

—Bueno, eso también lo pensé —carraspeó con su media sonrisa.

—Pues ya sabes, a portarte bien —reí.

—Siempre intento hacerlo —arqueó la ceja mirándome de reojo.

—¡Qué lástima! —le provoqué una risa mientras negaba.

—¿En qué quedamos? ¿Quieres que me porte bien o mal? —sonrió mientras conducía.

—Ya veremos, ya veremos —sonreí con amplitud, pero vamos que yo quería que fuera malo malísimo, y es que un *Sugar Daddy* así no me lo regalaba de nuevo la vida ni para otro ratito.

En el coche sonaba “El barrio” y eso que no me esperaba a Martín que siendo de fuera escuchara un grupo como este, pero a mí me encantaba, vamos que me arrancaba a bailar y todo si estuviera de pie.

Antes de llegar a los Caños paró en un supermercado y compró algo de carne y algunas cosas más, luego nos fuimos directos hasta lo que él llamaba su campo, vamos un pedazo de casa en un pequeño terreno cerca del mar, con piscina, barbacoa y zona para tomar el sol, flipé en colores.

—En serio... ¿A esto llamas campo?

—Sí, ¿por?

—Esto para mí es un palacio —me eché a reír—. Hasta se me quitó la resaca, ya me puedes invitar y todo a una copita de vino que me planto ahora mismo ahí —señalé hacia las escaleras de la piscina— y me siento como en el Caribe.

—Dame cinco minutos que suelte todo esto en la cocina y te traigo un vino, luego enciendo la barbacoa y hago una carne.

—Pues yo te había hecho un bocadillo de tortilla de patatas —mentí, pero tenía dos que hizo mi madre—, así que podemos comer eso y por la noche la carne antes de irnos.

—¿Tienes prisa?

—No, ¿por?

—Por lo de irnos, podemos quedarnos hasta mañana.

—Claro, pero también me podrías haber avisado y habría echado ropa para cambiarme, menos mal que llevo otro bikini en la mochila que siempre echo por si acaso, pero sí, me has convencido, me quedo —dije provocando una risa en él.

Entró en la casa y me quité el vestido de camiseta que llevaba, lo puse con mi bolso sobre una silla, me encendí un cigarrillo y cogí el cenicero que había sobre la mesa del porche y fui a fumármelo en esas escaleras de la piscina.

En ese momento comenzó a sonar en el exterior la música de Estopa, este tío me estaba sacando unos repertorios que me estaban dejando alucinada. No le pegaban ni con cola, pero oye, me gustaba ese punto suyo.

Aproveché para grabar un *Tik Tok* para mi cuenta, con este escenario lo iba a petar, no es que tuviera muchos seguidores, pero envidiosas medio de esos, así que ahí fui.

Escogí la canción de “Yo también tengo una jeepeta” y ahí que fui y la grabé bailando y todo, cuando terminé me di cuenta de que Martín me estaba mirando con las copas en la mano viniendo hacia mí.

—Así que te gusta *Tik Tok*... —dijo sonriendo, sentándose en el borde de la piscina y dándome una de las dos copas, y vaya con el cuerpo del chaval, eso no eran tabletas, eso eran Ferrero Rocher. ¡Qué bueno estaba!

—Un día me haré *influencer* ahí, ya lo verás —sonreí levantando la copa.

—Así que hoy tenemos bocadillo de tortilla de patatas.

—Ajá, ya verás lo buena que me sale.

—No lo dudo —sonrió.

—Vamos yo es que soy una joyita, lo tengo todo, culta, educada, cocinera, mi propia empresa, otra como yo no encuentras, yo soy tú y luchaba por conquistarme.

—Es bueno saberlo —carraspeó aguantando la risa.

Fui a por los bocatas y le di uno, me senté junto a él en el borde de la piscina, copas de vino incluidas.

Con su primer mordisco emitió un gemido de que le había gustado.

—Pues sí que te salen buenas —dijo sin saber que no había hecho ni una en mi vida, pero punto que me llevaba y eso era lo que me importaba.

—Ya te lo dije, una joyita que soy.

—¿Y dónde tenéis la clínica láser?

—¡Ah no!, eso te lo tienes que ganar, no puedo dar mi ubicación así porque sí —sonreí con amplitud.

—Bueno, bueno, intentaré ganármelo.

—Te va a costar un huevo y parte del otro, te lo digo yo.

—Dicho así, me lo tendré que pensar —apretó los dientes.

—Más te vale, más te vale.

Tras el bocadillo nos fuimos a la playa a darnos un baño, estaba petada de gente, pero merecía la pena ese contacto con el mar, además estaba a cinco minutos andando de su casa, casi caíamos en el agua.

Después de un baño en el que me reí tela porque no dejaba de subirme a sus hombros y tirarme, nos fuimos a un bar con unos jardines a tomar algo, frente a la playa. Estaba lleno de gente y la música muy ambientada, el calor también estaba presente, pero nada que una buena jarra de cerveza bien fría y la sombrilla de esos árboles no saciaran.

Le mandé un mensaje a mi madre diciendo que me quedaba en casa de una amiga, que no me esperara, y su respuesta fue, que estaba bien, pero que vaya vida la mía. En fin, no podía esperar otra respuesta por su parte.

Martín era divertido, me gustaba mucho ese carácter entre interesante, irónico y muy inteligente, vamos igualita que yo, que no pasaba de sumar diez más diez sin calculadora, en fin.

Era muy atento, escuchaba paciente, no como yo que le cortaba cada dos por tres y sonreía negando, no le dejaba decir tres frases seguidas, pero es que mi pico era de oro.

Me encantaba imitarlo con ese acento gallego, él se lo pasaba pipa.

Estuvimos ahí hasta que cayó el sol que lo vimos en la playa dándonos un último baño y volvimos a su casa. Él se duchó en un cuarto de baño y yo en otro, antes me dio una camiseta suya limpia y lo bueno que yo llevaba otro bikini y así al menos pude salir al jardín de forma decente donde ya estaba preparando la barbacoa y con dos vinos servidos.

—Huelo a hombre, pero es que me eché tú desodorante y hasta un poco de perfume —reí.

—No se nota —rio echándome el brazo por encima y besando mi sien.

—Martín, ¿me has besado?

—¿No podía?

—No digo nada, que luego me llaman la borde.

—No lo hice en los labios.

—Pues por eso —fue decirle eso y agarrarme por el brazo, pero me deshice rápidamente—. No, no, de ti no salió y por mí no lo vas a hacer.

—Ven.

—No —reí alejándome con la copa.

—No te voy a comer.

—¡Qué lástima! —Volteé los ojos y di un golpe con la pierna en el césped como si me indignara eso, él se moría de la risa.

Me bebí la copa de un trago, anduve unos pasos hacia delante, la puse en el césped, retrocedí lentamente otros pasos y le hice señas para que me la rellenara mientras él negaba aguantando la risa.

—Hasta que no vengas hasta aquí y me des un beso, no te voy a rellenar la copa —dijo con ese acento que me ponía hasta cachonda.

—A mí me lo dices en gaditano, no en extranjero.

—No soy extranjero, soy español —se reía.

—Bueno, para mí todo lo que pase de Jerez para allá, ya son extranjeros —volteé los ojos. Ni que yo supiera dónde estaba Galicia, no aprobé en mi vida geografía, era ver el mapa y me daba mareo, es más, sabía dónde estaba mi tierra porque caía abajo del todo.

—Ven para acá anda —dijo muerto de risa—, ya me estoy hasta creyendo que no sabes dónde está Galicia.

—Mira, pues al menos lo dudas —me reí.

—Mi beso...

—Te recuerdo que eres veinte años mayor que yo —le señalé de lejos de nuevo a la copa.

—¿Y?

—Puedo llamar a protección de menores —me encogí de hombros.

—Claro que sí, pero mientras llegan, voy a llenar las dos copas, las voy a poner aquí a mi lado y desde allí verás cómo disfruto de ambas mientras me deleito con el olor a carne a la brasa.

—Ojalá se te queme —solté riendo.

—¿Todo por no darme un beso?

—No, no, que tú tienes pinta de pillarme y empotrarme donde sea.

—¿Así me ves?

—Peor, peor, pero bueno, te puedo hacer una llave de kárate y que los piños los dejes en el suelo.

—Los piños... —reía negando— Anda ven para acá o voy a por ti.

—Ni se te ocurra que echo a arder la casa.

—¿En serio serías capaz? No lo creo.

—Ponme a prueba —reí nerviosa cuando vi que venía a por mí y corrí al otro lado de la piscina.

Madre mía, una carrera de mierda y ya estaba asfixiada. ¡Maldito tabaco! Y ahí que venía él y comenzamos a dar vueltas, pero nada, a la segunda me cogió y me tiré al suelo dispuesta a darle patadas para no caer rendida, que estaba deseando, pero joder que se lo currara que todo no se podía comprar con una MasterCard.

Se tiró al suelo agarrándome y poniendo su cara a unos centímetros de la mía mientras sonreía y me agarraba por los brazos.

—Dame el beso...

—¡No! Me niego rotundamente, podrías ser mi padre.

—Claro, y tu hermano, según cómo se mire —reía.

Y me besó, me mordisqueó el labio, me lo besó y me agarró por las dos muñecas levantándome, luego se fue para la barbacoa riendo.

—¡Ven para acá cobarde, que ese beso no me supo a nada! —grité muerta de risa.

—Ahora no quiero yo —bromeó.

—¿Cómo qué no? —Me tiré sobre él y lo besé de verdad, como cuando tenía quince años y me daba los lotes con el Rodolfo en la parte de atrás de la barriada, que hasta un día me pilló mi madre y nos lanzó un zapatillazo.

—¿Y para esto has liado tanto? —dijo con su media sonrisa sujetándome por la cintura.

—No te lo podía poner fácil, que luego me llamas facilona —sonreí con amplitud.

—Jamás osaría decir algo así.

—¿Osaría? Luego dices que eres de España, pero me sacas cada palabra de por ahí rara.

—No sé si te estás quedando conmigo —decía apretándome contra él.

—¿Yo? ¿Por?

—Por nada, por nada —carraspeó.

Puso la copa de vino en mi mano y se puso a mover la carne de la barbacoa, eso sí, su otra mano la colocó en mi espalda y me la frotó con cariño.

Una vez hecha la carne fuimos a la mesa del porche donde nos sentamos a cenar, la noche estaba de lujo, ni un poco de aire, las estrellas se veían perfectamente.

—Y dime una cosa, solo por curiosidad...

—Suéltalo, sin miedo.

—No, no, no es miedo, es curiosidad. Sabes dónde está Galicia, ¿verdad? Es que a veces pienso que te estás quedando conmigo y otras que no —reía arqueando la ceja.

—Pues claro que sé dónde está Galicia, vamos, faltaría más —me hice la chula aguantando la risa, vamos que me daban un mapa y lo ponía en una isla.

—Mira —sacó de su riñonera, que estaba en una silla, un bolígrafo y pintó un mapa en una servilleta— ¿Sabes qué es? —preguntó aguantando la risa y arqueando la ceja.

—Un triángulo raro, pero vamos imagino que es el mapa del mundo, es que dibujas fatal —volteé los ojos.

—Ya, es España.

—Eso lo sabía yo, pero te tengo que buscar la lengua —le hice un guiño.

—Toma —me dio el boli—. Señálame Galicia.

—Pues muy fácil, aquí —hice un círculo que cogía todo el mapa y se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, está aquí —lo marcó arriba del mapa a la izquierda.

—Ya hijo, pero es que se me fue la mano con el círculo, además que lo sé, de toda la vida, vamos.

—Ya... —Se notó como que me había pillado, que ahora tenía claro que no tenía ni puta idea de geografía, pero yo me hice la loca.

Nos pusimos a charlar entre risas, yo ya lo estaba volviendo loco, le salía por la vía de Tarifa y el pobre ya no sabía ni cuándo le hablaba en serio, o en broma.

Tras la cena sirvió dos copas de ron con Coca-Cola, nos pusimos a un lado de la mesa frente a frente, puse mis piernas encima de su regazo, por toda la cara, un masajito fijo que caía y no tardó en dármele, al final iba a dominar y todo al *Sugar Daddy*.

Las miradas cada vez se intensificaban más por su parte, eran como más penetrantes, me ponía de lo más nerviosa y jugaba con que se daba cuenta, a mí, por Dios. ¿Qué cojones me estaba pasando? Controlar la situación, eso me tenía que repetir para no decaer, joder que conmigo ninguno pudo.

Estuvo bromeando con lo de dormir, yo decía que iba a dormir en el salón o en la bañera, él me decía que en su cama y pegada a él.

—No te lo crees ni hartó vino.

—Estoy bebiendo ron —carraspeó.

—No me vaciles, que te doy diez vueltas —reí.

—Para nada, no me atrevería a ello.

—Así me gusta, obediente.

—¿Eres mandona?

—De toda la vida y no mando más porque no me hacen caso.

Martín se moría de la risa con mis respuestas, decía que era candela, vamos que tenía guasa lo que pasa que ese era de la otra punta del mapa y era normal que no me entendiera, lo raro es que hablaba español, vamos. ¡Menos mal!

Nos dieron las dos de la mañana charlando hasta que me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de la casa, directos a su cuarto.

—No voy a dormir con uno que puede ser mi padre —bromeé.

—No hace falta que duermas —se puso detrás de mí con su mano en mi bajo vientre y besó mi cabeza.

Maldito gallego que me estaba poniendo con taquicardia y sin saber cómo reaccionar. ¡Cómo me imponía este hombre!

—Te digo una cosa... —solté hasta con alzamiento de dedo— Me parece muy mal que no tengas un cuarto de esos del placer —¡ay, Dios! ¿Qué estaba yo diciendo? Joder por hacerme la chula, me tenía que callar y dejarlo actuar, joder.

—¿Qué necesitas? Puedo tenerlo —hizo como un pequeño gemido contenido y metió su mano por debajo de mi camiseta hasta llevarla al pecho.

—Nada, nada, tú esas cosas ni las has visto en tu vida —me giró y levantó mi camiseta para quitarla.

—¿Y qué te hace pensar que las necesito?

—No, no, si no es para ti, es para mí.

—¿Y qué te hace pensar que las necesito para ti?

—Yo, yo —me eché a reír y noté cómo quitó la parte de arriba de mi bikini y la dejó caer al suelo.

Me giró, puso las manos en mis pechos con esa mirada que no dejaba de penetrar en la mía y

los apretó, luego bajó sus manos hacia mis caderas, me quitó la parte de abajo y me dejó caer en la cama.

Se desnudó dejando aquel miembro en el aire, madre mía, aquello era una metralleta de esas que imponían. ¿Me iba a entrar todo eso a mí?

Comenzó a lamerme y estimularme. Madre mía cómo tocaba y comía ese maldito gallego, a este pasó me iba a hacer reventar de placer en cero segundos.

Gemí, grité con la penetración de sus dedos y me corrí a chillidos limpios, aquello había sido toda una clase magistral de cómo poner cachonda a una mujer.

—¡Eso no entra! —grité casi sin respiración al notar la punta de su miembro intentando entrar en mi cueva.

—Tranquila —sonrió negando.

—No entra, te lo digo yo —emití un grito corto y gracioso que le hizo parar y reír.

—A ver, relájate —sonrió y metió un poco más hasta que entró.

Madre mía sí es que eso era un miembro honorífico y lo demás eran tonterías, pues sí que estaban bien dotados los gallegos, joder, antes debí de haber probado uno.

Martín lo hacía de lujo, me agarraba las caderas y me manejaba como le daba la gana, yo en las manos de ese madurito me sentía como una flor abriéndose un día de sol. ¡Cómo lo hacía el jodido!

Luego me hizo girar y me puso a perrito, como se decía, y se agarró a mis caderas dándome estocadas que, menos mal que me aguantaba, porque pensaba que saldría disparada hacia el baño.

Fue brutal, terminamos haciéndolo en la ducha, vamos que hubo sexo durante una hora y a lo bruto, ¡qué aguante tenía el tío!

Esa noche dormí como una niña pequeña, vamos más a gusto que todas las cosas, eso sí, haciendo la cucharita, que bien que se pegó a mí por detrás y me rodeó con sus brazos mientras sentía su respiración en mi oreja.

CAPÍTULO 5



Desperté y lo tenía entre mis piernas, literal, comiéndose aquello como si de una almeja se tratará. Comencé a gritar de placer rápidamente y es que la sensación era tan brutal, que creí que caería desfallecida.

Sus dedos me penetraban a toda velocidad, a la vez que su lengua jugaba con mi clítoris de forma desmesurada, aquello era una explosión de excitación que no tardó en culminar en orgasmo.

Ni a reponerme me dio tiempo cuando ya tenía mis piernas en sus hombros y mis caderas en el aire, me fue penetrando hasta estar adentro y comenzar un baile de estocadas que hizo temblar los cimientos de la casa.

Tras hacerlo se fue sonriendo hacia el baño y yo me quedé ahí, intentando coger el aire, luego ya entré y me metí en la ducha de nuevo con él y en qué momento lo hice, me giró poniéndome contra la pared y comenzó a hacérmelo de nuevo, aquello era un sin parar de sexo y es que se le veía que era un tema que lo llevaba por naturaleza, por instinto, brutal, aquello era brutal.

Nos secamos, me puse el bikini y fuimos a preparar el desayuno, eso sí, entre besos y tonto. E señorito Martín se las gastaba bien, muy bien.

Nos sentamos fuera y él estaba muy coqueto y seductor, se notaba que le gustaba, vamos que le ponía como una moto y eso a mí me hacía sentir especial, aunque debo de reconocer que su edad me imponía muchísimo y a la vez me ponía, era una mezcla de sensaciones de lo más fuerte.

- Me encanta esta casa, da una paz increíble.
- ¿Solo paz? —preguntó arqueando la ceja.
- Bueno y algunos temblores —reí.
- Aún nos queda todo el día...
- Así que, ¿nos quedamos aquí hasta la noche?
- ¿Tienes prisa?
- Ninguna, así me libro de aguantar a mi madre —reí.
- Eso es por la edad, luego la querrás disfrutar.
- Si la conocieras no dirías eso —volteé los ojos.
- Es la edad, hazme caso.
- Vale, papi.
- No soy tu papi —se rio.
- Bueno, por la edad...
- ¿Qué te pasa con mi edad?
- Nada, nada —me reí nerviosa ante el gesto de su cara.
- Si quieres te lo hago como un niño de veinte años.
- Ah no, eso no —solté una carcajada.
- ¿Así que te gustan los juguetitos eróticos?
- Bueno, no es que haya probado muchos...
- O no probaste tampoco algunas técnicas que lo sustituyen...

—Explícame eso de las técnicas —lo miré negando sin entender.
—¿Nunca han jugado con tu cuerpo exponiéndolo al máximo?
—No entiendo...
—Bueno, si quieres ahora cuando desayunemos...
—Me estás poniendo nerviosa —le advertí con el cuchillo con el que estaba extendiendo la mantequilla.
—Para nada, no era mi intención.
—Menos mal —ladeé la cabeza provocándole una sonrisita.
—El sexo tiene muchas vertientes, pero es según a donde lo quieras llevar.
—¿Y a dónde se puede llevar?
—Se puede estimular a la persona con frío, calor, estimulación anal...
—A mí por detrás ni el bigote de una gamba.
—Pues ahí está uno de los puntos máximos de placer.
—Me partirías en dos con eso que tienes entre las piernas.
—No me refiero a penetrarte con eso, mujer, eso tendría que estar ya muy trabajado y estimulado para poder hacerlo, de lo contrario, te haría mucho daño.
—Me estás poniendo nerviosa.
—¿Tú te fías de mí?
—Según, para qué nos vamos a mentir.
—¿Me dejas que te estimule de una forma diferente?
—Estoy desayunando, ¿eh? —reí.
—Cuando termines mujer.
—Ah no, cuando termine me voy a la piscina —le saqué la lengua.
—Ahí también se pueden hacer muchas cosas...
—Lo que yo te diga, que al final se me atraganta la tostada.
—Desayuna tranquila, luego haremos algo —me hizo un guiño.
—¿Algo de qué? A mí explícame que ya estoy muy nerviosa.
—Tranquila, puedes confiar en mí.
—Me estás dando el desayuno...
—Para nada —volteó los ojos sonriendo.
Y me ponía nerviosa, el jodido tenía esa habilidad de que ya se me atragantara la tostada y el café, pensando de lo que podía llegar a ser capaz y es que lo peor de todo es que le veía una habilidad tremenda de control en lo que al sexo se refería, bueno realmente a todo.
Terminamos de desayunar y metimos todo en la cocina para fregarlo, yo me adelanté a hacerlo, que para algo era una limpiadora profesional, aunque él no lo supiera.
Salimos a la piscina con dos zumos naturales que había hecho, me metí dentro, ya que el calor comenzaba a apretar y eso que eran apenas las once de la mañana.
Él salió un poco después y puso sobre el borde de la piscina unos aceites corporales, un vaso con cubitos de hielo y por mi madre que no me lo podía creer, un aparato pequeño que parecía un mini vibrador, que no entendía para qué valía y encima estaba dentro de un preservativo.
—¿Todo eso para qué es? —pregunté alucinando.
—Para que disfrutes.
—Ah no, no entiendo nada —lo vi cómo cogía el cojín de una de las hamacas y lo ponía extendido en el borde.
—Ahora te echas aquí y te relajas.

—¡Qué dices! ¿Cómo me voy a relajar con todo eso? —reí nerviosa.

Se metió dentro de la piscina y me besó.

—Solo te haré disfrutar un poco — comenzó a quitarme el bikini y lo puso a un lado—.
Tumbate boca abajo —me ayudó a subir al borde y él se quedó dentro.

—Pero eso, ¿qué es?

—Ponte bocabajo, relájate y déjame a mí actuar.

—Me da miedito —me salían las carcajadas nerviosas.

Me eché y abrió ligeramente mis piernas, puse la cabeza sobre mis manos mirando hacia el otro lado, me iba a fiar de él, además no quería parecer una niña que se asustaba con cualquier cosa, pero vamos, que era para echarse a temblar.

Echó por mi espalda uno de esos aceites, lo llevó hasta mis nalgas e incluso las abrió y dejó caer un poco de ese líquido, sentí una sensación rara, pero agradable.

Sus manos comenzaron a masajear mi espalda extendiendo toda esa esencia con olor a vainilla, estaba a punto de quedarme dormida y es que tenía unas manos que eran capaces de dejarte en el más puro estado de relax.

Siguió bajando hasta masajear mis nalgas y llevó su dedo a mi agujero, solté el aire, no me iba a quejar, tenía la suficiente edad como para que yo entendiera que sabía lo que hacía.

Su dedo pulgar comenzó a estimular mi trasero.

—Relájate, no te contraigas...

—No me lo vayas a meter por Dios —murmuré con la respiración agitada.

—No pienses en ello.

Escuché cómo cogía un cubito de hielo y me lo puso en la entrada de mi parte delantera, pero era suave como si le hubiera echado uno de esos aceites, lo fue metiendo hacia dentro ya que no era muy grande, sentí esa mezcla que me hizo soltar el aire de golpe.

—Necesito que abras más las piernas y te relajés.

Abrí un poco más las piernas y noté cómo su mano abría mis nalgas bastante, echó de nuevo un líquido y puso uno de sus dedos ahí, lo fue metiendo, poco a poco mientras yo soltaba el aire de forma rápida.

Sacó el dedo y puso algo con gel, sabía que era ese mini vibrador que había visto, lo fue metiendo poco a poco y me dejé llevar por ese placer que me estaba dando y que no era otra cosa que eso, me estaba quedando sin aliento y es que lo hacía genial. Pensé que por ahí no podría entrar nada o que me haría daño, pero para nada.

Al final sí sentí un poco de molestia, ya que iba entrando la parte más gruesa, me moví, pero me frenó rápidamente, consiguió dejarlo ahí dentro colocado.

—Ahora te vas a girar con cuidado y te vas a poner boca arriba con las rodillas reclinadas.

—Pero saca eso —dije riendo.

—No, eso se queda ahora mismo ahí.

Me giré y comenzó a meter por delante otro de esos minúsculos hielos impregnado en esencia y con otro comenzó a tocar mi clítoris. Entre eso y la sensación de lo de detrás, comencé a volverme loca y a chillar, era una explosión para todos los sentidos y comencé a venirme arriba hasta tener uno de los orgasmos más fuertes que había sentido en toda mi vida.

Luego me quitó lo de atrás y me ayudó a bajar al interior de la piscina, me puso contra el muro agarrada y me penetró, con esa fuerza y vitalidad que tenía, podía escuchar el agua cuando daba esas estocadas, me temblaba todo el cuerpo, pero disfrutaba como nunca lo había hecho.

Cuando terminamos me giró y sonrió, luego me dio un beso.

—Me has hecho temblar como nunca —le dije riendo.

—Bueno, siempre que quieras puedo seguir haciéndote temblar muchas veces más — mordisqueó mi labio.

Y así nos quedamos en la piscina toda la mañana, entre besos, juegos y alguna que otra penetración más, que me hizo tambalear sin dudas.

Salimos a comer a un restaurante en el que había reservado mesa y es que esos dos días estaban siendo de lo más completos junto a él.

De ahí regresamos a la casa donde estuvimos en el sofá toda la tarde, sí haciéndolo como si no hubiera un mañana y es que ese tío no se cansaba, siempre tenía ganas de más.

Cenamos unos sándwiches antes de regresar a Cádiz, por supuesto lo hice dejarme en Los Delfines, donde pensaba que vivía, si supiera que era en el Cerro del Moro...

Nos despedimos quedando en que hablaríamos en estos días para vernos de nuevo, al menos esperaba que así fuera pues con ese hombre repetir jugada era disfrutar de todo a la máxima potencia.

Me fui andando hacia mi casa, nada más llegar mi madre me miró de arriba abajo desde el sofá con una cara que despedía gente.

—¡Ole la alegría de la casa! —le dije resoplando y marchando hacia mi cuarto para coger las cosas y ducharme.

Me daba una rabia que mi madre siempre tuviera esa cara que cambiaba mi estado de ánimo por completo. Desde luego no entendía cómo podía vivir así de forma permanente y lo peor es que parecía que disfrutaba con ello.

Esa noche me acosté pensando en todo lo vivido y es que, con Martín, había experimentado cosas que me habían dejado alucinada. Hacerlo con él, era de otro nivel al que conocía y era mucho más excitante.

CAPÍTULO 6



Y después de un fin de semana muy distinto a los que solía tener, volvía mi rutina. Solo que en esta ocasión había un cambio, y es que empezaba a trabajar.

Me tomé un café rápido después de prepararme, y afronté el nuevo día con una sonrisa.

Que sí, que el madrugón me lo había dado y me habría quedado un ratito más en la cama, sobre todo, después de los dos días que había pasado con Martín, pero tocaba ser un poquito responsable.

Mi madre, que debía ser la encargada de poner las calles todos los días bien temprano y yo no me había enterado, se quedó desayunando cuando salí de casa, pero vamos que no faltó esa miradita que siempre había tenido en mi primer día de trabajo. Si pudiera escuchar lo que pensaba, seguro que sería algo como “No la lées, hija, y que este te dure por lo menos un mes”.

Recé para que el coche arrancara, no quería llegar tarde mi primer día porque Susana había puesto su confianza en mí, aunque solo fuera porque no le cayera a ella una buena bronca, iba a poner todo de mi parte para mantener el trabajo.

En cuanto llegué entré en los vestuarios y, tal como dijo ella el día de mi entrevista, ahí tenía la taquilla con mi nombre. Le hice una foto y se la mandé a Melody, vamos aquello tenía que quedar immortalizado, por favor.

Ahí estaba el uniforme, un pantalón azul claro con una camiseta a juego y una bata un poco más oscura.

Me cambié y sin mirarme siquiera en el espejo, me recogí el pelo en un moño, más mona yo con mi pinza rosa que todas las cosas.

Salí de allí y pasé por el cuarto de la limpieza a recoger mi carrito, sí, cada chica teníamos el nuestro, y fui a ver a Susana.

—Buenos días, jefa —saludé asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

—Clara, buenos días. ¿Lista para tu primer día?

—Totalmente. Me veo hasta guapa con el conjunto que me has preparado —di una vuelta sobre mí misma y acabé como lo haría cualquier modelo, con ambas manos en la cintura, una ceja arqueada y poniendo morritos.

—Eso es lo que siempre me gustó de ti, que nunca te falta el humor, hija.

—Bueno, dígame por dónde empiezo hoy, patrona —ella soltó una carcajada y me dio un folio.

—Ese es tu cuadrante, ahí tienes los despachos que te han sido asignados para esta semana.

—Perfecto —di un vistazo rápido y...— ¿Voy a conocer hoy al jefe?

—Sí, es la prueba de fuego para las nuevas incorporaciones. Digamos que él es un poco maniático.

—¿En qué sentido?

—Clara, tú procura hacerlo bien y seguirás en el puesto.

—Me estás acojonando, Susanita, hija.

—Anda, ve.

Salí con un miedito en el cuerpo que no era normal. ¿Qué habría querido decir Susana con que el jefe era maniático?

Bueno, yo iba a limpiar que eso era algo que llevaba haciendo casi toda la vida y tan mal no se me daba.

Llegué al despacho del jefe, llamé a la puerta y tras un escueto “adelante” por su parte, abrí y, ¡en qué hora lo hice!

Allí, sentado tras la mesa y con un ventanal a su espalda desde el que se disfrutaba de una preciosa vista de la ciudad, estaba Martín.

Sí, Martín, mi Martín, el *Sugar Daddy* que conocí el viernes y con el que había pasado los dos días anteriores. A ver... ¿Se podía tener más mala suerte?

Si yo me quedé congelada ahí, con la mano en el pomo de la puerta, a medio entrar en el despacho, con el carrito a mi espalda y la que debía ser la mayor cara de alucine de toda mi vida, no digamos la suya.

Me miraba fijamente sin dar crédito a lo que tenía delante, con la boca ligeramente abierta y el bolígrafo que sostenía en la mano casi en el aire.

—Pasa, por favor —dijo tras un carraspeo.

Y yo le hice caso, metí el carrito, fui hasta la silla que había frente a él y ahí caí casi a plomo y por poco me desmayo. Me había dado un mareo de la impresión. Si yo contara esto...

Cómo me vería Martín en ese momento, que se levantó y cogió una botella de agua de una nevera que había a su derecha. Me la dio, bebí un par de tragos bastante largos y pensé la mejor excusa que darle en ese momento, porque se suponía que yo era la dueña de un centro de depilación.

—Te preguntarás qué hago aquí —empecé a hablar—, pues muy fácil. Estoy sustituyendo a una amiga que se ha puesto mala y le hago el favor, para que no pierda el empleo.

—Ajá, vale, pero eso lo puedo comprobar con mirar el contrato y el DNI.

—Vale, está bien. Mira, no tengo un duro, no vivo en Los Delfines y no soy nada, pero, ¿sabes qué? Me he tirado al jefe de la empresa, he pasado un fin de semana de lujo. Ahora te voy a limpiar el despacho, dejarlo como los chorros del oro y no quiero escuchar nada.

Martín sonrió mientras negaba, incrédulo porque tampoco esperaba encontrarme aquí y trabajando para él.

Levantándome como si no pasara nada, me puse los cascos que llevaba conectados al móvil y en cuanto pulsé el *play* y dio comienzo la lista de reproducción, empecé a cantar y limpiar.

Lo di todo con el plumero, la bayeta, limpiando los cristales, pasando cepillo y fregona a los suelos, vamos que los dejé con un brillo que el calvo de los friegasuelos del anuncio estaría orgulloso de esta señorita, sin duda alguna.

Cuando acabé empujé mi carrito hasta la puerta, me quité los cascos en cuanto la abrí y me dirigí por última vez a él.

—Ahí te quedas, jefe.

Cerré la puerta y me santigué, porque menuda la que me había caído. ¿En serio el karma me había hecho eso? Ponerme un pedazo de tío delante con el que pasé un fin de semana de esos que quisieras repetir para después, ¿encontrármelo en el trabajo?

No, no. Encontrármelo no, que no era un simple empleado. ¡Que me había tirado al jefe! Por el amor de Dios, de esta me echaban y a ver qué le decía yo a mi madre.

Con mi carrito iba por los pasillos, me tocaba limpiar el despacho del señor Pérez, pero antes tenía que tomarme un café, un té, una tila o un whisky. ¡Mierda! En horas de trabajo nada de

alcohol, menuda mañana iba a tener yo.

Fui a los vestuarios e hice lo único que podía hacer en ese instante, llamar a mi amiga Melody y contarle todo.

—¿Qué pasa, churri? —preguntó ella de lo más sonriente al otro lado.

—Quiero que me trague la tierra —fue lo primero que dije antes de contarle todo, mi súper fin de semana y que me acababa de encontrar con Martín en el despacho de mi jefe, siendo él mi jefe.

—¡No me jodas! —soltó ella por su linda boquita.

—Como te lo cuento.

—¡Virgen de la Macarena!

—Y cualquier otra también me valdría. Me he quedado a cuadros cuando lo he visto.

—No me extraña hija, flipando estaría yo. Bueno, que lo estoy, a ver si me entiendes, pero es que si eso me pasa a mí después de mi fin de semana con Rodrigo pues... me caigo muerta, vamos.

—No me he desmayo de milagro, y no te digo lo que me ha costado limpiar el despacho, que sentía sus ojos en mi nuca todo el tiempo.

—Hija, menuda suerte, para una vez que ligamos.

—En meses, bueno casi un año. Joder, ¿no había otro para que me pusiera el altísimo en el camino?

—Ahora que eres, ¿beata de misa los domingos?

—Vete a la mierda, anda guapa. Bueno, y tú qué, ¿viste a Rodrigo?

—En toda la amplitud de esa palabra. Vamos, que le vi vestido y sin vestir. Encima, debajo, detrás...

—¡Vale, vale! No quiero detalles que yo los míos no te los he contado.

—Pues deberías, que igual si compartiéramos ideas en la próxima cita podríamos sorprenderles.

—¿Qué próxima cita, Melody? ¿Te ha quedado claro que es mi jefe?

—Sí, sí, pero vamos, que no creo que estés pensando en no repetir.

—Pues ya no, o sí, ¡ay, no lo sé!

—Tómame una tila, que te noto nerviosa.

—¿Sí? ¡No me digas! Desde luego, vaya amiga, menudos ánimos.

—Te dejo, que sigo currando.

—Y yo, que me tengo que ganar el pan que lleve a casa.

—Oye, ¿y si nos vamos a vivir juntas?

—Claro, Melody, al garaje de tus padres. Nos vemos.

Nada más despedirme de mi amiga, cogí una botella de agua de la nevera que teníamos en el vestuario y me la acabé casi de un trago.

Cogí mi carrito y marchando al siguiente despacho.

—Buenos días, mi querido Kevin —saludé al señor Pérez que me miró con una cara de no entenderme que era para reírse. Se pensaría que yo tenía algún tipo de pérdida de memoria o algo.

—Señorita Bronca —dijo conteniendo la risa—. No me llamo Kevin, soy Andrés.

—¡Ah! Bonito nombre, señor Pérez, pero, verás, se parece usted tanto al actor Kevin Costner, que en vez de llamarle señor Pérez, que le hace muy mayor, había decidido que le quedaba mejor el nombre de Kevin.

Soltó una carcajada mientras se recostaba en la silla, que al menos me hizo sentir menos tonta. Bueno, le había caído bien al viejito.

—Clara —dijo cuando se recuperó— ¿Puedo llamarte Clara?

—Pues claro que sí, que ya tenemos confianza, Andresito.

—A ver si te voy a llamar Clarita.

—Mientras no me digas Bronquita...

Otra carcajada que me regaló antes de salir del despacho para que yo limpiara tranquila.

Y eso hice, dejar ese despacho igual de reluciente que el del jefe.

El resto de mañana entre un cuarto y otro, se me pasó volando y cuando quise darme cuenta era hora de salir.

Me fui a casa y allí estaba esperándome Miss Alegría de la casa. Nótese la ironía porque alegre no es que estuviera.

—Vamos a tener que apretarnos el cinturón este mes hasta que cobre, porque se nos ha estropeado la lavadora y hay que comprar otra.

—Vale. ¿Has mirado alguna ya? Si quieres voy yo esta tarde.

—Me ha pedido una por Internet mi amiga, la traen mañana por la mañana y me la instalan. A ver cómo llegamos...

—Pues llegando, como hemos hecho siempre. Que no podemos comer carne, pues huevos y si no, arroz.

—Claro, tú no pienses en no salir, no sea que te mueras por quedarte en casa.

—Será que salgo mucho, si solo lo hago el viernes, o el sábado.

—O te vas todo el fin de semana, como este pasado.

—¡Toma ya! Para una vez que lo hago en, ¿cuánto tiempo? Encima que no hice gasto en casa.

—Pues tendremos que cambiarte la tarifa del móvil.

—Sí, claro, ponme la que tiene media hora para llamadas, que igual así me puedo hacer un curso de señales de humo para comunicarme con Melody.

—Te lo he dicho, este mes hay que apretarse el cinturón.

—Pues nada de ver la televisión, Antonia, que te quedas hasta las tantas viendo el Deluxe ese los viernes.

—¡Es mi casa y hago lo que quiero!

—¡También es la mía! Que papá nos la dejó a las dos en la herencia.

No podía más, de verdad que no. Me llevaba a matar con mi madre, pero no por mí, era ella quien había cambiado radicalmente tras la muerte de mi padre.

Ni comí, me encerré en mi habitación y me tumbé en la cama, donde acabé quedándome dormida hasta la mañana siguiente. Vamos, que ni comida ni cena hice.

«De lunes a martes, de mierda te hartes»

A mí el refrán me venía que ni pintado en ese segundo día de trabajo.

Lista para empezar mi mañana de limpieza y tocaba turno al despacho de otro de los directivos. Este no estaba dentro, así que limpié a mis anchas.

Cuarto para arriba y cuarto para abajo, empujando mi carrito como si fuera por los pasillos del supermercado mientras escuchaba música, hasta que...

—¡Mierda! —grité cuando me topé con Martín, sí, mi jefe.

Creí que no me habría escuchado, estaba lo suficientemente lejos como para que no lo hiciera, pero claro, yo llevaba la música a un volumen poco recomendable por los expertos auditivos y por supuesto que me había escuchado.

Vamos, que no solo lo hizo él, sino su acompañante que resultó ser Rodrigo.

Pues sí, de mierda me iba a hartar y mucho porque estaba pillada pero bien.

Me hice la loca, como si no los hubiera visto, y seguí por el pasillo hasta el despacho que tocaba. Cojonudo, el del jefe.

Pues nada, valor y a la plaza.

Ahí que estaba yo limpiando los cristales, escuchando a Shakira y moviendo las caderas, no como ella, que ya quisiera yo tener ese ritmo, cuando al girarme me topé con los ojos de Martín y su sonrisa.

—¡Joder, qué susto! —grité quitándome los cascos— Tú que quieres, ¿matarme?

—Te he hablado, pero al saber que no ibas a escucharme por mucho que insistiera, me acerqué. Iba a darte un toquecito en el hombro justo cuando te has girado.

—Pues procura no hacer eso, que soy muy joven para morir.

—No quiero que mueras, no podría perderme esas vistas que me ofreces moviendo las caderas. Joder, que me había visto. ¿Cuánto tiempo llevaba observándome? Mejor no preguntarle.

Me aparté de él, acabé de limpiar el despacho y cuando fui a salir estaba cerrado, y con llave.

—Jefe, si pudiera abrirme la puerta, es mi hora de salida.

—Vamos a hablar, y luego te vas.

—No, no vamos a hablar. Tengo que irme que me están esperando en casa para comer —no tenía claro que mi madre estuviera, pero bueno algo tenía que decirle.

—Clara, creo que deberíamos...

—No, no y no. No deberíamos nada. A ver, qué fueron, ¿unos revolcones? Pues ya está. Eso pasó antes de saber que era usted mi jefe, que yo no me voy acostando con mis superiores de trabajo.

—Clara...

—Abre, por favor, que me voy.

Se quedó mirándome unos segundos, hasta que finalmente suspiró y me abrió.

—Quiero que lo hablemos —susurró en mi oído antes de dejarme salir.

Y yo quería que volviera a besarme y tocarme como lo había hecho durante el fin de semana, pero era el jefe y ya sabía el dicho de, “donde tengas la olla...”

Salí del trabajo y volví a casa, comí con mi madre sin hablar de gran cosa, aunque al menos preguntó cómo me iba en el trabajo.

Le dije que bien, que no había ningún incidente que lamentar y que al menos el mes sí que iba a durar.

Después de comer me tomé el café con un cigarro mientras miraba por la ventana de mi habitación.

Quién me iba a decir que aquel hombre que nos invitó a unas copas un viernes por la noche, acabaría siendo mi jefe.

CAPÍTULO 7



Miércoles y podía decir, con la mayor de las alegrías, que era mi tercer día de trabajo. ¡Ole, ole y ole! ¡Viva yo!

Vale, me había venido arriba un poquito.

Llegué a las oficinas y me puse el uniforme, los cascos y allá que iba yo por los pasillos con mi carrito, una sonrisa de oreja a oreja y moviendo las caderas, para qué negarlo, que tenía puesta la lista de salseo para sacar brillo a los suelos y cristales de los despachos.

Empecé por el de uno de los directivos que estaba vacío, y ya era el segundo jefe al que no veía en su puesto. Bueno, para algo eran jefes, para no poner un pie en la oficina si no era necesario.

¡Ay, si yo hubiera estudiado! Ahora tendría mi propio centro de depilación, seguro.

Plumero por aquí, bayeta por allí, flis flis en los cristales y me veía como el de Karate Kid, limpiando en círculos para dejarlos tan limpios que pensarán que no había nada separando el despacho de la calle.

Menudas leches se daría el jefe, que me lo veía venir.

Me vine arriba en cuanto sonó Thalía, esa mujer es que me llevaba a lo más alto de mi estado de ánimo.

Y yo, ¿qué hice? Coger el palo del cepillo con el que barría como si fuera el micrófono, mirando por el ventanal cantando.

«Arrasando con la vida

Cosechando la alegría

No hay obstáculo que me impida

Disfrutar de un nuevo día»

Meneíto de cadera a izquierda, a derecha, a la mierda la pinza que me sujetaba el moño y me dejé la melena suelta.

Me hice la dueña del despacho en un tris, que allá iba yo de un lado a otro levantando las manos como haría la cantante.

Acabó la canción, me quedé en silencio, estaba con la respiración entrecortada y buscado aire como pez fuera del agua, cuando escuché unos aplausos.

Me giré y ese habría sido el momento perfecto para que la tierra me tragara y me escupiera en el Polo Norte. Por el amor de Dios, ¡qué vergüenza!

—Qué bien bailas, Clara —dijo Rodrigo sin dejar de aplaudir y sonriendo.

Pero no estaba solo, no, que a su lado tenía a Martín que me miraba con esa sonrisa de medio lado que me tenía tonta y nerviosa a partes iguales.

Me quité los cascos y les di los buenos días.

—Mira que me alegro de saber que vamos a tener a esta muchacha por aquí para darnos alegría por las mañanas, Martín.

—Disculpa, ¿has dicho vamos a tener? —pregunté, porque si había escuchado bien, eso quería

decir que...

—Sí, soy el socio de Martín, así que también tu jefe.

—Si me permitís —me agarré a la silla que tenía más cerca y me senté.

Bueno, sentarme no, eso era de señoritas, yo me dejé caer porque estaba a punto de que me diera una lipotimia de esas y no precisamente porque estuviera deshidratada o que me hubiera dado un golpe de calor. ¡Qué va! Es que Rodrigo, el Rodrigo de mi Melody, ¡también era mi jefe!

Miré al techo en un intento de ver al Altísimo y decirle que se estaba cebando conmigo esos días, pero a ver qué coño quería yo encontrar en aquel impoluto techo blanco.

—¿Estás bien? —la voz de Martín me hizo volver a mirar hacia abajo y le vi en cuclillas frente a mí, llevando una mano a mi pelo para colocarlo detrás de mi oreja y después acariciarme la mejilla.

—Sí.

Me levanté como buenamente pude, porque me temblaban las canillas, las piernas, incluso diría que todo el cuerpo, y cogí la botella de agua que tenía en el carrito para dar un buen trago.

—Clara, ¿seguro que estás bien?

—Ajá, divina de la muerte, señor Martín.

Cogí el carrito y estaba ya a punto de salir cuando me cogió por el brazo y sentí que me estremecí enterita.

—Quiero que hablemos.

—Pues no va a ser posible, porque estoy muy ocupada. Tengo la agenda llena lo que queda de semana, que el polvo no se limpia solo.

Escuché a Rodrigo reírse, le miré y carraspeó antes de pedir disculpas con la mano y sentarse en el sillón detrás del escritorio. Genial, este era su despacho.

—Clara, por favor.

—Nada de favores. Si me disculpa, jefe, debo seguir trabajando que no me paga usted, ni su socio, por estar de cháchara. ¿Verdad, señor Rodrigo? —pregunté mirándolo a lo que él negó mientras trataba de no reír de nuevo.

En cuanto salí y se cerró la puerta tras de mí, escuché a Rodrigo soltar una carcajada de las sonoras. Madre mía, esto tenía que saberlo mi Melody, se iba a quedar muerta del todo.

Fui con mi carrito por los pasillos como iría Pedrosa por los circuitos con la moto, antes de retirarse, claro, que una veía las noticias, y en cuanto entré en el vestuario, cogí el móvil para llamar a mi amiga.

—¡Hola, Lady Cristales! —saludó ella con un apodo nuevo que ya me había buscado.

—¿Estás sentada? —pregunté, tenía que ir al grano.

—Sí, me pillas en el descanso, con el café.

—Vale, no bebas, que lo que tengo que contarte te va a dejar “pasmaita”.

—¡Estás preñada! Joder, si es que sabía yo que el fin de semana había dado para mucho. Verás Antonia... Te veo de patitas en la calle, maja.

—¡Calla, loca, no mientes a la mala suerte! —Crucé los dedos y me santigüé. A ver, que no me importaría ser madre, pero todavía no.

—¿Entonces? Hija, habla que me tienes en un sin vivir.

—¿Quieres saber quién es mi jefe, además de Martín? —se quedó callada un momento, lo justo para que, en tres, dos, uno...

—¡No me jodas! ¿Rodrigo?

—¡Premio para la señorita! Le ha tocado una muñeca Chochona, la quiere rubia, morena o

pelirroja.

—Morada, que me estoy poniendo morada, hija de Satanás.

—Oye, que mi madre es mala pero no tanto. Deja al maligno allá en el infierno que está muy calentito.

—Cocido como un langostino tiene que estar ese hombre en esta época, no fastidies. Bueno, a ver, que nos vamos de lo que nos ocupa en este momento. ¿Estás segura que era Rodrigo? Mira que tú de lejos no reconoces bien.

—Melody de mis amores, que lo he tenido al ladito como el día de la bodega. Que me ha pillado en su despacho bailando y cantando a gritos por Thalía.

—¡Toma ya! Vamos, que le has puesto a mi chico el cuerpo malo al verte mover el culete. ¡Te mato!

—Perdona, ¿tu chico? ¿Qué me he perdido?

—A ver, que no sé si me volverá a llamar, pero digo yo que un tío de casi cuarenta años no va a querer solo de mí quitarme la inocencia y ponerme mirando a Cuenca, ¿no?

—Y a la Meca, chiquilla, y a la Meca. Que si es como Martín...

—Cuenta, cuenta, soy toda oídos.

—¿Tú no tienes que trabajar?

—Soy la favorita de la jefa, me tiene en palmitas.

—Qué suerte tienes de que la jefa sea tu prima, hija mía.

—No te creas, que me da unas broncas...

—Ya volvemos a desviarnos del tema. A ver, ¿qué hago con mi vida? Porque si ya era complicado que Martín fuera mi jefe, no digamos su amigo.

—Ni que te lo hubieras tirado también, Clara, por Dios.

—No, no, ni quiero.

—Más te vale, que ese *Sugar* es de esta *Baby*.

—Enterito para ti, con moñita y todo si quieres te lo mando.

—Pues no te diría que no. ¿Le puedes dar la dirección? A ver si me da una sorpresa, y de paso una alegría para el cuerpo.

—No sé ni para qué te llamo.

—Para desahogarte, ¿para qué va a ser?

—Pero si no me haces ni caso. Bueno, mira, que ya sabes dónde trabaja tu chico —dije con retintín—, por si quieres venir a buscarme algún día para ir a comer y, ¡oh, sorpresa! Te lleva él.

—Pues no es mala idea, igual el viernes...

—Adiós.

Colgué y volví al trabajo, que todavía me quedaba unos cuantos despachos y cuartos por limpiar.

Eso sí, cada vez que salía de uno miraba a ambos lados para no encontrarme ni con Martín ni con el socio, que cuanto menos los viera... mucho mejor.

—Buenos días, Clarita —me dijo el señor Pérez cuando acababa de salir del cuarto de la fotocopidora.

—Buenos días, mi querido Kevin.

Sonrió y negó, pero se acercó dándome una palmada en el hombro.

—Al final me va a gustar que me llames así, fijate.

—Normal, es que si te vieras con mis ojos... Verías que eres igualito que el Costner.

—No me lo habían dicho nunca.

—Cegatas que estarían todas. Eso, o que no han visto la peli, El Guardaespaldas —me encogí de hombros.

—¿Qué tal lo llevas por aquí? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos, y yo me quedé atontada viéndole esa sonrisa.

—Andresito, que me lo pones difícil con esas poses, de verdad. Me va a dar fatiguita, hombre —me abaniqué los calores que me estaban entrando y él soltó una carcajada.

—Vaya —ahí estaba el jefe, y yo quería que me tragara la tierra—, veo que está tomándose otro descanso, señorita Bronca.

Ya había visto el contrato, pues nada que me caería cualquier día la gracia.

—No, señor Martín, solo saludaba al señor Pérez.

—Kevin, o Andresito, según el momento —dijo él guiñando el ojo a Martín, que se quedó mirándolo sin entender nada—. Cosas de Clarita y mías.

—Clarita... —Martín me miró arqueando una ceja, y yo no sabía dónde meterme. Solo faltaba que se pensara lo que no era.

—Si me disculpan, es hora de marcharme.

Me despedí de ellos con la mano, empujé el carrito y fui a cambiarme. Cuando salí del vestuario corrí a la puerta para irme a casa como si me estuviera persiguiendo un enjambre de abejas.

Llegué a casa y mi madre no estaba, tenía una nota en la nevera, había dejado una ensalada de pasta y unos filetes y se había ido a casa de su amiga.

Pues nada, a comer sola y tomarme el café con un cigarrito tranquilamente en el salón.

El resto de la tarde lo pasé mandándome mensajes con Melody, la pobre seguía alucinando con lo de que Rodrigo también era mi jefe. Si es que... menuda suerte la mía.

Jueves, un pasito más y llegaba mi tan ansiado viernes, ese último día de trabajo antes de dos días de descanso. Ese que necesitaba tanto como el comer, o el fumar, porque tanto coger el palo del cepillo y la fregona para ir arriba y abajo por los despachos, me tenía los brazos molidos, pero bueno una era fuerte y resistente y podía con eso, y con más.

El primer despacho que me tocada esa mañana era el de mi Kevin particular, y ahí estaba él con un café en la mano mientras revisaba unos currículums.

—Buenos días, mi querido Kevin.

—Buenos días, Clarita de mi alma.

—¡Ay, qué bonito lo que me ha dicho! Si yo tuviera veinte años más... —dije sentándome en la silla, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas bajo la barbilla.

—O yo veinte menos —me guiñó el ojo con una sonrisa.

—¿Me tirarías los tejos, Andresito?

—¿Ahora se le llama así a cortejar a una mujer?

Reí, pero una de esas risas que te salen de lo más hondo, y es que ese hombre... me tenía loca.

—Eres un galán de los de antes, ¿eh, Andresito?

—Viejo, preciosa, soy viejo.

—Pero no obsoleto, como dice *Terminator* —esa vez fui yo quien guiñó el ojo.

Me levanté poniéndome los cascos, le di al *play* y lista para empezar la jornada.

A ritmo de bachata y salsa me hice todos los despachos, hasta que le tocó el turno al de Martín.

No quería entrar, me daba hasta pánico que estuviera, pero no quedaba otra, era mi trabajo y tenía que hacerlo, así que di golpes en la puerta y entré antes de que me diera paso.

—Lo siento —dije cuando me encontré a Martín sentado en su sillón, con una mujer encima.

Que, por la postura, médico no era, aunque estuviera llegando con la lengua a las amígdalas de mi jefe.

—¿Quién eres tú, niña? —preguntó la... señora mientras se ponía de pie, bajándose la falda para después abrocharse los botones de la camisa.

—La de la limpieza, pero tranquila que puede usted tirarse al jefe mientras limpio, que yo con la música no me entero de nada.

Volví a ponerme los cascos y empecé mi tarea, sin prestar atención a la poli operada esa de pelo rubio platino teñido, que me estaba hablando, pero yo pasaba de ella.

Por el rabillo del ojo vi que Martín le decía algo, la cogía del brazo y la sacaba del despacho.

Pues mira, mejor, porque no quería que me vieran en ese momento.

¿Se podía ser más tonta que yo? ¿Pues no me había puesto a llorar en mitad del despacho?

Había que joderse. Después de pasar un fin de semana conmigo de esos que dices “aquí hay tema, que te quema” y ahora... ¿Resultaba que el muy cabrón tenía mujer?

Y para más INRI, en el móvil estaba sonando *Clandestino*, de Shakira y Maluma. Para matarme, de verdad.

«Yo vine a verte, a entretenerme

Y me robaste un beso que aún no piensas devolverme

Me sentía volando, me iba escapando

Cuando menos pensaba, ya me estabas abrazando»

Me sequé las lágrimas y limpié los cristales mientras pensaba en lo idiota que había sido. ¿Cómo iba a estar soltero un hombre así?

Acabé lo más rápido que pude y salí del despacho, estaba a punto de coger el pasillo a los vestuarios cuando vi a Rodrigo que frunció el ceño.

Vino hacia mí y cómo sería la cara que yo llevaba, para que me cogiera de la mano y me llevara a su despacho, cerrando la puerta hasta con llave.

—¿Qué te pasa, Clara? Tienes los ojos rojos e hinchados.

—Es alergia.

—¿A qué?

—Al polvo.

—Pues buen trabajo el tuyo, irás puesta de antihistamínicos hasta las cejas —lo dijo con ironía, y acabé llorando sin querer—. Alergia, ¿eh? Anda, dime qué ha pasado.

—Pues que soy boba, que me está viendo llorar el jefe y no debería.

—¿Es por Martín? No te preocupes, que no te va a despedir porque os halláis... bueno, ya sabes.

—Ya, pero no está soltero como yo pensaba, tonta de mí, claro. ¿Cómo iba a estarlo un hombre como él?

—Vale, ya sé lo que ha pasado.

—Sí, que le he pillado con una rubia cabalgándole.

—Vete a casa, anda, bonita, y olvida lo que has visto, ¿de acuerdo?

—Claro, qué fácil de decir, ¿eh, jefe?

—Hazme caso.

—Me voy, que ya es hora y tengo que fichar la salida. No vaya a pensar su socio que estoy echando horas extra para que me pague más. Hasta mañana, jefe.

Salí del despacho de Rodrigo y al fondo del pasillo vi a Martín, pero lo ignoré, me metí con mi carrito en el cuarto para dejarlo y de ahí al vestuario a cambiarme.

Me iba a mi casa, a ese oasis de... No, mentira, ese tampoco era mi oasis de paz, que ahí estaba mi madre y cualquiera sabía con qué podía sorprenderme ese día.

«*Viernes, por favor, llega pronto y que el fin de semana dure un mes*». Dije poniendo el coche en marcha.

CAPÍTULO 8



Y llegó, claro que llegó el viernes y yo tenía el cuerpo como una jota, acompañado de un dolor de cabeza que me quería morir.

Es lo malo de haber pasado buena parte de la tarde anterior pensando en cierta estupidez cometida casi una semana antes.

En fin, bienvenido queridísimo viernes.

Atravesé la puerta de las oficinas y fui directa al vestuario, me cambié de ropa, pasé por el cuarto a por mí carrito y empecé por el cuarto de archivo. Allí al menos no habría nadie para ver la mala cara que llevaba.

¿Os había comentado que tenía puestas las gafas de sol? ¿No? Bueno, pues os lo digo ahora.

Así que ahí estaba yo, con mi moño y las gafas de sol que me parecía La Martirio, esa cantante de la que mi madre era mega fan.

Me puse los cascos, le di al *play* y... ¡Me quise morir!

¿Qué hacía la lista de canciones de mi madre en mi móvil? Pues muy fácil, que me la bajé para guardársela a ella después en el suyo y ahí estaba yo, escuchando ni más ni menos que su cantante favorita.

«Si te contara

Mi sufrimiento,

Si tú supieras

La pena tan grande

Que llevo yo dentro»

¿Se podía tener peor suerte que escuchar esa canción? “Si te contara”, pues como me pusiera a contar la pena que llevaba yo desde el día anterior...

Ya estaba llorando, menos mal que con las gafas no se me veían los ojos porque esos ya no eran blancos, eran rojos como dos tomates.

Y la jodida canción me hizo venirme arriba, y sin darme cuenta estaba yo en el cuarto del archivo cantando y llorando con una pena, que si me viera un representante me hacía un contrato para grabar un disco.

Vale, soñar es gratis en esta vida, ¿no? Pues dejadme con mis sueños locos.

—¿Clarita? —me giré al escuchar mi nombre y ahí estaba mi Kevin particular.

Me sequé las lágrimas como pude, cogí el carrito que ya era un apéndice más de mi cuerpo, y salí dándole los buenos días.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó cogiéndome del codo.

—Nada, solo es alergia al polvo.

—Pues buen trabajo has ido a coger, alma de cántaro. Anda, vamos a mi despacho, que esa pena que tienes...

Quise disimular, decirle que no, pero fue imposible porque me había calado. Claro, si es que los casi cuarenta años de diferencia que nos llevábamos tenían que notarse, la sabiduría del

maduro de la que no disponía yo.

Cuando entramos me dejó sentada en la silla, me dio un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo del pantalón y salió. Ahí me quedé sola secándome las mejillas hasta que volvió con un par de cafés.

No es que me fuera a sentar muy bien y más cómo estaba en ese momento, pero coño se lo agradecí en el alma.

—¿Más tranquila? —preguntó unos minutos después.

—Sí, sí, es que la alergia cuando me da...

—Clarita, que soy perro viejo, a mí no me mientas. ¿Qué alergia ni alergia? Tú lo que tienes es mal de amores. A ver, ¿quién es el niño que te ha dejado así?

—Si fuera un niño, todavía, Andresito, pero ese ya peina alguna que otra cana.

—¡Oh!

—Sí, ¡oh! Gracias por el café —me levanté y él hizo lo mismo, se acercó a mí y cuando le tenía a un paso, le abracé—. Me recuerdas a mi padre, ahora se vería más o menos como tú.

—Clarita... —Andrés, o sea mi Kevin particular, me dio un fuerte abrazo y me dejó un beso en la coronilla.

—Buenos días —la voz de Martín hizo que nos giráramos los dos, me solté del abrazo y al ver a mi jefe parado en la puerta y con el ceño fruncido, me enfadé. Qué se le habría pasado por la cabeza al ver esa escena que tenía enfrente.

—Buenos días, Martín —le saludó Andrés—. No se encontraba bien, tiene alergia.

Miré a mi compinche por el rabillo del ojo y me hizo un guiño sin que le viera el jefe.

—Sí, yo... ya me voy. Muchas gracias, Andresito.

—Cuando quieras, mi Clarita.

Empujando mi carrito salí del despacho y fui por el pasillo hacia el siguiente cuarto que me tocaba, menos mal que era la sala de juntas, porque solo faltaba que hubiera sido el despacho de Martín y me doy de cabezazos contra las paredes.

Limpiando los cristales estaba, con la música de fondo, esta vez con mis canciones y no las de mi madre, cuando noté que me cogían por la cintura y me giraban.

Ahí estaba Martín, mirándome con esos ojos que me hacían perder la cordura. Estaba cabreado, y mucho, por el modo en que se le había contraído el rostro.

—Suéltame, por favor —le pedí quitándome los cascos.

—Tenemos que hablar, y se nos acumulan los motivos.

—No, no tenemos nada de lo que hablar, ya te lo dije. Suéltame.

Le di un empujoncito leve en el pecho con ambas manos y al fin me soltó y se apartó, lo que menos necesitaba es que me tocara.

—Clara, lo del fin de semana...

—Como si no hubiera existido, no se preocupe, jefe —le quité importancia con la mano— ¡Ah! Y tranquilo, que tampoco le voy a ir ningún día con un bombo para que me dé una pensión ni nada de eso, soy pobre y sin estudios, pero muy honrada.

—¿Qué dices? ¿Crees que a mí me...?

—Yo no creo nada, de todos modos, solo fui un desahogo de esos de fin de semana en los que no está la mujer, así que tranquilo, que también soy una tumba. Su secreto morirá conmigo. Vamos, que no voy a ir yo al Deluxe ese a contar que me he tirado al de las joyas.

Me aparté de él y seguí con mi trabajo, sin música porque si se acercaba a mí quería estar muy pendiente para que no volviera a tocarme.

—Clara, por favor...

—Eso, jefe, por favor, salga que voy a pasar el cepillo y la fregona y no sé a otras, pero a mí que me pisen lo “fregao” me jode mucho.

Ni caso le hice, y al final se marchó. Menos mal, porque me estaba empezando a venir abajo y acabaría sentándome en una de las sillas de la sala para que me dijera lo que tuviese que decir.

Mentiras, excusas y cosas de esas, seguro, pero al menos podría dejar de comerme la cabeza porque me estaba volviendo loca.

Era la primera vez en mi vida que un hombre me utilizaba de ese modo, vamos que me había convertido en la otra, en la amante de una noche.

¡Había que joderse!

Acabé la mañana de trabajo y cuando salía ahí que estaba Martín esperando en la puerta, menos mal que mi Kevin particular salía en ese momento también y me pasó el brazo por los hombros.

—Andresito, que al final voy a pensar que me quieres cortejar, como tú dirías.

—Clarita, si tuviera veinte años menos, ya te habría pedido hasta matrimonio.

—¡Toma! Y nos conocemos de hace una semana, Andresito.

—A veces no es necesario que la gente se conozca de muchos años, para saber que ha encontrado a la persona correcta. ¿Me dejas que te invite a comer?

Cuando Martín escuchó esa pregunta, frunció el ceño y yo en lo más hondo de mi ser hice un baile, uno de esos de alegría absoluta porque ese hombre estaba pensando cualquier cosa menos lo que era. Que mi Kevin me iba a tratar como a una hija, me parecía a mí.

—Claro que te dejo, Andresito. ¿Dónde vamos?

—A por un buen pescaito y un vinito.

—Menos mal que soy mayor de edad, que si no... el vinito no podría.

—Hasta el lunes, Martín —Andrés se despidió del jefe con un gesto de la mano y sin soltarme los hombros.

Y yo, ¿qué hice? ¡Sacarle la lengua al jefe! Sí, sí, así tal cual. Vamos, que ni adiós le dije, pero me quedé muy a gusto sacándole la lengua y viendo que apretaba la mandíbula...

Porque ese hombre para mí que se pensaba que el viejito entrañable de Andrés estaba ligando conmigo. ¡Pues que pensara lo que quisiera!

Andrés me llevó a un chiringuito en la playa y comimos charlando un poco de todo, principalmente de nuestras vidas.

Él era viudo y no había tenido hijos, esa era su pena, que su difunta esposa murió sin poder tener descendencia y él, ya no quiso casarse de nuevo. Me recordaba a mi madre, solo que este hombre era un amor mientras que ella parecía una bruja.

Después de comer me llevó a por el coche y el muy jodido no arrancaba, así que llamamos al seguro y se lo llevaron al taller de confianza donde Andrés solía llevar el suyo, me acercó a casa y me despedí de él con uno de esos abrazos que sabes que siempre te van a hacer falta.

—Muchas gracias, mi querido Kevin —dije antes de bajarme del coche.

—A ti, Clarita, que con tu chispa sí que me has quitado veinte años de encima. Volveremos a comer juntos, ¿eh?

—Eso está hecho. Ahora me voy que necesito hibernar como un oso. Que descanses el finde.

—Y tú, preciosa.

Entré en casa y mi madre no estaba, había dejado una nota en la cocina diciendo que tenía comida y cena para todo el fin de semana, que ella se iba con la amiga. Pues mejor, así no

discutíamos.

Me preparé un café y le mandé un mensaje a Melody, en cuanto le dije que estaba sola todo el finde no se lo pensó y dijo que ahí la tenía el sábado temprano, que saldríamos por la noche y nos marcaríamos unos cuántos bailes.

Pues genial, ya tenía plan para olvidarme de Martín al menos durante dos días.

CAPÍTULO 9



Dos timbrazos y supe que había llegado Melody, así que abrí la puerta en pijama, tal como estaba y se me tiró a los brazos.

—Tenemos que irnos a vivir juntas, Clara, íbamos a estar de maravilla las dos.

—Claro, con nuestros sueldazos de ejecutivas, ¿verdad? Anda, pasa y saca los bollos que los he olido desde el pasillo.

—Cabrona eres, menudo perro sabueso se está perdiendo la poli de anti drogas contigo.

—¡Los bollos! —exigí señalando la mesa de la cocina.

Preparé el café, Melody puso la bandeja de bollos y nos sentamos a desayunar.

Le sonó el teléfono, se le iluminó la cara con una sonrisa de oreja a oreja, y supe que no era otro que Rodrigo quien la llamaba.

—¿Diga? —preguntó, haciéndose la loca. Qué tía— ¡Ah, Rodrigo! Buenos días —unos minutos de silencio y volvió a hablar—. Pues no, este finde lo paso con Clara de mis amores, que tu socio —recalcó bien las últimas palabras—, me la ha dejado un poco plof.

Negué, porque no debería haberle dicho eso, pero oye, si Rodrigo le contaba algo a Martín, que supiera que me sentía como una mierda por su culpa.

—Sí, en casa tranquila. Pelis, chuches, comida grasienta y esas cosas —contestó—. Esta noche sí, vamos a salir un rato —silencio de nuevo—. Claro que lo vamos a pasar bien, ya nos veremos, ¿ok? ¡Bye!

Y colgó, con todo su cuajo, mi amiga colgó el teléfono y yo me quedé mirándola sin entender una mierda.

—¿Qué haces? Vete con él si quieres, que yo me quedo aquí y asunto arreglado.

—¡Ah, no! Tú hoy sales a comerte la noche, como que me llamo Melody, vamos. Además, Rodrigo no me ha llamado en toda la semana, si quiere algo de mí o conmigo que se moleste en tenerme presente, que yo no soy una putilla de fin de semana.

—Melody, no eres putilla, hija. Qué exagerada.

—Ya lo sé, pero que sepa que no voy a saltar cuando me diga ven que follamos.

—Qué “fisna” mi niña.

—Pues como tú. Bueno, planes para el sábado. Empecemos...

Y así nos pasamos la mañana, haciendo planes para esa noche, comiendo y viendo series.

A las diez, después de cenarnos la empanada que había dejado mi madre, salimos por la puerta de lo más monas.

Unos *shorts* vaqueros en negro, camiseta con la parte del hombro derecho caído y unas sandalias de tacón.

Llegamos a la bodega, pedimos un ron con Coca-Cola y ahí nos pasamos un rato hasta que nos lo acabamos.

—Venga, vamos al pub ese donde ponen música de salseo —me dijo Melody, agarrada a mi brazo.

—Pues sí, mira, que me apetece bailar un rato.

Y para allá que nos fuimos. Era un local bastante amplio y las bebidas estaban bien de precio, así que al menos no íbamos a quedarnos sin presupuesto.

Nada más entrar pedimos un combinado, ahí los hacían riquísimos, con zumo de fruta natural y algunos licores.

Fuimos a una de las mesas que había libres y nos sentamos para tomar la copa, pero el descanso nos duró poco porque enseguida nos levantamos a mover el esqueleto.

Ahí estábamos las dos, cadera a un lado y otro, bailando como si no hubiera un mañana, cuando Melody se dio cuenta de que nos miraban dos muchachos de lo más apañados.

—Yo tengo novio, pero tú estás soltera —me dijo al oído cuando vio que se acercaban a nosotras.

—¿Desde cuándo tienes novio tú, loca?

—Desde este mismo instante —contestó entre dientes y con una amplia sonrisa.

—Hola, ¿estáis solas? —preguntó uno de ellos.

—Esta noche sí, pero yo tengo novio. La soltera es ella —me señaló mi amiga sin perder la sonrisa. Para matarla, vamos.

—¡Ah, entonces como nosotros! Mi primo está soltero, y yo a punto de casarme.

—Y qué estáis, ¿en tu despedida? —pregunté curiosa.

—Sí.

—¿Los dos solos? Pues muy mal, venga que nos unimos a vosotros. Yo soy Melody, y ella Clara.

—Encantada —sonreí y les di un par de besos.

—El futuro esposo es Pablo, yo soy Pedro.

—Mira, como Los Picapiedra —soltó Melody.

—Sí, es que nuestros padres eran muy graciosos en su época juvenil —contestó Pablo.

La verdad es que eran bastante guapos, y además simpáticos, así que no me importó que nos hiciéramos compañía mutuamente esa noche. Total, iba a ser eso, una noche de copas con un par de chicos.

Resultó que Pablo era un recién licenciado en derecho y tal como le dijo a su novia de toda la vida, se casarían ese verano en cuanto él acabara la carrera, ahí es nada, eso era amor y lo demás tonterías.

Pedro, por su parte, opositaba para policía, y ya me lo imaginaba yo con el uniforme y lo bien que le quedaría el pantalón marcando ese culito que tenía.

Nosotras no mentimos, dijimos la verdad, que éramos limpiadoras, y a mucha honra, que la última vez nos había salido un poquitín mal la jugada.

Una copa tras otra, un baile y otro más, y así llegamos hasta ese preciso instante en el que Maluma le canta a Shakira su parte de la canción “*Chantaje*”.

«Cómo tú me tienes cuando te mueves

Esos movimientos sexys siempre me entretienen

Sabes manipularme bien con tu cadera»

Tenía a Pedro pegadito a mi espalda, rozándome el trasero con la entrepierna que debía estar muy, pero que muy contenta de tenerme delante por cómo se le notaba, con las manos en mis caderas y bailando mientras me daba mordisquitos en el cuello.

Y, ¿qué pasó? Que me dejé llevar movida por el despecho, el rencor y el momento y me giré, cogiéndole el rostro con ambas manos para besarlo como si se me fuera la vida en ello.

Tardó poco el Picapiedra en cargarme en brazos y que le rodeara la cintura con las piernas, otro que con tanto baile se había puesto más caliente que el palo de un churrero.

—¿Vamos a mi piso, preciosa? —preguntó cuando acabó la canción, y yo solo pude asentir.

Se lo dijimos al futuro marido y a Melody, que se animaron a venir con nosotros. A ver, que no veía yo a mi amiga tirándose a un tío con novia y Pablo no parecía que fuera a querer despedirse así de la soltería, pero allá lo que hicieran esos dos, que yo me iba a coronar esa noche.

Y bien coronada, además, que en cuanto atravesamos la puerta del piso, que por cierto no sabía ni dónde coño quedaba, Pedro me cogió de nuevo en brazos y me llevó a su habitación. Ahí se las apañaran los otros dos.

Me recostó en la cama y en menos de lo que dura un parpadeo me tenía desnuda. Vale, tan rápido no fue, pero sí que me quitó todo cuanto le estorbaba en un santiamén.

Se desnudó y me recreé la vista de lo lindo con aquel cuerpo bien definido. Se notaba que el muy jodido iba para policía, menudo brazos tenía y no digamos el torso, que seguías bajando la mirada y tenía ahí una tableta de chocolate que no dudarías en probar y repetir de postre.

Madre mía de mi vida, ya me veía yo buscando bronca y haciendo honor a mi apellido para que me detuviera este hombre.

Tocó donde quiso más, mordió, lamió y besó, me hizo llegar al orgasmo gritando como si fuera la hija de Tarzán, cuando me devoró ahí mismo mientras me penetraba con dos dedos, y después, tras ponerse un preservativo, me cogió en brazos y así, a pulso, me penetró moviéndome a su antojo.

Por un momento me sentí como una pesa en sus brazos, que parecía que estaba haciendo sus ejercicios en el gimnasio, pero en cuanto se puso de rodillas en la cama conmigo encima, cabalgué sobre él como si estuviera en un rodeo americano.

Bendito sea el Señor cómo me estaba poniendo el niño. Iba a acabar con unas agujetas, que el lunes a ver quién era la guapa que cogía el palo de la fregona para dejar los suelos de las oficinas más limpios que el calvo del anuncio.

Y venga malabares que me hacía, y yo sudando como si me hubiera pegado una maratón en la cinta andadora del gimnasio al que iba Pedro. Joder, si es que me estaba dejando muerta.

Me giró, colocándose sobre la almohada dejando mi trasero bien elevado y ale, otra embestida, bien sujeto a mis caderas y yo agarrando las sábanas como si estuviera a punto de caerme de un precipicio.

Menudo era el poli, con este tenía que repetir sí o sí, vamos, que para tener veintiséis añitos me estaba dando lo mío y lo de mi amiga, y nunca mejor dicho que esa debía estar ya durmiendo y sin follar.

Se dejó caer sobre mi espalda cuando acabamos, yo no sentía ni las pestañas, así que me tuvo que ayudar a moverme. Le vi reír, me dio un beso en los labios y entró en el cuarto de baño mientras yo me acurrucaba en la cama.

Se unió a mí, abrazándose por la espalda mientras dejaba un beso en mi hombro, yo cerré los ojos y no tardé en caer en un sueño profundo.

Domingo por la mañana, me levanté con un dolor de cuerpo que, madre mía de mi vida. Si parecía que me hubiera pasado la noche haciendo gimnasia.

Entonces noté el peso de un brazo sobre mi cintura, un leve gruñido y... Sí, recordé que, efectivamente, había estado haciendo ejercicio, y no en el gimnasio precisamente.

Intenté levantarme procurando que Pedro, que me acordaba de su nombre que tan mal no había acabado la noche, no lo notara y se despertara, pero fracasé.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, bien. ¿Y tú? —preguntas de cortesía, lógicamente, porque él en su cama dormiría siempre de maravilla, vamos digo yo.

—Contigo, de puta madre.

¡Toma ya! Vamos que me había cogido como si fuera un peluche. Tardó poco en llevarme hasta él y, como ambos estábamos desnudos, en tocar por donde quiso y conseguir lo que se proponía, osea, ponerme otra vez a hacer ejercicio.

Bueno, mirando desde un punto de vista de mujer joven, sin dinero y sin muchas ganas, en el gimnasio este mes no me iba a ver. Que no estaba ni apuntada, pero tampoco iba a planteármelo.

Y después de un comienzo de domingo de lo más placentero, nos dimos una ducha y salimos a desayunar. Ahí estaban su primo y mi amiga, tomando café y charlando tan animadamente.

—Os quedáis a pasar el día, ¿verdad? —preguntó Pedro, cuando terminamos.

—Bueno, yo es que...

—Claro que nos quedamos, total, íbamos a estar solas en casa de esta —contestó mi amiga señalándome, y yo la miré que, si en ese momento hubiera tenido el poder de fulminar como el de los X-Men, esa muchacha era ya un montoncito de cenizas en el suelo.

Pues nada, domingo en casa de Pablo y Pedro, alias los primos Picapietra, comiendo pizza y viendo pelis.

Mi poli se pasó todo el día con tonteos, carantoñas y arrumacos que me sacaban la sonrisa, y cuando me cogió el móvil para guardar su número después de hacerse una perdida con él al suyo, me guiñó el ojo.

Cerca de las ocho de la tarde dije que nos íbamos, pues al día siguiente tocaba trabajar y quería llegar a casa y descansar, se ofrecieron a llevarnos, pero al saber dónde estábamos les dijimos que iríamos andando que no tardaríamos nada.

Y eso hicimos, un par de besos, una promesa de “nos llamamos” y salimos de allí camino de mi casa.

—Menuda manera de gritar, bonita —fue lo primero que me dijo Melody, en cuanto pusimos un pie en la calle.

—¿Me escuchasteis?

—Yo diría que todo el edificio lo hizo, pero puede que esté exagerando un poco.

—Madre mía, ¿qué he hecho, Melody?

—¿Acostarte con un pedazo de tío, dos veces?

—Joder, joder, joder. Soy lo peor, en serio.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque me he liado con otro solo una semana después de hacerlo con Martín.

—A ver, a ver. Que yo me entere. ¿El, joyitas te ha prometido algo? ¿Le debes fidelidad y celibato o algo así y no me lo habías contado? Porque, si no recuerdo mal, el colega tiene mujer.

—No, nada de eso, pero...

—Ya, ya lo sé, tú te sientes como una mierda. Si no te conociera...

—Voy a bloquear a Pedro, no puedo volver a verlo, de verdad que no. Es un encanto y demás, pero no puedo.

—Pues nada, de aquí al convento, Sor Bronca.

Fuimos hasta mi casa y menos mal que mi madre no estaba todavía, nos zampamos la tortilla

que debía haber sido para la comida y en cuanto acabamos Melody se marchó a casa.

Me metí en la cama y tardé en dormirme, así que, armándome de valor y con el remordimiento de lo que había hecho esos dos días, cogí el móvil y bloqueé a Pedro.

Que no sería una mala opción como posible pareja, pero yo no me veía con él.

Para colmo de males me sentía sucia, como si hubiera fallado a Martín por haberme acostado con otro.

Vaya mierda todo, de verdad que sí.

CAPÍTULO 10



Lunes por la mañana y de nuevo a las oficinas de mi querido Martín, San Martín de los cojones.

Antes fui a desayunar y casi me caigo al suelo al ver la nevera, ni mantequilla, ese mes iba a ser muy largo y sentía hasta impotencia.

Me cambié y Susana me dijo que el jefe quería hablar conmigo y que fuera antes que nada a su despacho, resoplé enfadada.

—¿Qué quieres Martín? —pregunté abriendo la puerta sin ni siquiera dar los dos golpes de cortesía.

—Siéntate, tenemos que hablar.

—Si no es de trabajo no quiero hacerlo.

—Siéntate.

—No me toques los ovarios, Martín, no me voy a sentar.

—Ella...

—¿Qué no me hables de tu vida!

—Clara, no podemos seguir así.

—Claro que no, yo vengo a mi trabajo, no molesto a nadie. ¿Me puedes decir qué más tengo que hacer para contentarte?

—Quiero darte otro puesto, no quiero tenerte en el equipo de limpieza.

—A mí con que me des un adelanto de cien euros para ayudar en mi casa que este mes está la cosa peor que nunca, ya soy feliz. No necesito ningún ascenso ni nada que no vaya conmigo, no tengo estudios, no sé más que limpiar, el frigorífico se nos cae a pedazos, ni mantequilla para untar al pan y estoy que voy a explotar. No me interesa tu vida, no quiero saber nada, solo quiero que me dure el trabajo y poder ayudar en mi casa.

—Me lo podrías haber dicho antes, ahora mismo te meto en la cuenta un dinero.

—Cien euros, no quiero más que luego no tendrá el sueldo íntegro y vuelta a empezar.

—Tranquila. ¿Podemos vernos a la salida e ir a comer?

—No, no podemos, ponme los cien euros que al menos lleve una compra a mi casa, es lo único que te pido.

Salí de allí y cerré la puerta.

Me pasé la mañana limpiando, con ganas de llorar, impotente y sintiendo que sí, que mi vida era una mierda. Debería de haber estudiado o trabajado más tiempo, me sentía frustrada y en el fondo me mataba ver que mi madre, pese a su condición, tuviera que ir a cuentagotas con la comida, lo peor de todo que no tenía nada que vender para ayudar. ¡Mierda, que impotencia! No podía dejar de llorar y Andrés me vio y me abrazó.

—¿Qué te pasa, Clara?

—No puedo más, no puedo más, te lo juro, soy una mierda pinchada en un palo.

—No digas eso, ven, te preparo un café.

—Estoy viviendo una situación jodida, antes pasaba de todo, pero ahora me duele en el alma.
—Me gustaría que me contaras.
—No, no puedo hacerlo, no quiero pues te obligaría a hacer algo que no es lo que busco.
—¿Por qué me dices eso?
—Yo sé por qué lo digo, Andrés, pero bueno, espero que se vaya este puto mes a la mierda.
—Por favor, cuéntame.
—Acabo de pedirle cien euros de adelanto al jefe, en mi casa no hay ni mantequilla...
—¿Y por qué no me lo has dicho antes?
—Porque es mi problema y no el de nadie, joder mierda de vida, de verdad, no puedo más —
me sequé las lágrimas y él no dejaba de darme pañuelos.
—Déjame ayudarte, ¿vale?
—No, de verdad, ya con que el jefe me haga caso y me de lo que le pedí, podemos tirar el mes bien.
—No, las cosas no son así, los amigos estamos para ayudarnos, por favor, déjame ayudarte.
—De verdad que no, por eso no quería desahogarme, estoy fatal, me llevo con mi madre mal, encima la veo que no llega y es que no puedo más, te juro que me dan ganas de prostituirme.
—No digas eso, por favor.
—Bueno voy a seguir, a ver si pasa la mañana rápida.
Lo dejé con la palabra en la boca y me fui, joder jamás me había sentido tan mal como esa mañana, ver que no había ni mantequilla me había hecho sentir la peor persona del mundo y es que por muy capulla que fuera mi madre, no se merecía vivir así.
Salí del trabajo, entré en la aplicación del banco y tenía quinientos euros de la empresa y ponía gratificación, me puse a llorar más todavía, ahora me sentía como la lastima de Martín, pero joder qué asco de vida y de sentir tantas cosas feas.
Saqué doscientos euros para dárselo a mi madre al llegar a casa y que fuera a comprar lo que necesitara para comer, el resto se lo iba a devolver a Martín y los doscientos serían de adelanto, no quería limosna de nadie y menos de él.
Llegué a casa y escuché a mi madre en la cocina, cuando entré me encontré todo lleno de bolsas de comida de un supermercado caro y a mi madre colocándolo todo.
—Gracias hija —dijo llorando emocionada y vi una nota sobre la mesa del supermercado.
«Mamá, colócalo todo, lucharé para que no nos falte de nada»
¿Quién cojones había mandado eso? Por supuesto que Martín, a Andrés no le había dado tiempo.
—Nada que no te merezcas —dije sonriendo y me fui al cuarto a llorar como una niña pequeña.
Mi madre me llamó para comer, me dijo que en la vida había visto tanta comida junta y que no debería de haberme gastado tanto dinero y que se había sentido orgullosa de mí.
Cuando terminamos de comer llamaron a la puerta y eran de otro supermercado, no me lo podía creer, mi madre me miró extrañada. Traían aceite, pan de sándwich, carne, embutidos, de todo, esta vez traía nombre y era Andrés.
—¿Hija? —preguntó mi madre sin entender nada.
—Mamá, es que a un compañero mío le tocaron varios vales de este supermercado y le bromeé con que se dejara caer y nada, nos llegó todo el mismo día.
—Y yo que pensaba que era el mes más malo de mi vida —se acercó y me besó, hacía tiempo que no lo hacía, yo me puse a llorar y le pedí perdón por no haberle hecho caso muchas veces, ella también lloró y me decía que solo quería el bien para mí.

Ese día lo pasé en mi cuarto con el corazón en un puño, llamé a Andrés para agradecersele y le conté lo que había hecho Martín también, se alegró infinito, le di las gracias infinidad de veces y me dijo que jamás me viera sin llevarme algo a la boca, que para él era la niña de sus ojos, esa que nunca tuvo. ¡Anda que no me hizo llorar nada con ese comentario!

CAPÍTULO 11



Me levanté y escuché a mi madre en la cocina, era temprano y me fui a desayunar con ella, al verme me abrazó de nuevo y sonrió, hacía tanto tiempo que no lo hacía, que la vi la mujer más bonita del mundo.

—Toma, ayer se me pasó —le puse los doscientos euros sobre la mesa.

—Hija, ¿y esto?

—Para ti, para que compres lo que haga falta.

—Pero si tenemos de todo, cariño, hay comida para un mes —sonrió.

—Bueno pues para la luz y la comunidad de primero de mes. Me han dado unas gratificaciones por hacer unas limpiezas extras, además el fin de semana que te dije que había estado con mi amiga era mentira, estuve limpiando.

—¿En serio? —Se puso la mano en la boca y es que no me quedaba otra que mentir para que no se pensara nada raro.

—Te lo mereces todo —le hice un guiño y se le saltaron las lágrimas.

Desayuné con ella y me fui al trabajo, al llegar Susana me dijo que tenía que hablar con el jefe, que no me cambiara de ropa.

La miré resoplando y me dirigí a la oficina de Martín.

—Aquí estoy —dije abriendo la puerta y me hizo un gesto de que me sentara—, solo te pedí un adelanto de cien euros.

—¿Te crees que me importas tan poco como para quedarme impasible ante lo que me dijiste?

—No lo sé, pero te lo devolveré todo poco a poco, es más, solo saqué doscientos, el resto te lo sacaré ahora y daré.

—No, lo dejas donde está.

—Lo de la comida también lo pagaré, de todas formas, gracias, hiciste muy feliz a mi madre y a mí al verla.

—La chica de recepción se va a dar de baja por maternidad, quiero que cojas el puesto de ella.

—No sé hacerlo, te lo agradezco, pero no soy la persona apropiada, no sé ni donde está Galicia, bueno ya sí, pero no tengo la más mínima base para coger un puesto de tal envergadura.

—Solo tienes que atender el teléfono y pasar las notas.

—De verdad, Martín, no lo hagas por mí, con limpiar ya soy feliz.

—No hay vuelta atrás, Andrés te está esperando con el cambio de contrato.

—No sé qué decir... —rompí a llorar— Estoy en un momento muy sensible de mi vida, no lo estoy pasando bien.

—No llores — vino hacia mí y se puso en cuclillas entre mis piernas, rodeándome con sus manos y secando de vez en cuando las lágrimas de mis mejillas.

—Estoy saturada, estoy que no doy más de sí, no puedo, tengo una sensación de remordimientos que no puedo con ellos.

—¿Quieres que salgamos a tomar algo y que te dé el aire? No te tienes que incorporar a tu

nuevo puesto hasta mañana y me gustaría contarte algo.

—No sé ni lo que quiero, sinceramente, meterme en la cama y echarme a llorar.

—Ven —me agarró de la mano y lo seguí como una muerta en vida.

Pasamos por el despacho de Andrés y firmé el nuevo contrato, él sonrió feliz y yo le devolví la sonrisa tras esa tristeza que era el reflejo de mi alma.

Nos fuimos para el Puerto de Santa María, a un club de playa muy exclusivo y que era de socios, obvio que él era uno, el camino lo habíamos hecho en silencio.

Antes habíamos parado en dos sitios para él entregar unas documentaciones, yo aproveché para decirle a mi madre que no iría a comer.

Nos dieron una mesa que daba al mar y con unas vistas espectaculares, pidió un pescado a la espalda para cada uno y una ensalada.

Era apenas la una de la tarde y ya estábamos para almorzar.

Levantó su copa de vino a modo de brindis, yo hice lo mismo con menos ganas que todas las cosas y entonces fue cuando comenzó a hablar...

—Sé que debería de haber sido sincero contigo, la mujer que viste es mi mujer, sí, estoy casado, pero quiero contarte mi verdad.

—No tienes que darme explicaciones, lo que pasó, pasó y ahí se queda.

—Sí te las quiero dar.

—No tienes que hacerlo —repetí y tenía unas ganas de llorar increíble.

—No la amo, llevamos un año que apenas vivimos juntos, ella aparece y desaparece a su ritmo, está en un proyecto de moda que la hace estar mucho tiempo en París, la semana pasada volvió y estuvimos tres días juntos, pero tú me has devuelto la ilusión.

—No pienso ser la querida de nadie, ya solo me faltaba eso para tocar fondo y caer más bajo aún.

—No te estoy pidiendo eso, solo te estoy contando e intentando ser sincero.

—No me tienes que dar explicaciones de tu vida privada.

—Pero yo quiero hacerlo, me importas más de lo que imaginas y lo que tú me has hecho reír en tres días, nadie lo consiguió jamás.

—Pues contrátame de payasa.

—No seas tonta, no eres ninguna payasa, eres mucho más que eso.

—La gran payasa del circo de la vida de los demás, eso soy.

—No me gusta tu tono.

—Ni a mí que jueguen conmigo, nadie tiene derecho.

—No eres un juego Clara.

—Estoy bloqueada, no estoy bien, estoy teniendo unas sensaciones muy extrañas que antes no sentí, estoy intentando encontrarme, no soy solo una niña de un barrio casi marginal donde lucha a duras penas por sobrevivir y que estuvo un tiempo sin ayudar a su madre. Quiero comenzar a luchar por labrarme un futuro, sacar a mi madre de ahí, no sé, estoy mal Martín, me siento muy perdida, aturdida, con una explosión de sentimientos que me están matando.

—Déjame ayudarte.

—No, entonces no sería una luchadora, no quiero que me regalen nada, quiero luchar y conseguir algo —me eché a llorar y cogió mi mano por encima de la mesa.

—Confío en que tienes cualidades para llegar donde quieras, no me gusta verte así y te quiero ayudar para que puedas conseguir todo aquello que te propongas, es más, el trabajo lo tienes por la mañana en mi empresa, por las tardes en septiembre podrías comenzar a estudiar y sacarte

secundaria para adultos, quizás eso te animaría a seguir estudiando.

—Eso lo he pensado, quiero hacer algo, no me quiero conformar con la vida que me tocó.

—Me voy a separar de ella, pero necesito tiempo, hay muchos problemas por medio y no es fácil —aquello me hizo sentir más dolor.

—No quiero saber nada, no pienso estar con ningún casado y si lo hice es porque no tenía ni idea.

—No quiero que me apartes de tu vida.

—No puedo, eres mi jefe.

—Sabes a lo que me refiero.

—No voy a ser la otra, de verdad que no —lo miré convencida y negué con tristeza.

—No quiero que seas la otra, quiero que seas mi todo.

—Pues así vas mal...

—Dime solo una cosa. ¿Me vas a esperar?

—Estoy rota, me siento como si de repente la vida me hubiera dado una torta en la cara, me siento culpable por todo, por mi relación con mi madre, con mi forma de ser, por cómo he llevado la vida y sí, lo pasé contigo como jamás lo he pasado con nadie. Me dejé llevar esos dos días y disfruté como nunca imaginé, pero me hiciste participe de algo que no tenía que ver con la realidad, estabas casado y sí, yo te mentí sobre mi vida, pero no le iba a hacer daño con eso a nadie.

—No te eché en cara que me mintieras sobre tu vida, es más, te valoro más y me da igual la clase social que tengas, lo único que me importa es lo que estoy sintiendo por ti y es que me atrevo a decir que, te amo.

—¿Amar a una persona que no sabe ni marcar en el mapa dónde está Galicia?

—Pues para eso estoy, te enseño lo que quieras.

—Pues no quiero, me voy a apuntar a sacarme secundaria —me crucé de brazos y comencé a llorar.

—No quiero que te pongas así, sé que estás sufriendo y que estás en un momento donde tienes los sentimientos a flor de piel y estás muy tocada moralmente, pero debes de confiar en mí.

—¡Estás casado!

—Ya, ya me he enterado —sonrió negando, pero con cara de preocupación.

—No te rías que no me hace ni pizca de gracia.

—Come un poco anda.

—No me entra.

—No me obligues a tenerte que dar de comer.

—Lo que me faltaba, vamos.

—No sabes lo que me duele verte sufrir, pensarás que para mí eres una más, pero te equivocas, para mí lo eres todo y jamás le fui infiel a mi mujer con nadie a pesar de que lo nuestro estaba súper deteriorado, pero desde que te vi esa noche y me sacaste tantas carcajadas sabía que eras todo aquello que siempre había necesitado. Por eso quise quedar contigo al día siguiente, no había dejado de pensar en ti ni un solo momento.

—De verdad, no quiero seguir escuchando nada, hoy tengo mucha ansiedad.

—Te comprendo y me parte el alma verte así.

Cogí la copa de vino y me la bebí del tirón, no sabía si necesitaba emborracharme, tirarme al mar, soltar una hostia o lo que fuera, pero estaba que me iba a dar algo.

Comí a duras penas y tenía un dolor en mi pecho, era como si de repente toda mi vida se

hubiera frenado para hacerme ver que no iba por buen camino, desde en mi casa, a mi forma de ser a liarme con un hombre casado. Estaba decepcionada conmigo misma y eso era lo peor que le podía pasar a una persona.

Tras la comida nos fuimos hacia Cádiz, yo quería ir a mi casa y dormir, pasarme el resto de la tarde en mi cuarto sola.

Me llevó hasta la puerta de mi casa, a la misma puerta, sin importarle parar ahí el coche y estar a mi lado.

—Prométeme que no me darás de lado.

—No te lo daré Martín, pero necesito mi espacio y debes de entender que estoy lidiando conmigo misma.

—Vale —respondió con tristeza y me bajé del coche para entrar en mi casa.

Mi madre estaba con la amiga así que me metí en el cuarto a llorar sin consuelo, todo era demasiado para mí y me dolía demasiado, estaba decepcionada conmigo misma y es que no había peor cosa que esa.

Por la noche llegó mi madre y preparó la cena, yo hice como si no me pasara nada, quería que en aquella casa el cariño, respeto y la sonrisa no faltara y ni los “te quiero”, ese que le dije antes de irme a dormir y a mi madre le cambió la cara, se le saltaron las lágrimas del tirón y me abrazó diciendo que ella me quería más que a su vida.

Esa noche me costó coger el sueño, todo me daba vueltas, me sentía fatal, era una sensación tan desgarradora que me estaba haciendo un daño machacante, era como tener la necesidad de coger un punto de partida en mi vida y que todo se desarrollara de otra manera, era como ese choque con la realidad que nunca quise ver, pero que, algún día, me tenía que llegar.

CAPÍTULO 12



Miércoles y sin ganas de nada, pero al menos empezaba en un puesto nuevo. Al que se le dijera que de chica de la limpieza había pasado a ser la recepcionista, se pensaría que me tiraba al jefe.

Sí, lo hice, pero antes de saber que el susodicho era mi jefe.

Me puse unos vaqueros ajustados, una camisa mona y los zapatos de tacón, que en la recepción no iba a llevar la bata y tenía que estar decentemente vestida.

En cuanto mi madre me vio aparecer por la cocina para desayunar arqueó la ceja.

—Hija, ¿vas a una entrevista? Creí que este trabajo te iba bien.

—Y va bien, mamá, el jefe me ofreció ayer el puesto de la recepción porque la chica se da de baja por maternidad, así que podría decirse que he ascendido.

—¡Vaya! Qué alegría, cariño, pero si no tienes ni el graduado, mi niña.

—Y el jefe lo sabe, tranquila, que según dijo solo tengo que atender llamadas, coger los recados y pasar las notas. Bueno, y supongo que alguna llamada también tendré que pasarla.

—Pues nada, a por tu nuevo puesto. Mucha suerte, cariño. Te espero para comer, que voy a hacer unos filetes en salsa, ¿te parece?

—Claro, genial. Nos vemos.

Me despedí de ella y fui con el coche a las oficinas. Tendría que pensar seriamente en cambiar a nuestro viejo chapas por uno un poco más decente, igual ahora con eso de que tenía contrato con buen sueldo podría pedir un préstamo y comprar uno de segunda mano barato, pero apañadito.

Crucé la puerta de las oficinas y como que noté que iba a ser un día de lo mejorcito que había tenido hasta el momento. Desde luego que eso de pensar en positivo iba bien para la mente.

Ocupé el puesto y fui dando los buenos días a los que iban llegando, hasta que apareció por allí mi Kevin particular. Ese hombre me tenía loca, pero loca de verdad. No se podía ser más buena persona, por favor.

—¿Cómo está la niña de mis ojos? —preguntó entregándome una rosa roja de esas preservadas dentro de una urna, que me dejó loca.

—¡Andrés! No tenías que haberte molestado.

—Claro que sí, para que decore un poquito tu mesa.

—Muchas gracias, de verdad.

Me levanté y dejé mi puesto para ir a abrazarlo, él lo recibió encantado y me besó en la sien.

—Me alegro de que Martín pensara en ti para este puesto, de verdad.

—Gracias. Luego te llevo un café y nos lo tomamos en tu despacho, ¿te parece?

—Claro que sí, te estaré esperando.

Volví a sentarme y sonó el teléfono, me puse un poco nerviosa, pero atendí la llamada respirando hondo.

—Buenos días —contestó un hombre al otro lado después de mi saludo telefónico—. Quería hablar con la señorita Clara Bronca.

—Soy yo. ¿Qué desea?

—Verá, señorita, hay un hombre muy interesado en invitarla a comer hoy, y se preguntaba si usted aceptaría.

—Pues la verdad es que no, y estoy trabajando en estos momentos así que...

—Clara —esa era la voz de Martín. ¿Qué hacía al otro lado del teléfono?

—¿Martín? ¿Qué está pasando?

—No me has reconocido hasta que he dicho tu nombre, muy mal, preciosa.

—Jefe, estoy trabajando.

—Lo sé, solo quería comprobar que me habías hecho caso y estabas ahí, sentada donde te corresponde, que capaz eras de haberte puesto la bata.

—Me la puedo poner, ¿eh? Que no se me van a caer los anillos. Más que nada porque no llevo, pero bueno.

—Eso lo arreglamos en un momento. Después te veo, que voy a una reunión.

Colgó sin darme tiempo siquiera a replica, así que me encogí de hombros y seguí trabajando. Bueno, empecé, mejor dicho.

Pasé las primeras horas atendiendo llamadas y la verdad es que era muy fácil, no me había costado cogerle el punto y un buen ritmo apuntando los recados, después los pasaba por e-mail al destinatario y ellos respondían con un “gracias, bonita” que me llegaba al alma.

—Buenos días, traigo un paquete para... Clara Bronca —miré al chico de la empresa de mensajería y me quedé blanca.

Llevaba una caja de bombones y otra un poco más pequeña encima, le atendí, firmé el recibí de entrega y cuando se marchó me quedé de golosa y me comí un bombón. Qué rico estaba el Ferrerito, madre mía.

Abrí la tarjeta que lo acompañaba y casi me caigo de culo.

«Vale, sé que has cogido un bombón y estás con la nota. ¿Puedes abrir la cajita pequeña y después vuelves a la nota?»

Eso mismo hice, abrirla y ver una sortija muy bonita y fina con un brillante en el centro, solo esperaba que eso no fuera un diamante porque me moría, vamos.

Volví a la nota y seguí leyendo.

«No te asustes, no es un diamante sino una circonita. Has dicho que no se te caían los anillos por limpiar, más que nada porque no tenías. Pues ahí tienes uno. Considéralo un regalo de bienvenida a tu nuevo empleo. Que tengas un buen miércoles, preciosa»

Me quedé loca, miré la sortija y seguro que tenía una cara de tonta que no podía con ella, pero no podía aceptarla, así que fui a su despacho y dejé la cajita sobre el escritorio.

Preparé dos cafés y visité a mi querido Kevin, ya no se sorprendía cuando lo llamaba así, todo lo contrario, pues si no lo hacía decía que le faltaba algo.

Nos tomamos el café y volví a la recepción, donde pasé el resto de la mañana trabajando como la que más.

Eran casi las dos cuando apareció Martín por la puerta y vino directo a mi mesa.

—Hola, preciosa. ¿Nos vamos?

—¿Adónde?

—A comer.

—¡Ah! Claro, sí, recojo y me voy para casa.

—No, a tu casa no, conmigo.

—No, ya te lo he dicho, no voy a ir a comer contigo.

—Por favor, come conmigo y hablamos.

—Martín, me voy a casa que me está esperando mi madre.

Recogí mis cosas y salí de las oficinas, no quería ir con él, porque sabía que no saldría bien.

Llegué a casa y el olor al guiso me hizo suspirar. No sabía el tiempo que hacía que no comíamos unos filetes en salsa, pero a partir de ahora iba a cambiar todo en casa.

—Hola, cariño. ¿Qué tal en el puesto nuevo?

—Muy bien. ¿Comemos? Tengo un hambre que me comería a mi jefe.

Lo dije a modo de broma y mi madre soltó una carcajada, pero leches en el fondo era verdad, me lo comería, porque ese hombre estaba para comérselo y repetir ración.

Después de comer llamaron al timbre, abrí y me encontré un repartidor de una floristería. Cogí el ramo y leí la tarjeta.

«Comerás conmigo algún día, lo sé y tú también. Descansa, preciosa»

—¿Quién era? —preguntó mi madre y al girarme me miró con los ojos muy abiertos— ¿Y esas flores?

—Pues... —mentir, una mentira, pero ya— No sé, se habrán equivocado.

Me guardé la nota y ella se encogió de hombros.

—Pues trae, que no creo que las reclamen, vamos a ponerlas en agua que con lo bonitas que son, van a quedar muy bien en el salón.

Y eso hizo ella, poner mis flores en el salón decorando la mesa.

Me tomé el café con un cigarro y después fui a cambiarme de ropa, un chándal cómodo y las deportivas, ya que me iba a dar una vuelta.

Acabé en la puerta de la casa de Melody, que en cuanto me abrió su madre me dio un abrazo de los suyos y me dijo que la niña estaba en su cuarto.

Ahí que fui yo, llamé, pero no me hizo ni caso así que imaginé que estaba con los cascos puestos.

Entré y la encontré tumbada boca abajo en la cama, con los tobillos juntos y bailando.

—¡Hostia! —gritó cuando le di un golpecito en la espalda.

—Normal que te asustes, si es que así no te enteras si entran.

—Chica, que soy joven para morir, ¿eh?

—Anda, hazme hueco y dame un casco.

Así pasamos la tarde, como cuando teníamos catorce y quince años que nos quedábamos los fines de semana en casa de alguna de las dos, escuchando música y comiendo porquerías.

—¿Sabes algo de Rodrigo? —pregunté antes de irme.

—Sí, me ha llamado todos estos días, dice que quiere verme. A ver, que tonto no es y al ser tu jefe pues ató cabos y... ya sabe que soy limpiadora.

—Bueno, yo ahora soy recepcionista.

—¡Toma! ¡Qué nivel, Isabel!

—La rima es con Maribel —contesté muerta de risa.

—Pues yo lo cambio, no soy como el resto del mundo.

—No, eso desde luego.

—Bueno, cuenta, ¿cómo es eso de que ahora eres recepcionista?

Le conté todo, incluido lo que me había dicho Martín de su mujer, y se sorprendió, pero también se alegró de que ahora tuviera un puesto mejor.

Me despedí de ella y volví a casa, tocaba cenar y dejar pasar este día.

Ya solo estábamos a uno y medio de empezar el fin de semana, uno en el que estaba convencida que mi amiga lo pasaría con su Rodrigo del alma.

CAPÍTULO 13



Estaba a punto de entrar en la cocina cuando sonó el timbre y fui a abrir.

—Buenos días, traigo un desayuno con amor para Clara Bronca.

—Soy yo.

—Aquí tiene, espero que lo disfrute.

Cogí la cesta que me entregaba la chica y fui a la cocina donde mi madre estaba empezando a poner la cafetera.

—¿Quién era a estas horas, cariño? —preguntó, porque muy normal no era que alguien viniera a nuestra casa a las siete de la mañana de un jueves.

—Pues que me han traído un desayuno, mamá.

—¿Y eso? ¿Quién ha sido? El mismo de las flores, a que sí, porque eso de que se habían equivocado... no me lo creo.

—Vale, sí, el mismo.

—¡Ay, mi niña! ¡Que tienes un admirador!

Mi madre se acercó a mí con los brazos abiertos y me dio un achuchón tan fuerte, que creí que me rompía una costilla. Me comió a besos, pero de esos sonoros que te dejan sorda un ratito.

Quité el papel celofán ese con el que estaba envuelta la cesta y nos quedamos a cuadros al ver un café, zumo de naranja, donuts, croissants, una cajita de bombones y un osito de peluche con mi nombre. Sí, con mi nombre, ahí es nada.

—Hija, menudo desayuno. Venga, tómatelo antes de que se enfríe el café.

Cogí la nota de la cesta y al ver el nombre de Martín, me salió una sonrisa de quinceañera de instituto, que hasta mi madre soltó una risita.

«Esto mismo estoy desayunando yo, no me lo has mandado tú, pero como si lo hubieras hecho. Ya que no quieres comer conmigo ni hacer el resto de comidas del día pues, aunque sea así, cada uno en su casa, nos lo tomamos juntos. Nos vemos en la oficina, preciosa»

—¿Es un compañero del trabajo, hija?

—¡Mamá! —protesté riendo, porque la tía se había puesto, tan sigilosa como un gato, a mi espalda y había leído la nota.

—Lo siento, no quería cotillear.

—No, claro, por eso estabas ahí detrás. Anda, vamos a desayunar que al final llego tarde a la oficina.

—Entonces sí, es un compañero de trabajo.

—Es el jefe, mamá —confesé, muerta de vergüenza.

—¿Qué has dicho, hija?

—Que es mi jefe el que me ha mandado esto, y las flores de ayer.

—Clara, ¿quieres contarme algo, cariño? Soy tu madre, puedes confiar en mí.

Miré a la mujer que me había dado la vida veintitrés años antes, y armándome de valor le conté todo, pero sin detalles cochinos que una tenía su pudor.

—Hija, ¿quieres saber una cosa?

—Dime, acepto consejos, de verdad que sí.

—Tu padre estaba casado cuando nos conocimos.

—¿No fastidies? Y yo, ¿cómo es que no he sabido eso nunca?

—Porque no creímos necesario que hubiera que contártelo. El caso es que, cuando el amor entra en juego, nada ni nadie puede evitar que dos personas que se quieren, luchen y estén juntas. Ahora, vete a trabajar, no sea que te despidan, cariño.

Mi madre salió de la cocina y yo me quedé ahí pensando en lo que había dicho. No tenía muy claro yo que Martín realmente se separase, y mucho menos que realmente sintiera por mí eso que decía sentir.

Llegué a la oficina y cuando abrí el cajón de la mesa para guardar el bolso, ahí estaba la cajita con la sortija. Vamos que el jefe no se había dado por aludido de que no quería el anillito en cuestión.

Fui a su despacho y lo dejé en la mesa, aprovechando que no estaba, pero llegó justo en ese momento.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal el desayuno?

—Buenos días, jefe. Muy bien, todo riquísimo, pero no hacía falta.

—Quiero desayunar contigo, así que ese es buen comienzo. ¿Qué haces aquí?

Se asomó por encima de mi hombro y al ver la caja sobre la mesa, arqueó la ceja. Me miró, cogió mi mano y fue hasta su sillón donde se sentó conmigo sobre su regazo.

—¿Por qué no lo cogiste ayer?

—Porque no quiero una joya tan cara, no la necesito.

—Pero yo sí quiero que te la quedes. Me da igual si no la necesitas, preciosa, es un regalo. Es tuya.

Martín cogió la caja y tras abrirla y sacar la sortija, me cogió la mano y sin dejar de mirarme me la puso en el dedo corazón de la mano izquierda y me dio un beso en la mejilla.

—No te la quites, por favor.

—Martín, no puedo aceptarla. Esto... debe costar medio sueldo mío.

—Da igual lo que cueste, es para ti y la vas a llevar puesta. ¿Entendido, jovencita?

—Ya salió tu vena de padre.

—No quiero ser su padre, y lo sabes.

—Bueno, yo... —Me levanté de su regazo, miré la sortija que adornaba mi mano y respiré hondo— Vuelvo al trabajo.

—Que vaya bien tu día, Clara.

—Igualmente, jefe.

Salí del despacho y me sentí un poco mareada. De verdad que no entendía por qué me hacía un regalo como ese, no necesitaba que me regalara nada.

La mañana se pasó rápida, entre llamadas y algún café con Andrés. Adoraba a ese hombre, me recordaba tanto a mi padre, que con él me sentía como si pudiera hablar de cualquier cosa.

A la hora de salir Martín se paró delante de mi mesa, con las manos en los bolsillos y la ceja arqueada.

—¿Desea algo, jefe? —pregunté mientras recogía mis cosas.

—Solo comprobar que no te lo habías quitado —señaló la mano con un leve movimiento de cabeza y yo, automáticamente, miré el anillo.

—Ni me doy cuenta que lo llevo —mentí, porque no había parado de mirarlo cada poco

tiempo.

—¿Comemos juntos?

—No puedo, tengo unas cosas que hacer y voy a comer un sándwich rápido mientras.

—Puedo llevarte.

—Martín, no insistas. Ya he aceptado el anillo, y no debería, no voy a comer contigo porque no quiero que me hables de nada. Nos vemos mañana, jefe.

Salí de las oficinas y en cuanto subí al coche puse rumbo a casa, no tenía absolutamente nada que hacer, pero no podía pasar tiempo con él, porque me ponía nerviosa, y sabía que volvería a hablarme de eso que no quería saber.

—Hola mamá. ¡Qué bien huele! —dije entrando en la cocina.

—Hice paella, cariño.

—¡Qué rica! Voy a cambiarme rápido y pongo la mesa.

—Vale.

Abracé a mi madre y ella volvió a comerme a besos, menudo cambio el nuestro, de no poder ni vernos y lanzarnos cuchillos con la mirada, a estar tan cariñosas como cuando yo era pequeña.

Me gustaba el cambio, me gustaba mucho.

Comimos viendo las noticias, tomamos café juntas y por primera vez no me fumé un cigarro mientras lo hacía, desde luego me había costado un poquito, pero procuraría dejarlo, poco a poco, eso sí.

Pasé el resto de jueves viendo la televisión con mi madre, charlando del trabajo y esquivando sus preguntas sobre el jefe, que menos mal que según ella no era una cotilla, que si llega a serlo... Ya sabría hasta la talla de ropa interior de mi jefe.

Después de una cena rápida me fui a la cama y me quedé dormida enseguida. Un día faltaba solo para el viernes y deseando estaba que llegara, pues me iba a pasar dos días de descanso en casa sin hacer nada.

Viernes, y afrontaba mi tercer día como recepcionista en las oficinas.

Acababa de sentarme cuando entró un repartidor con un par de globos con forma de corazón y una cesta.

—Buenos días, traigo una entrega para Clara Bronca.

—Soy yo, ¿dónde firmo?

—Aquí, por favor.

Firmé el recibí, cogí los globos, los até en el perchero que tenía a mi espalda, ahí se iban a quedar para decorar la recepción, y miré en la cesta que dejó sobre la mesa.

Bombones, bollos y una nota.

«Para que tengas un descanso dulce a tu hora del café. Nos vemos, preciosa»

Nos vemos, ¿cuándo? ¿Es que no iba a pasar por las oficinas en toda la mañana?

Bueno, era el jefe y podía hacer lo que le diera la gana. Que no venía, pues que no lo hiciera, más tranquila me quedaba, o al menos un poco.

—Buenos días, Clara —miré a Rodrigo y me sonrió.

—Buenos días, jefe.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—La alergia veo que mejor —arqueó la ceja y aguantó la risa como un campeón, y rompí a reír.

—Sí, la alergia mejor.

—¿Qué tienes ahí? —señaló la cesta y al asomarse soltó un silbido— Parece que alguien quiere endulzarte el día.

—Sí, eso me ha dicho en esta nota. ¿Quieres? —Le ofrecí levantando la caja de bombones y cogió dos.

—Para después, con el café —guiñó el ojo y se fue al despacho.

Andrés llamó por teléfono, que se había quedado tirado con el coche y tardaría en llegar, me avisó para que no me preocupara al no verlo entrar en las oficinas, y yo sonreí, si es que era verdad que me tenía como a una hija.

Era casi la una y vi entrar a Martín.

—Hola, jefe —saludé cuando llegó a mi mesa.

—Hola, preciosa. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, tienes algunas notas en tu mesa.

—Genial, voy a revisarlas. Vengo de un par de reuniones y tengo la boca seca, necesito un buen café.

—Ahora te lo llevo.

—Gracias —me guiñó el ojo y fue a su despacho mientras yo le preparaba el café.

Cuando se lo llevé estaba hablando por teléfono, así que lo dejé en su mesa y volví a mi puesto.

Una hora, tan solo una hora y saldría del trabajo para disfrutar de dos días de descanso. Playa, soledad y tranquilidad.

No iba a hacer nada más.

CAPÍTULO 14



Llegué a casa con la sensación de estar con las energías por los suelos, mi madre me comió a besos y me enseñó feliz que había hecho mi comida favorita, huevos rotos con jamón y patatas fritas.

—Gracias mamá, qué buena pinta.

—Te noto triste, hija.

—Estoy un poco estresada, pero nada más, tranquila —le di un beso en la mejilla y me senté.

—Bueno, pero cualquier cosa que necesites ya sabes que me lo puedes decir.

—Tranquila.

—Ahora me voy a ir con mi amiga a su campo a Chiclana, me pidió que pasara el fin de semana con ella.

—Haces muy bien mamá, allí vais a estar de escándalo.

—¿Y tú qué harás?

—Por lo pronto mañana me iré a la playa, así que ni te preocupes, pero de todas formas ya sabes que vivo improvisando.

—Lo sé —sonrió— ¿Quieres que te deje algo de comida hecha para el fin de semana?

—No, no, me compro cualquier cosa para la playa y ya sabes que aquí me apaño con todo lo que hay.

—Vale, entonces me iré en cuanto coma.

—Claro.

Llamó a la amiga para decirle que en un ratito estaría lista y esta quedó en que pasaría a recogerla en una hora, así que la mandé a preparar sus cosas y fregué, bueno estaba todo fregado solo eran los dos platos, vasos y cubiertos.

Nos tomamos un café que preparé antes de que se fuera y me dio un precioso abrazo, estaba viviendo con ella un momento que siempre debió ser así y que me llenaba de paz.

Me tiré en la cama después de acompañarla a la puerta y me quedé dormida completamente, estaba tan agotada mentalmente, que mi cuerpo no tardó en entrar en un estado de desconexión total.

Me levanté y eran las ocho, tenía un montón de llamadas y mensajes de Martín, todos los mensajes con un hola, o si estaba bien.

Clara: *Hola, perdona, me quedé dormida.*

No tardó en contestarme, parecía que estaba esperando.

Martín: *Me gustaría que te vinieras conmigo el fin de semana.*

Clara: *Sabes que no tengo ganas de nada.*

Martín: *No te pondré una mano encima, te lo prometo.*

Clara: *No estoy en buen momento, no soy buena compañía.*

Martín: *Solo necesito tenerte a mi lado.*

Clara: *Tengo ganas de quedarme en la cama hasta el lunes, solo eso...*

Martín: *Sé que no estás en buen momento, pero también sé que algo puedo hacer para aliviarte un poco esa sensación. Te recojo en media hora, prepara todo que nos vamos a despejarnos por ahí.*

Clara: *No quiero ir a tu casa de los Caños, es de ella también.*

Martín: *No, es solo mía, es más, ella ni la quiere ver, pero no, nos iremos a tierra de nadie. Voy de camino a por ti, tardo media hora.*

Clara: *No, de verdad.*

Martín: *Ya voy de camino, no puedo leer conduciendo, ahora nos vemos.*

Y claro que me quería ir con él, pero no quería ir en la condición que estaba de casado y joder, es que no me salía nada medianamente bien en la vida y cuando alguien llega pisando fuerte, lo hacía de esa manera.

A la mierda, me puse a preparar una bolsa de fin de semana y listo, estaba loca, no era lo que quería, pero sí lo que mi corazón me pedía, así que metí de todo porque no sabía dónde iría, me duché rápido, me vestí y bajé cuando me puso un mensaje de que estaba llegando.

Hacia un calor de dos pares, Martín se bajó del coche y metió mi bolsa atrás, me abrió la puerta del copiloto y me monté.

—Gracias por venir... —dijo arrancando el coche y saliendo de la barriada.

—No sé ni qué hago aquí, con tantas cosas que me perturban ahora mismo en la cabeza.

—Estás pasando un mal momento.

—Demasiado malo...

Tomó mi mano con la suya y la apretó en un intento de arropo, solté el aire y es que me estremecía el solo contacto de su piel.

Comenzó a tomar dirección a la autovía de Cádiz—Sevilla. No tenía ni idea de adónde íbamos, pero bueno, solo con coger carretera y manta me estaba haciendo bien.

—¿Adónde vamos?

—A la costa de Huelva, hay un hotel muy bonito en primera línea de playa y nos tienen reservada una suite.

—Pensé que íbamos de camping —dije con ironía.

—Cuando quieras vamos... —sonrió mirando hacia la carretera.

—No te veo yo a ti mucho de camping.

—Entonces es que no me conoces, me adapto a cualquier sitio y lo disfruto de igual manera, el caso es la compañía.

—¿Y tu mujer qué piensa de que te largues los fines de semana?

—Es ella quien se va, está fuera con sus cosas, ya te dije que lo nuestro está tocado y hundido.

—No lo parecía cuando abrí la puerta del despacho.

—Ya, reconozco que entre nosotros hay sexo de vez en cuando, solo eso, viene, me provoca y...

—¡Qué asco! —Me salió del alma y se le escapó una carcajada.

—A ver, esa no es la palabra, es verdad que nuestro matrimonio está roto, está totalmente a la deriva y no siento ya por ella esa pasión que un día sentí, nada parecido a lo que siento contigo, por cierto. Bueno a lo que iba, a mí ya el deseo no me sale ante ella, pero es verdad que de vez en cuando aparece en plan sugerente y yo, pues tengo que tirar hacia delante, es mi mujer. Hay cosas que necesitan su tiempo y no puedo decir ahora mismo me separo y ya, mis abogados están preparando el terreno.

—No hace falta que me expliques nada.

—Ojalá pudiera explicártelo todo.

—No lo necesito, no nos debemos nada.

—Sí, tenemos sentimientos el uno hacia el otro.

—Ahí se van a quedar.

—No, no se pueden quedar ahí como dices.

—Pues yo no pienso volver a dejar que me pongas una mano encima —bueno eso era relativo, pero vamos...

—¿No me dejaras qué te dé ni un abrazo?

—Un abrazo no se le niega a nadie...

—Bueno, algo es algo, vamos por buen camino.

—Ni te voy a responder lo que pienso.

—Mejor, mejor —apretó los dientes.

Y me volvía loca ese hombre, pero me daban unas ganas de abrirle la cabeza impresionante, casado...

Tras dos horas y poco llegamos al hotel, un precioso y exclusivo resort que se veía todo un paraíso. Nos acompañaron a nuestra suite que tenía unas vistas impresionantes al mar.

—Mira las mismas vistas que mi casa en Los Delfines —bromeé.

—Igualitas —se rio.

Abrió una botella de champán y nos la tomamos en la terraza mirando las preciosas vistas que teníamos ante nosotros.

Estaba apoyada en la barandilla cuando se puso detrás de mí y apoyó sus manos al lado de las mías con su copa.

—¿No tenías más sitio? —carraspeé.

—Un abrazo no se le negaba a nadie, ¿no? —recordó lo que le dije en el coche.

—Te las sabes todas...

—No, si me las supiera ya te tendría besándome como solo tú eres capaz de hacer.

—¿Como una niña?

—Como la mujer que amo...

—Bueno, no quiero saberlo, me amas a mí, pero estás casado con otra, no me lo puedo creer entonces.

—Dame tiempo.

—Tienes todo el del mundo, pero...

—Pero, ¿qué?

—Puede que llegue alguien y...

—No me digas eso, por favor —murmuró en mi oído.

—El fin de semana hubo alguien...

—¿Cómo? —Se quitó de detrás de mí y se puso a un lado mirándome.

—Nada especial, pero hubo algo.

—¿Te acostaste con alguien?

—Sí...

—¿Me estás diciendo que te has acostado con alguien?

—Sí.

—No me lo puedo creer... —dijo en un tono de rabia y enfado. Se bebió la copa y se fue al baño.

Pues yo se lo había soltado y estaba claro que le había dolido, pero él tuvo la culpa, para mí la

tenía por no haber sido sincero conmigo y por ocasionar que yo me bebiera unas copas y me quisiera dejar llevar para olvidarlo.

En fin, que empezábamos un fin de semana cargadito de emociones y me daba que, a este, el enfado le iba a durar bastante, pero vamos, no tenía opción, estaba casado y aquí estaba yo sin quejarme, así que no tenía derecho a nada. ¿O sí? Yo iba a terminar volviéndome loca, lo tenía claro.

Un rato después salió, yo me había servido otra copa, él se echó una y se sentó en una de las sillas de la terraza, puso su copa sobre la mesa y se quedó ahí mirando el mar en silencio.

—No puedo entender qué te llevó a hacer eso, no lo entiendo —escuché desde atrás, yo seguía en la barandilla fumando un cigarro con la copa en mano y él en la silla.

—Yo tampoco me puedo creer que te callaras que estabas casado.

—Eso no justifica....

—¡Que te calles! Que te pillé en una actitud nada normal en el despacho.

—Es mi...

—¡Vete a la mierda!

Tiré la copa hacia dentro de la habitación y se rompió en mil pedazos, cogí el tabaco y una de las tarjetas de identificación del hotel y fui a perderme por ahí. Ya estaba bien de clasificar las cosas a nuestra conveniencia y que me dijera que él tenía derecho a eso porque era su mujer, pues sí era su mujer, yo podía hacer con mi vida lo que me diera la gana.

Me perdí por esos jardines que estaban de lo más animado, ya la gente estaba usando los restaurantes para cenar, yo me puse en uno de los bares exteriores, en una barra, me pedí una copa y la apuntaron con la tarjeta a la habitación, me encendí un cigarrillo y comencé a pensar en qué cojones hacía allí. Nada tenía sentido y mucho menos que me fuera a mí a decir qué tenía que hacer con mi vida, cuando ni él sabía qué hacer con la suya.

Sentía una presión en el pecho que me tenía angustiada, sentía ganas de llorar y es que amaba a ese hombre, lo otro fue una tontería de la que hasta me arrepentía, pero eso no le daba derecho a juzgarme.

Oí su voz a mi lado pidiendo una copa, ni me giré, seguí mirando hacia la playa escuchando esa música de Romeo Santos. No quería ni mirarlo, me parecía súper injusto cómo se había puesto, lo comprendía sí, pero también me lo pude haber callado y además lo podríamos haber hablado.

—¿Me vas a mirar?

—No...

—Quiero hablar contigo.

—Tarde.

—Nunca es tarde...

—Porque tú lo digas.

—Me dolió mucho saber que...

—Te callas —le dije girándome y mirándolo con rabia.

—¿Podemos ir a la playa a hablar?

—No, no me muevo de aquí.

—Ni siquiera a cenar...

—No tengo hambre, ve tú.

—No, no voy a ir a ningún sitio.

—Pues entonces te callas.

—Estás siendo injusta.

—Yo injusta, precisamente yo, esto es para cortarse las venas y no echar ni gota de sangre —el chico de la barra me escuchó y vi cómo aguantaba la risa.

—No te digo nada más, si no me quieres hablar, allá tú, pero no me merezco...

—Y yo sí, yo me merezco eso que tú te callaste para conseguir tu objetivo.

—Eres más que un objetivo.

—Una gilipollas, eso es lo que soy.

Martín le pidió un chupito al camarero.

—Otro para mí también, por favor.

El camarero asintió con la cabeza sonriendo, en el fondo se había enterado de algo y sabía que las aguas estaban revueltas entre nosotros, aunque solo había que ver nuestras caras para saber que así era.

Me tomé el chupito y seguí mirando hacia el mar, luego me tomé otra copa y pedí otro chupito, él también se lo tomó, todo esto sin hablar, ahí parecía que los cuchillos volaban en el aire de la tensión que se mascaba.

Un chupito tras otro, además de las copas, y ya me sentía como la Shakira en lo alto del escenario y es que no dejaba de mover las caderas bailando y cantando ahí en ese rincón de la barra al aire libre.

Martín callado mirándome pues lo podía ver por el rabillo del ojo, pero su semblante era tan serio que daba miedo, bueno a mí no, yo estaba viviendo la noche huelveña o como se diga, vamos que fijo no se decía así.

Madre mía la que llevaba encima, cada vez iba peor y es que hasta pedir una copa me costaba.

—Es mejor que nos vayamos a dormir —murmuró mirándome bastante enfadado.

—Y eso quién lo dice, ¿tú?

—No te pases...

—Y si me paso, ¿qué?

—Creo que no sabes lo que dices.

—Mira —le señalé con el dedo y me quedé mirando mi uña que por cierto me había dado un esmalte rojo que era de lo más bonito y se me olvidó que le iba a decir.

—¿Qué miro?

—¡Te jodan, hombre casado! —Le hice una peineta y se levantó, me cogió en brazos y comenzó a caminar hacia la habitación.

—¡Qué me bajas que la noche es joven como yo! —veía a la gente reírse— ¡Exijo que me bajas, quiero beber!

—Lo haces en la habitación.

—Como beba en la habitación me voy a beber hasta el agua del grifo, advertido quedas.

—Me parece muy bien.

—¡Puto rico de mierda!

—Intenta no chillar.

—No me sale del coño —solté y vi que un chico que pasaba estalló en risas.

—¿Te parece bonita esa forma de hablar?

—Te recuerdo que soy del Cerro del Moro, no como otros...

Ni me contestó, llegó a la habitación, me bajó, cerró el pestillo, no tardé en ir al minibar y echarme un cubata de ron.

—¿Quién es él?

—¿Qué hablas? Solo estamos tú y yo, luego dices que soy yo la borracha.

—No te hagas la tonta y dime quién es él.

—¿En qué lugar se enamoró de mí? —comencé a cantar por José Luis Perales.

—No me hace ni la más mínima gracia.

—¿Y tú te crees que a mí sí? Que te jodan, pobre viejo rico —le hice una peineta y me fui a la terraza, puse a Shakira en mi móvil y me puse a bailar mirando hacia la playa y los jardines que estaban abarrotado de gente disfrutando de esa noche.

—Pues según tú, con este viejo has disfrutado como con ninguno.

—¿Dónde pone eso?

—Te estás pasando...

—¿Me vas a echar del curro, jefe?

—Jamás haría eso, no juego con el pan de nadie y menos con el tuyo.

—Bueno, no me comas el coco que no tengo humor para eso.

Me agarró del brazo, me giró y me pegó a él.

—No vuelvas a jugar conmigo, no lo hagas —dijo súper enfadado y me soltó.

—¿Me has intentado acojonar, cara de sapo? —Uy el alcohol me estaba haciendo sacar a la Clara Bronca, en toda la esencia.

—No haría eso, pero no juegues conmigo o te vas a arrepentir.

—¡Wow! —abrí la boca a lo grande— Me está amenazando el ricachón, qué bueno.

—No amenazo a nadie, solo te digo que no juegues conmigo si no quieres lamentarte, tengo el corazón grande, pero no estoy dispuesto que por segunda vez en mi vida me lo destrocen como si fuera una mierda. No estoy dispuesto a pasar por todo lo que llevo pasado y que solo Dios sabe, así que no juegues conmigo o me vas a perder para siempre —dijo sentándose y bebiendo de su copa.

Joder, ¿qué me quería decir con eso? ¡La de Dios! Y a este, ¿qué mosca le había picado?

—Mira Martín de los cojones, te voy a decir una cosa, tú estás casado con quién te salió de los huevos hacerlo, nadie te obligó y no tienes derecho a venir a darme ninguna lección.

—Me casé porque se quedó embarazada y cuando nació nuestro hijo venía con una parálisis cerebral, no la iba a dejar sola con eso y yo quería estar al lado de mi hijo cada segundo de mi vida. ¡Mi hijo murió hace un año y con él se me fue una parte de mi vida, con él se me fue todo! —vi cómo comenzaba a llorar.

—Martín... —Me acerqué a él con lágrimas en los ojos.

—¡Déjame, no quiero dar lastima a nadie, pero no me eches más en cara que me casé, lo haría mil veces más por tener a mi lado aquella bendición que me dio la vida!

—Lo siento...

—Yo también —se bebió la copa de un trago, se fue hacia la cama y se acostó.

Me senté en la silla y comencé a fumar y a beber más de lo que ya había hecho, no podía dejar de derramar lágrimas y es que esa confesión me había llegado a lo más hondo y yo, era una gilipollas sin corazón, una maldita gilipollas que la había cagado a lo grande.

Tenía la sensación de ser una egoísta a lo grande y de haberme pasado tres pueblos, mi karma me tenía entre cejas, ¡madre mía!

Estuve ahí un buen rato, no me atreví ni a meterme en la cama, me había pasado tres pueblos y ahora a ver quién era la guapa que lo arreglaba. ¡Madre mía, madre mía, madre mía! Dije poniéndome la mano en la frente. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Me metí en la cama de manera sigilosa, me coloqué en el otro extremo, no lo quería molestar más, demasiado había tenido el pobre esa tarde y yo había sido una bocazas por soltarle lo de ese

fin de semana, pero realmente prefería ser sincera a guardar algo que sabía que me podía hacer daño tarde o temprano. En fin, que mirara por donde mirase la había liado parda y lo peor es que nos quedaban ahí dos días que no sé cómo terminaríamos, pero tenía pinta que sería como el Rosario de la Aurora...

CAPÍTULO 15



Escuché abrir a Martín, un carrito que le dejaron con el desayuno por lo que oí y que llevó a la terraza.

Miré el móvil y eran las diez de la mañana, tenía una resaca de esas que te bombean de forma brutal.

Me lavé la cara, me tomé un sobre de ibuprofeno y salí a la terraza, la cara de Martín daba miedo.

—Buenos días —dije sin mirarlo a la cara.

—Buenos días —su tono era peor que el semblante serio que tenía— ¿Un café?

—Sí, por favor.

Me sirvió el café y puso la taza delante de mí. Jamás lo había visto así, se veía que estaba muy afectado y que no estaba bien, la había liado parda, pero... ¡Joder, tampoco era adivina!

—Martín, siento mucho lo de ayer —dije en un intento de que comenzara a reinar la paz.

—Yo también lo siento —dijo en tono nada empático y más como de advertencia.

—Si pudiera irme lo haría, pero no tengo cómo hacerlo, veo que sobro aquí.

—No vas a ir a ninguna parte...

—Mira, no me voy a ir porque no me sale del mismo coger un taxi que me iba a costar lo que no tengo, pero vamos, que si me quisiera ir lo hacía —ya me estaba tocando los ovarios con su actitud, una cosa es que estuviera dolido y otra que se pusiera en plan dictador.

Me miró de forma penetrante, levantó su café sin dejar de mirarme, le dio un trago y lo puso en la mesa, todo eso intimidándome o cagándose en todos mis ancestros, una de las dos, seguro.

—No lo harás —dijo apretando los dientes y ya sí que me levanté echa una fiera.

—¿Tú me estás amenazando, gilipollas? —dije apoyando las manos en la mesa y mirándolo fijamente.

—Para nada, solo estoy intentando que no hagas algo de lo que te puedas arrepentir toda tu vida.

—Tendrás clase, tendrás dinero, tendrás...

—Clara...

—¡Que me dejes terminar! Que tendrás todo lo que quieras, incluso cultura de esa para señalar en un mapa una ciudad si con eso te sientes mejor persona, pero, ¿sabes qué? No tendrás en la vida a nadie que te quiera como yo —le di un manotazo al café y cogí mi neceser para salir de la habitación.

—Vuelve a la mesa —dijo dándome un susto y agarrándome de la mano, no esperaba que fuera detrás de mí.

—¡Qué no me toques! —Me solté con rabia.

—Está bien —levantó las manos—, ve a la mesa por favor.

—Y si no voy, ¿qué?

—Ve, por favor —su tono era calmado, pero no me gustaba.

—Estoy hasta las narices de hacerlo todo mal, pero lo que hacen los demás no cuenta, eso me lo tengo que comer con papas y aguantarme. ¡No es justo!

—Pasa, por favor —señaló a la terraza.

—A sus órdenes, Señor Martín —me puse la mano en la frente y salí a la terraza donde me encendí un cigarrillo y él se puso a limpiar la mesa.

—Esto que has hecho —señaló a la mesa— es de cría.

—Lo que soy, ni más ni menos —respondí con aire chulesco.

—No me gusta verte así.

—¿Y verte a ti así crees que es plato de buen gusto?

—Te has acostado con otro, ¿crees que debo aplaudirte?

—¿Y yo que tú me engañaras?

—No sigas por ahí —me echó otro café y lo puso delante de mí—. Por favor, no lo tires.

—Y pensar que me queda todo el día de hoy y parte de mañana para aguantarte —resoplé.

Ni me contestó, su cara era lo más parecido a mi madre en su época más acojonante, en fin, que había que entender al señorito, pero él a mí no. Qué sí, que yo entendía la razón que le llevó a estar con la mujer, pero seguía con ella y no me lo había contado y yo no me iba a bajar del burro, pues a cabezota no había quién me ganara, ni de broma.

No había cenado, pero es que no me entraba ni lo más mínimo de comida, apenas el café y poco más. Tenía una rabia por dentro y unas ganas de gritar, que nadie se podía imaginar, vamos que si soltaba todo lo que llevaba dentro me echaban del hotel.

Tras el desayuno me preguntó si me apetecía ir a la playa y, claro que sí, todo con tal de que me diera el aire, ya que ahí me estaba caldeando a lo grande y no quería explotar...

Cogimos dos tumbonas y nos echamos ahí, rápidamente vinieron a preguntar qué queríamos y Martín pidió dos zumos naturales de melón, ni me dio opción a hablar, imagino que temía que me diera por pedir algo con alcohol.

—Tengo capacidad de decisión, ¿eh? Por si no te habías dado cuenta.

—No quiero que empieces a beber tan temprano.

—¿Me estás llamando borracha?

—No, no te estoy llamando eso —hablaba sin mirarme, tenía la mirada perdida en el mar.

—¡Qué me mires cuando hablas! Eso es educación, esa de la que presumes.

—Y, ¿cuándo presumí yo de eso? —Esta vez sí me miró.

—Paso de tí, estás con una actitud que te va a aguantar otra.

Me levanté y me fui hacia el agua a darme un bañito, me estaba tocando la moral de tal manera que iba a estallar por los aires, vaya careto, vamos si me encontraba una careta por el hotel se la plantaba hasta la vuelta.

Volví un poco después a la hamaca y cogí la copa y le di un trago, tenía la garganta seca de la resaca.

Pasamos la mañana en silencio entre tomar el sol, zumos y algunos baños que nos íbamos dando alternativamente, porque juntos ni uno, además ya ni hablábamos, él estaba con lo de que me había acostado con otro tan dolido que podía percibir la rabia a cada segundo.

—Vamos a comer.

—Lo que usted diga, jefe —sonreí con ironía.

Me levanté y lo seguí hasta un restaurante de especialidades a la brasa, pidió un surtido de carne ibérica con patatas y una ensalada, yo irrumpí para pedir un buen vino, vamos que este no me dejaba sin beber, que para eso se me había pasado la resaca y él había pedido dos refrescos,

así que hice cambiar la comanda y él no dijo ni misa, menos mal, la que podía haber formado iba a ser buena pues estaba que me las fumaba en pipa.

Comimos en un absoluto silencio, el mismo que continuó en la barra que había en la piscina y donde nos pedimos un cubata, vamos los pedí yo, chupitos incluidos.

Ahí estuvimos toda la tarde en remojo y copa en mano, como dos extraños. Tenía una rabia que no podía con ella y lo peor de aquello es que él parecía impasible a todo, le daba igual que las horas corriesen y que siguiéramos como el Rosario de la Aurora, aunque yo tampoco es que estuviera haciendo méritos para aliviar la situación, pero es que él no me lo iba a poner fácil, o sea, que la cosa pintaba que nos íbamos a ir de la misma manera en la que estábamos ahora.

Subimos a ducharnos antes de cenar, por supuesto por turnos, faltaría más, que de un polvo apasionante en el baño “nanai”, ni mucho menos nada parecido.

Salí de la ducha y me dijo que había pedido la cena para tomar en la habitación, me encogí de hombros dándole a entender que me daba igual, así que me puse un camisón de tirantes que llevaba y me senté en la terraza con la toalla en la cabeza a fumarme un cigarrillo.

Cuando apareció seguidamente trajeron la cena, esa que pasamos en silencio. Tal y como cené, me acosté con los cascos escuchando un programa de un canal de YouTube y no sé ni cómo lo hice que me quedé rápidamente dormida.

Tenía un mal humor esa mañana cuando me desperté que desayuné en la terraza con los hocicos para fuera, vaya desastre de fin de semana y lo peor de todo es que estaba como una olla exprés a punto de estallar.

Tras el desayuno bajamos un rato a la playa, lo mismo que el día anterior, zumo, bañitos y poco más.

A la hora de la comida lo hicimos en el buffet donde me puse las botas porque ese día sí que tenía apetito, luego fuimos a recoger las cosas para marcharnos, pues ya se acababa lo bueno, por decirlo de alguna manera.

El camino de vuelta fue agobiante, ya que la tensión se mascaba muy de cerca al estar metidos en el vehículo y yo no sabía si soltar una de las mías y que ardiera Troya o quedarme como hasta ahora, calladita que estaba más guapa.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa me bajé del coche y di tal portazo, que lo vi hasta encogerse del susto, aguanté de reírme, me metí en el bloque y subí hacia mi casa.

Mi madre me recibió con un abrazo, le dije que me lo había pasado genial y poco más, ya le había contado por mensajes que me habían invitado a un hotel en Huelva y ella se puso de lo más contenta, ahora no quería decirle que había sido un desastre y que por poco terminamos matándonos.

Me metí en mi cuarto para sacar la ropa para lavar y luego me di una ducha antes de cenar con mi madre, que me estuvo contando lo bien que se lo había pasado en el campo de la amiga y que habían salido a comer por Chiclana.

Esa noche me acosté temprano, tenía muy mal cuerpo y no tenía ganas de nada, solo de llorar que es lo que hice abrazada a la almohada, llorar como una niña pequeña llena de rabia, tristeza y dolor.

CAPÍTULO 16



Lunes, ese maravilloso día de la semana que le gustaba a todo el mundo.

Una mierda muy grande, vamos.

Yo tenía que volver a la oficina para ver la cara de Martín, anda que iba a ir con unas ganas...

—Buenos días, cariño —saludó mi madre cuando entré en la cocina.

—Buenos días, mamá.

La abracé y dejé que me diera el cariño que me hacía falta en ese momento.

Nos sentamos a desayunar y en cuanto acabé le di un beso y me marché hacia las oficinas.

—Buenos días, Clarita —al escuchar la voz de Andrés me giré y me dio un abrazo de esos que reconfortan el alma— ¿Qué tal el fin de semana?

—Pasable, dejémoslo ahí.

—Mal de amores, ¿eh?

—Sí que eres sabio, sí.

—Si necesitas hablar, sabes dónde estoy.

—Muchas gracias.

Me dio un beso en la sien y en ese momento entraba Martín, no se le había quitado la cara de cabreo que llevó todo el fin de semana.

—Buenos días —saludó escuetamente sin pararse.

Respondimos al saludo, Andrés se fue a su despacho y yo a ocupar mi puesto.

Ahí seguían los globos que me mandó Martín, los cogí y con ellos en la mano salí a la calle, los solté y ale, que volaran.

—A surcar los cielos, bonitos —dije diciéndoles adiós con la mano.

La gente que pasaba me miraba como si estuviera loca, y puede que en el fondo lo estuviera, para qué engañarnos, pero es que me volvía loca ese hombre.

Joder, ni que fuera el perro del hortelano que ni come ni deja comer.

Pasamos un fin de semana juntos, tuvimos sexo y no me dijo nada cuando me dejó en la que se suponía que era mi casa. Ni un “nos llamamos”, ni un “quiero volver a verte”, ni nada. ¿Es que tenía que haber adivinado que quería volver a verme? ¿Qué esperaba, que supiera que le había gustado tanto como para querer algo serio conmigo?

Por Dios, que si fuera adivina ya me habría tocado la lotería y no habría vivido con mi madre pasando penurias.

Me senté y contesté una llamada tras otra durante esas dos primeras horas hasta que, ¡oh, sorpresa! Apareció la señora de la casa por las oficinas.

—Tú, niñata —menudo saludo, sí señor. Eso es clase y educación y lo demás mentira cochina —. No voy a permitir que te lleves todo lo que he amasado en estos años a su lado.

—No sé a lo que se refiere —contesté.

—No creas que vas a llegar tú, con esa carita de niña y tu falsa inocencia a quedarte con mi dinero. Sé cómo son las chicas como tú, que no tenéis nada y buscáis un marido rico que os saque

de la cloaca en la que vivís.

—Mire, señora... —escupí esa palabra con todo el asco del mundo mientras me ponía en pie — No voy a consentir que me hable de ese modo. No sé quién se cree que es para decir algo de mí que no es cierto.

—Os conozco bien, jóvenes que buscáis que os resuelvan la vida. ¿No te das cuenta que siempre serás la otra para él? Yo soy su mujer.

—Pues lleva la cornamenta muy bien puesta —estallé, debería haberme callado y no llegar a ese punto de bajeza, pero no pude.

—No eres más que una puta, eso serás siempre. Pero, si podría ser tu padre.

—¿Qué está pasando aquí? —escuché que preguntaba Andrés.

—Nada, la señora que venía a ver a Martín —contesté.

—No, no venía a ver a mi marido, si no a ti. Deja de buscarlo, no vuelvas a insinuarle y no vayas dándole pena para que te de dinero.

—Señora, creo que este no es lugar para hablar de ciertas cosas —Andrés se puso a mi lado, quería evitar que yo saltara porque ya me estaba viendo y sabía que acabaría haciéndolo.

—¡Ah! Y, otra cosa, si te has quedado embarazada de mi marido, espero que no le reclames nada porque juro que te hundiré la vida.

—¿Qué estás haciendo aquí, Tania? —gritó Martín y ella se giró para mirarlo.

—Dejarle a esta niñata las cosas claras.

—Vete, y no vuelvas a dirigirte así a ninguno de mis empleados —le pidió.

—No voy a consentir que nos divorciemos porque se te haya cruzado esta niñata por delante y te encapricharas con ella.

—La niñata esta la está escuchando, señora, y deje que le diga que yo no soy el capricho de nadie, y menos de su marido.

—Clara está conmigo —me giré como en cámara lenta para mirar a Andrés, el tío estaba serio después de haber soltado semejante mentira por la boca y yo... solo quería morirme en ese instante.

Miré a Martín, que tenía los dientes apretados y los ojos cargados de un odio increíble.

—¡Vaya! La niñata apunta alto, al viejito con un pie en la tumba —soltó la mujer de Martín y él la cogió del brazo y la sacó de las oficinas.

—¿Por qué has dicho eso, Andrés?

—Para que te dejara en paz, hija —me abrazó y me dio un beso en la frente—. Tómame una tila, que estás temblando.

Se fue a su despacho y ahí me quedé yo hasta que vi entrar a Martín, pero las palabras que salieron de su boca no las esperaba.

—Por eso no me quisiste decir quién era él, ¿verdad? Te acostaste con Andrés. Joder, Clara, podría ser mi padre, incluso tu abuelo.

—Te estás...

—No, no te excuses. No quiero saberlo.

Se fue y me dejé caer en la silla. ¿Cómo podía pensar que realmente me había acostado con Andrés? Por Dios que a ese hombre solo podía tenerle cariño y gratitud.

Me había ofrecido un hombro en el que llorar el día que peor me vio, y me mandó una buena compra a casa.

¿En qué cabeza cabría que mis muestras de cariño, o las suyas, fueran porque había atracción entre nosotros?

Que el hombre para su edad estaba de muy buen ver, pero yo no me veía saliendo con él, bueno, sí, pero como lo hicimos aquel día cuando me invitó a comer, como si de una relación de padre e hija se tratara.

Acabé pasándome el resto de la mañana llorando como una tonta, aquella mujer había aparecido solo para hacerme daño y dejar claro algo que yo ya sabía. Jamás sería la primera para Martín, siempre ocuparía el lugar de la otra, la amante joven a quien acudir los fines de semana.

Porque él seguía acostándose con ella, y solo de pensarlo me dolía tanto que... si pudiera borrar todo lo ocurrido de mi mente y quitarle a él de mi vida, lo haría, pero era imposible. Viviría el resto de mis días recordando el modo en que ese hombre me dio tanto para después dejarme sin nada.

Me fui a casa muerta en vida, hecha una mierda por lo mal que me había tratado la mujer de Martín. Si es que hasta decir esas cuatro sílabas me ponía mala. No lo soportaba.

Después de comer fui a la habitación y ahí me quedé el resto del día, pensando en qué debería hacer.

El martes no empezó muy bien que digamos, y es que Martín apareció con esa cara de pocos amigos que arrastraba desde el sábado.

Ni él me saludó, ni yo me molesté en hacerlo, ¿para qué? No iba a tener una respuesta por su parte, así que mejor no dirigirle la palabra.

Atendí llamadas, pasé notas, envié los e-mails correspondientes, incluso a él, que ni fui a su despacho para darle los recados, me limité a enviarlos por esa vía y listo.

Andrés vino con un café y salimos a la calle a tomarlo, decía que me sentaría bien un poco de aire, así que le hice caso.

Empecé a llorar casi sin darme cuenta y él me pasó el brazo por los hombros, pegándose a su costado y dejando un beso en mi sien, de ese modo tan paternal que me mostraba siempre.

Martín salía en ese momento, debía ir a una reunión o algo así, y al vernos de esa forma, apretó los dientes y negó con la cabeza mientras se alejaba.

—Entre vosotros hay algo, ¿verdad? —me preguntó Andrés.

—No.

—Sin mentiras, que sabes que soy perro viejo, jovencita.

—Es que no hay nada, hubo algo, pero ya no.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Estás seguro que quieres saber las intimidades de tu jefe? —pregunté mirándolo.

—Bueno, los hombres también tenemos una pequeña vena cotilla dentro. ¿Comemos juntos y te desahogas?

—Vale, pero solo porque quiero comer ese “pescaito” tan rico de la otra vez.

—Eso está hecho, mi niña.

La mañana se pasó volando, cosa rara puesto que con mi cabeza en otro sitio pensé que se haría eterna.

Andrés me recogió y a la que salíamos agarrados del brazo, como ya era costumbre en nosotros, entraba Martín.

—Hasta mañana, Martín —se despidió Andrés, pero el susodicho no dijo, ni por ahí te pudras —. Está enfadado conmigo.

—Contigo no, mi querido Kevin, lo está conmigo.

—¿Porque cree que estás conmigo?

—Realmente es porque cree que, a la semana de haberme acostado con él, lo hice contigo.

—Pues yo no te he tocado de ese modo —contestó levantando ambas manos mientras íbamos a su coche.

—Lo sé, fue otro chico, pero al tú decir ayer eso...

—Pero, ¿estabais juntos cuando eso pasó?

—Si ni siquiera sabía que estaba casado hasta que me encontré a su mujer encima de él en plan amazona, que casi los pilló echando un “casquetillo” en el despacho.

—¡Madre mía! Los hay con suerte —guiñó el ojo y me hizo reír.

Subimos al coche y le conté un poco todo, igual que mientras comíamos. Se quedó sorprendido al saber que el fin de semana anterior habíamos ido juntos a ese hotel y acabamos de aquella manera tan mala.

Entendía mi postura, puesto que Martín no solo no me había dicho que estaba casado, sino que no quedamos en nada, ni en volver a vernos ni nada, y al ver a su mujer me sentí tan dolida, que mandé todo a la mierda y me metí en la cama de otro. Fue un error, porque aquello lo hice por despecho y nada más, pero como él dijo, no le debía fidelidad a nadie.

Acabamos de comer y me llevó de nuevo a las oficinas a por mi coche, me acompañó y antes de que me subiera me dio un abrazo y un beso en la frente.

—Te quiero como a una hija, Clarita, y cuando necesites algo, aquí me tienes.

Eso me llegó al alma, y acabé llorando abrazada a él. Sabía que era sincero en sus palabras, así que no pude evitar corresponderle.

—Yo también te quiero como a un padre, mi querido Kevin.

Soltó una carcajada, me secó las lágrimas y me metí en el coche para ir a casa.

Mi madre estaba viendo la televisión cuando llegué mientras cosía unos botones que tenía sueltos una camisa que me encantaba. La saludé con un fuerte abrazo y un par de sonoros besos y fui a darme una ducha.

Necesitaba estar bajo el agua y olvidarme un poquito de Martín, o al menos de esa cara de cabreo que tenía.

Cuando salí vi la lucecita de aviso de notificación en el móvil, lo cogí y tenía un mensaje de Melody.

Preguntaba qué tal estaba y si quedábamos para comer al día siguiente. No la había puesto al día de mis penurias, así que acepté y quedamos en vernos en el chiringuito de la playa al que solíamos ir a veces.

Preparé una bolsa con ropa para cambiarme en el trabajo, no era plan de ir con los tacones a la playa, así que metí las deportivas, unos vaqueros cortos y una camiseta para ir fresquita.

Fui a la cocina y preparé una tortilla para cenar, era la primera que hacía así que solo esperaba que me hubiese salido buena.

Mi madre me miró arqueando la ceja y después sonrió.

Hicimos una ensalada para acompañar y cenamos viendo una peli que ponían en la televisión.

—Pues te ha quedado muy rica, cariño —me dijo después de dar el primer bocado.

—Sí, está comible al menos.

Mi madre soltó una carcajada mientras negaba y seguimos disfrutando de mi primera tortilla.

Al final me iba a acabar gustado lo de cocinar.

Le di las buenas noches y me acosté, necesitaba descansar y reponer fuerzas porque todavía quedaban dos días para llegar al viernes y acabar la semana de trabajo. Dos días, solo tenía que aguantar dos días.

CAPÍTULO 17



Si cuando me levanté esa mañana de miércoles me hubieran dicho que por las oficinas donde trabajaba iba a aparecer justo la última persona que podría esperarme, me habría reído, de verdad que sí, pero ahora, en ese preciso instante, no estaba segura de sí reír, llorar, querer morirme o que me tragara la tierra.

—Hola, Clara —Pedro me saludó con una sonrisa de oreja a oreja, pero vamos que yo no estaba en ese momento ni para sonrisas ni para nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté levantándome y yendo hacia él, a ver si al menos conseguía sacarle de la recepción y que no lo viera nadie.

—Creí que eras una de las chicas de la limpieza, no la recepcionista.

—Lo fui, me ascendieron por una baja de maternidad, pero dime, ¿qué quieres?

—Saber por qué me has bloqueado, te he llamado todos estos días y no podía contactar contigo.

—Pues podrías haber pensado que algún motivo habría para ello, digo yo, no sé.

—Me gustaste, Clara, me gustaste mucho, y no solo por el sexo.

—Pedro, por favor, márchate. Estoy trabajando y...

—Preciosa, ven a comer conmigo. No me puedes bloquear y hacer que me quede preguntándome qué hice mal. Creí que habíamos congeniado —me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos, me quedé mirándolas un segundo y cuando fui a hablar, quise morirme por quien acababa de aparecer.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Martín.

—Nada, jefe, mi amigo ya se iba.

—¿Amigo? Sabes que me gustaría ser más que eso, no solo el tío que te tiraste un fin de semana.

Necesitaba que la tierra me tragara en ese preciso instante, o acabaría dándome un infarto y eso que aún era joven para sufrir uno.

—¿También te has acostado con este? —preguntó Martín, acercándose a nosotros.

—Oiga, este tiene nombre, y un poco de respeto, que casi soy policía —protestó Pedro.

—Muy bien, chaval, me alegro por ti, pero, mira, una cosa... Has venido a mi empresa y estás distraendo a una empleada en su jornada laboral.

—¿Qué le pasa a este tío, Clara? —me preguntó Pedro, que no me soltaba la mano y eso que yo estaba intentando que lo hiciera, ni que llevara Loctite en ella, por Dios.

—Me pasa, chaval, que te has follado a mi chica y vienes a buscarla sin importarte una mierda que esté yo aquí.

Miré a Martín y vi tal odio en sus ojos, que supe que lo estaba haciendo a propósito.

—¿Su chica? ¿De qué coño habla, Clara?

—De nada, porque no soy la chica de nadie —me solté al fin de la mano de Pedro y me alejé unos pasos de ellos.

—¡Cierto! —dijo Martín haciendo chascar los dedos— Ya no es mi chica, pero creo que tuya tampoco, porque aquí, nuestra inocente Clara, no lo es tanto.

—Martín... —Lo miré, suplicando al Altísimo que a ese hombre no se le ocurriera decir nada de lo que yo pensaba que iba a soltar por esa boca.

—Clara, deberías ser sincera con el chaval. Verás... ¿Cómo has dicho que te llamas? —le preguntó a él, con los ojos entrecerrados y señalándole.

—No lo he dicho, pero me llamo Pedro.

—Verás, Pedro... Clara me probó a mí primero, un madurito de poco más de cuarenta años con el que, según ella, disfrutó como nunca. Después debió probar a mi asesor, que a sus sesenta años seguramente que tenga una energía bestial para estar con una chiquilla que podría ser su nieta. Y, por último, estuvo contigo, que no llegas a los treinta por lo que veo, y, ¿sabes con quién se queda? Con mi asesor, ese entrañable hombre que podría ser su abuelo.

—¡Martín, basta! —le pedí con las lágrimas a punto de salir, pero luchando para contenerlas.

—¿Clara? ¿Es eso cierto? —Miré a Pedro y vi un dolor en sus ojos que no esperaba ver, la verdad.

—No, no lo es.

—Vaya que no. Si quieres llamo a Andrés y que nos lo confirme, Clara.

—No me puedo creer que me hicieras pensar que habría algo, qué idiota fui. Debí saber que no eras más que una de esas chiquillas que van buscando guerra un fin de semana, echa un par de polvos y listo. Eres una cualquiera, Clara.

—No, no lo soy, Pedro. Aquella noche...

—Déjalo, no quiero escucharlo y, tranquila, que en mi vida volveré a buscar a una puta como tú.

—¿Qué has dicho? —preguntó Martín mirándolo con odio.

—Que es una puta, eso he dicho.

—Mira, chaval, te lo has ganado a pulso.

Martín lo cogió por el cuello de la camiseta y lo sacó de las oficinas casi arrastras. Por un momento pensé que se había enfadado al escucharle llamarme de ese modo, y cuando entró le di las gracias.

—No me las des, solo he sacado de mi empresa a un tipo que ha faltado el respeto a una de mis empleadas. Ahora, que como mujer y persona...

Se quedó callado, me miró con odio y se fue de nuevo al despacho.

En ese instante me sentí la persona más desgraciada del mundo.

No debí, jamás debí haberme acostado con Pedro, ni con ningún otro, a pesar de sentirme dolida por encontrar al hombre que me había hecho sentir cosas con otra mujer en su regazo.

Pasé la mañana más tiempo con un pañuelo secándome las lágrimas que, atendiendo llamadas, y no porque no hiciera caso al teléfono, sino porque apenas llamaron.

A la hora de salir en cuanto Andrés me vio la cara, me dio un abrazo y preguntó qué había pasado, le dije que se lo contaría en otra ocasión y me despedí de él con un beso en la mejilla, fui a cambiarme al vestuario en el que lo hacían las chicas de la limpieza y salí pitando de las oficinas.

Llegué al chiringuito y ya estaba allí mi Melody del alma esperándome, nos abrazamos y en cuanto me senté empezó el tercer grado.

Una a una fui contestando a sus preguntas, hasta que le conté lo ocurrido el fin de semana anterior, la visita de la mujer de Martín dos días antes, que Andrés salió en mi defensa y la suerte

que había tenido esa mañana cuando apareció Pedro en las oficinas.

—Chica, no eches la lotería esta semana que te comes una mierda —me dijo arqueando la ceja.

—Gracias por los ánimos, encima de tonta, pobre hasta la muerte. Joder.

—No te enfades conmigo, por lo que te voy a decir, ¿vale?

—Miedo me estás dando.

—Yo ya sabía todo eso, bueno, lo de Pedro de esta mañana no.

—¿Se puede saber cómo...? Vale, olvida que he preguntado. Te lo ha dicho Rodrigo, ¿verdad?

—Melody asintió.

—Y te puedo asegurar que le ha intentado explicar a Martín que no estás con tu Kevin particular, que solo tuviste un arrebató por despecho con Pedro, pero chica, ese hombre es duro de mollera, no quiere hablar ni con su socio.

—No sabes cuánto. Después de lo de esta mañana, sé que todo está muerto y enterrado definitivamente.

—Algo se podrá hacer, ya verás.

—No, Melody, no se puede hacer nada. Me ha hecho sentirme como una cualquiera de verdad, tal como me ha llamado Pedro.

—Pues no lo eres, y si ese hombre lo piensa es que es gilipollas.

—¿Por eso querías comer conmigo? ¿Para qué me desahogara?

—Sí, y además porque tengo una noticia que darté. Una noticia... ¡Bomba!

—¿Estás embarazada? Mira que lo sabía.

—¡No! Bueno, todavía no, pero algún día me gustaría tener hijos, a ver si es niña y la puedo llamar Clara, como su tía —contestó guiñándome el ojo.

—¿Entonces?

—Me voy a vivir con Rodrigo. Quiere me mude con él este fin de semana, así que... el viernes va a casa a conocer a mis padres.

—¡Toma ya! Ahí es nada, cena con los suegros. Pues se pondrán contentos la Manoli y el Pepe.

—Ya lo están, que el muy loco me hizo una videollamada el otro día para presentarse a mis padres. ¿Te lo puedes creer?

—Me alegro por ti, Melody, de verdad que sí. Rodrigo es un buen hombre y además está soltero, que eso es un chollo.

—Mujer, que Martín está un poco tonto, pero acabará entrando en razón. Que ese está “enchochadito” contigo.

—No lo creo. Bueno, ¿un brindis por tu reciente independencia de casa de tus padres?

—Sí, hay que celebrarlo, que me voy a vivir con el novio.

Rompimos a reír y brindamos, me alegraba mucho por ella, de verdad que sí, mi amiga se merecía toda la felicidad que Rodrigo le iba a dar.

Nos despedimos y me marché a casa.

Solo quería que se acabara por fin ese nefasto miércoles. Ojalá pudiera meterme en la cama, quedarme dormida, y despertarme unos cuantos meses después, pero eso era imposible.

Saludé a mi madre, le dije que no me encontraba bien y que me iba a la cama, que no me avisara para cenar, me abrazó mirándome preocupada y me dio un beso.

Cerré los ojos en cuanto caí en la cama, deseando que se acabara la mala racha que llevaba en los últimos días.

La mañana del jueves estaba siendo un suplicio, Martín no dejaba de entrar y salir del despacho, se acercaba a la recepción y no me dirigía ni la palabra.

—¿Vas a mirarme con ese odio mucho tiempo? —pregunté, harta de que me lanzara cuchillos con los ojos.

—El que permanezcas en este empleo —contestó, y no fue consciente del daño que me había hecho con esas palabras.

—Si es por eso, señor Martín, ahora mismo lo arreglo.

Me levanté y al pasar por su lado me cogió por el codo.

—No abandones tu puesto, estás trabajando.

—No, ya no. Me voy, no hace falta que me eche usted, que parece que no se atreve, así que le evito el mal trago.

Me solté con rabia de su mano, fui al despacho de Andrés y como ya había confianza, ni llamé, entré directamente.

—¿Qué pasa, Clara? —preguntó al verme, frunciendo el ceño.

—Vengo a firmar la renuncia. Dejo el trabajo.

—¿Qué? No, no lo vas a dejar —Andrés se puso en pie y vino hasta a mí.

—Sí, me voy de aquí. No soporto que Martín me mire de esa forma, que siga pensando que soy una cualquiera que se acuesta con unos y otros y que no tenga el valor de echarme. Dame la renuncia, Andrés.

—No te la pienso dar.

—No se te ocurra dársela, Andrés —escuché a Martín, miré y estaba en la puerta.

—¡Qué me dejes vivir! Si me quiero ir de tu puta empresa, ¡me voy! —le grité— Por favor, Andrés, haz esa maldita carta de renuncia que la firmo ya.

—Clara, por favor, piensa un poco...

—No pienso nada, me voy de aquí.

—No vas a encontrar trabajo tan pronto, y en tu casa... —Andrés me miró con una pena que me estaban entrando ganas de llorar y lanzarme a sus brazos, necesitaba que me estrechara entre ellos y me hiciera sentir el calor paternal que siempre me mostraba.

—Ya encontraré, de verdad, no te preocupes. Dame la renuncia, por favor te lo pido, Andrés —miré de reojo a Martín, que seguía en la puerta y estaba viendo todo, y volví a hablar—. Si me quieres como dices, por favor, deja que me vaya de este trabajo.

Escuché a Martín gruñir, ni me molesté en mirarlo, solo quería firmar la maldita renuncia y largarme.

Andrés me vio las lágrimas a punto de salir y se sentó para sacar una carta de renuncia, me la entregó y firmé ante la atenta mirada de nuestro jefe que, en cuanto vio que soltaba el bolígrafo en la mesa, cerró con un portazo y se marchó.

—No sabes lo que estás haciendo, hija, de verdad que no lo sabes.

—Sí lo sé, mi querido Kevin, lo sé muy bien.

Le di un beso, salí del despacho y recogí mis cosas para marcharme definitivamente de esas oficinas.

Cuando llegué a casa mi madre se sorprendió al verme, le dije que no me sentía bien y el jefe me había dado permiso para salir antes, se quedó conforme y me encerré en mi habitación para llorar como una niña, hasta que fue la hora de comer, que me avisó y salí de mi encierro a disfrutar de ese pollo guisado que había preparado.

Tomamos el café y en vez de encerrarme de nuevo en mi soledad, me quedé viendo la televisión con ella. Como cuando era pequeña, me tumbé en el sofá y apoyé la cabeza en sus piernas, de modo que ella me acariciaba el pelo y me quedé dormida.

Me desperté al escuchar el timbre, no esperábamos a nadie, pero pensé que tal vez fuera Melody que venía a hacerme una visita, posiblemente porque Rodrigo se hubiera enterado de mi espantada de la empresa y ella viniera en calidad de paño de lágrimas.

—Cariño —dijo mi madre entrando en el salón—, es un señor que dice que trabaja contigo.

Me levanté, fui hasta la puerta y me encontré a Andrés con una de sus sonrisas.

—¿Qué haces aquí?

—Intentar convencerte de que no dejes el trabajo.

—¿Has dejado el trabajo? —preguntó mi madre que estaba justo detrás de mí— ¡Ay, Dios mío! Otra vez a pasar calamidades. Hija...

—Mamá, no llores que te veo venir... —le pedí girándome para mirarla— Encontraré otra cosa, tranquila.

—Clara, no he entregado tu renuncia —miré a Andrés y fui a regañarle, cuando volvió a hablar—. No, no digas nada. No lo he hecho porque ni tú querías irte, ni él que te fueras.

—Pues no pienso volver, no soporto que me lance esos cuchillos con los ojos como si quisiera matarme.

—Me estoy mareando —al girarme vi a mi madre que se agarraba a la pared, pero antes de que yo llegara hasta ella lo hizo Andrés, que la cogió en brazos y la llevó hasta el sofá del salón donde la recostó.

Mira, si me había salido igualito que Kevin Costner al final.

Fui a la cocina por agua y cuando entré en el salón para darle el vaso a mi madre, vi que entre esos dos había unas miraditas... muy raras.

—Bebe un poco, y tranquila que no vamos a pasar hambre otra vez —le dije.

—Eso seguro, porque lo que necesitéis, me lo pides, ¿de acuerdo, Clara? —Andrés me miraba con la ceja arqueada y yo asentí.

Pasamos un rato hablando de los motivos por los que yo dejaba el trabajo y los que él me daba para que no lo hiciera, pero al final no íbamos a llegar a ningún acuerdo.

Mi madre se ponía del lado de Andrés y yo estaba alucinando en colores. Verlos juntos, hablándome y con esa bronca que me estaban dando, me hacía sentir que me la daban mis padres.

Reí mentalmente ante ese pensamiento porque no me importaría que mi Kevin particular se convirtiera en el Andrés de mi vida, en ese padre que me faltaba desde hacía tantos años.

Al final mi madre lo invitó a quedarse a cenar con nosotras y él, que decía que estaba la mar de a gusto en esa casa con dos mujeres tan guapas y simpáticas, aceptó.

Yo miraba a mi madre y le veía una sonrisilla de quinceañera que era para comérsela.

No si... al final iba a resultar que mi querido Kevin era todo un rompecorazones.

Andrés se marchó después de cenar, mi madre me pidió que pensara bien eso de dejar el trabajo y le dije que no había nada que pensar.

Le di las buenas noches y me fui a la cama. El viernes sería otro día.

CAPÍTULO 18



Tenía una ansiedad de esas que te oprimen el pecho y no podía casi ni respirar.

Fui a la cocina y mi madre al verme se apenó, me abrazó fuerte.

—Hija, me parte el alma verte así.

—Ya, no te preocupes, además el lunes me iré a buscar empleo.

—Tranquila, no lo decía por eso.

—Además, tengo dinero en mi cuenta, ya me lo descontará de lo que trabajé, así que me moveré para encontrar algo.

—Anda desayuna, cariño.

—Mamá no te preocupes, de verdad, estoy mal, pero se me pasará.

—Me tengo que preocupar hija, me dueles mucho.

—Lo sé —la abracé y me senté a tomar un café, no me entraba nada más.

—Hija, mi amiga me dijo de irnos de nuevo a su campo, pero me da cosita dejarte aquí sola.

—Mamá, vete, de verdad que no pasa nada, además luego me iré a la playa un rato.

—Vale, ¿te dejo echa una tortilla?

—No, no, ya me hago algo de pasta, ya veré.

—Pues en un rato entonces me voy que hoy me dijo de comer allí.

—Claro.

Tras el desayuno mi madre se fue y yo me puse a cocinar un poco de pasta para el mediodía, estaba con una tristeza, rabia y un dolor de esos que eran como si te sacaran las entrañas.

Me pasé toda la mañana ordenando mi armario, hacía tiempo que lo quería hacer así que aproveché y me puse manos a la obra mientras escuchaba música.

Andrés me llamó para preguntarme cómo estaba y me dijo que le había parecido mi madre una persona muy agradable, me hizo gracia, era tan entrañable.

—Martín me prohibió cursar tu baja ante la Seguridad Social.

—Pues no lo entiendo.

—Imagino que pensaré que volverás, lo que no entiendo es que si no te lo comunica...

—Ese hombre se piensa que todo el mundo tiene que ir con una bola de cristal adivinando las cosas y no, no volveré, ni muerta. Que se quede su puta empresa, su puta mujer, su puta vida, su puta cabezonería y sus putas mentiras.

—Bueno, no te pongas así, relájate el fin de semana y si te apetece volver el lunes, vuelves, mientras no curse la baja estás en tu derecho de trabajar.

—No voy a volver, es más, voy a buscar trabajo a partir del lunes.

—Vale, pero ya sabes, cualquier cosa me dices.

—Claro.

—Cuídate, mi niña.

—Gracias, Andrés.

Más buen hombre que él, no creo que hubiera nadie sobre la faz de la tierra, le había cogido un

cariño impresionante al igual que él a mí.

Sentía que mi mundo volvía a desmoronarse en mil pedazos y no lo podía permitir, ahora tenía que sacar agallas para dar un cambio drástico, esto me había dejado bastante tocada y yo estaba enamorada de Martín hasta las trancas y más allá.

Dejé mi armario y mi cuarto nuevo, le había metido un tundo de esos que brillaba más que “El Corte Inglés”, además todo muy bien organizado.

Comí y me tiré en el sofá a intentar dormir la siesta, quería de todo menos pensar, no dejaba de llorar y es que tenía una pena bien grande, me había dejado todo más que tocada y hundida.

Me levanté dos horas después y tenía un mensaje de Martín, me eché a temblar hasta miedo me daba abrirlo, me costó un buen rato hacerlo y es que no tenía ganas de discutir, ni de que me dijeran nada y menos él, ya estaba demasiado tirada por los suelos como para que me afectara más.

Cuando me decidí a hacerlo él estaba en línea.

Martín: *Espero que el lunes te incorpores a tu puesto de trabajo, eso no tiene nada que ver con lo que pasa entre nosotros y creo que no es momento de tirar por la borda algo que te hace bien a ti y a la economía de tu familia.*

¿Era tonto? ¿Se había caído de un guindo? ¿Iba de héroe? ¿Ahora me iba a dar clases de moral y de qué hacer con mi vida?

Lo dejé en visto y cerré el mensaje, no iba a contestar, ya le escribiría el lunes exigiendo mi baja y listo, pero vamos, que me daba una rabia...

Me duché y pensé que lo mejor que podía hacer era salir un rato al Paseo Marítimo y que me diera el aire, tomar una cerveza en una terraza, un montadito y para casa, pero quedarme encerrada iba a conseguir que me volviera más loca.

Aunque, entre lo que piensas, lo que haces, cómo te sientes y el caca que se forma en la cabeza, va un mundo. Así que, una vez me duché me puse una camiseta larga y me tiré en el sofá. ¿Dónde cojones iba a ir sola con la cara de una muerta viviente?

Esa noche me estuve mensajando con Melody, estaba plétórica de felicidad y no era para menos, su historia estaba siendo de lo más bonita y encima estaba culminando en vivir juntos. Me alegraba muchísimo por ella, pues todo lo bueno que le viniera era más que merecido.

Esa noche me acosté temprano y lo peor de todo es que me volví a quedar dormida, estaba como un alma en pena, pero el sueño no lo perdía.

Me desperté el sábado con el timbre de la puerta, al abrir me quedé sin palabras.

—Martín... ¿Qué haces aquí?

—¿Me invitas a un café?

—Pasa —me aparté alucinando en colores.

—Gracias.

Me dirigí a la cocina, encendí la tostadora, la cafetera y miré el móvil, apenas eran las nueve de la mañana. ¿Lo habían tirado de la cama?

—Tú café y aquí tienes tostadas.

—Gracias.

—¿Y bien? —pregunté sentándome y es que imaginaba que, precisamente a que le pusieran un café no había venido.

—Vengo a pedirte que me acompañes a un sitio.

—¿A hacer la compra? ¿A chupártela? ¿A matarnos en un hotel?

—No —sonrió con tristeza.

—No entiendo nada, me dejas a la altura de una mierda, me acusas de haberme acostado con Andrés...

—Lo siento, ayer estuve cenando con él y me lo contó todo, he sido un imbécil por esa parte.

—¿Y por la otra?

—Lo fuiste tú, no debiste acostarte con nadie por despecho y un ataque de rebeldía.

—Aquí no eres el único que tienes derecho a las cosas por mucho dinero que tengas.

—Deja de hablarme de dinero y de cosas que me reprochas que yo no considero que sea así, por favor.

—Eres tú el que haces que así sea, te crees con unos derechos por ser quién eres y la vida no es así.

—¿Crees que si fuera así estaría aquí en esta barriada que seguramente cuando baje me habrán desvalijado el coche?

—Tampoco te pases...

—Ven conmigo, por favor.

—¿Adónde?

—A hacer algo que si no estás a mi lado acompañándome no seré capaz.

—No entiendo nada, a mí háblame en gaditano.

—Acompáñame, por favor, ya lo entenderás.

—No, no voy a ir a ningún sitio, Martín.

—Te lo suplico —agarró mi mano por encima de la mesa y la soltó.

—Tienes un problema y es que te piensas que puedes manejar las cosas a tu antojo, que ahora puedes decir esto y hay que hacerlo, mañana lo otro y también y los demás no vivimos para estar a tus pies, también somos personas —se me saltaron las lágrimas.

—No sé cómo manejar mi vida —se le saltaron a él y me quedé a cuadros, no me lo esperaba —. Solo sé que estoy viviendo una vida que no deseo, que no soy feliz y que se me va a esfumar lo que tanto amo.

—No es que no sepas manejarla, es que te piensas que todo se puede hacer como quieras, que puedes meter la pata hasta el cuello y luego no pasa nada, pero los demás que no la metan porque entonces son una basura a la que tratas como tal.

—No es así, Clara.

—Sí es así, pero no lo vas a reconocer jamás.

—Te pido que me acompañes, comenzarás a entenderlo todo.

—¿Sabes? No soy tan mala persona y no me gusta verte así, no sé dónde quieres que vaya, pero dime.

—Necesito que hagas las maletas y te vengas conmigo unos días a solucionar algo.

—¿Unos días?

—Sí, quizás cinco o seis.

—¿Y qué pasa que no te puedo acompañar y venir por las noches a dormir a mi casa?

—No, hay que ir a Galicia.

—¿Arriba del mapa a la izquierda?

—Ahí —sonrió sin perder la tristeza.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí?

—En coche, son unas diez horas...

—¿Y mi baja en el trabajo? Sé que aún no me diste...

—Sigues contratada. Por favor, dejemos eso para otro momento, cuanto más temprano

salgamos, antes llegamos.

—Sí me jodes el viaje o me reprochas algo, te juro que nos la vamos a ver.

—Tranquila, no es mi intención.

—Está bien, voy a preparar la maleta.

—Echa alguna chaqueta o rebeca, allí por las noches hace fresco.

—Está bien.

Entré a mi cuarto y solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Me lo hubiese comido a besos, lo amaba más que a mi vida esa era la realidad y me quería ir con él al fin del mundo, pero no quería sufrir más. Estaba que parecía un alma en pena y la verdad es que toda esta situación me estaba superando mucho, pero había venido, estaba aquí y quería que lo acompañara a no sé qué. Era cabezón, pero había venido y eso era algo.

Preparé la maleta hasta la bola y salí con ella, recogí la cocina mientras nos tomábamos otro café y ya nos fuimos hacia el coche.

—Ves como no te lo han desvalijado —bromeé en un intento de suavizar la cosa.

—Ya veo, al final no van a ser malas personas —arqueó la ceja arrancando.

Llamé a mi madre en cuánto salimos de Cádiz y le dije que me iba con mi jefe a Galicia por unos temas de trabajo y que por favor no preguntara mucho. Vi por el rabillo del ojo a Martín sonreír, mi madre me dijo que no me preocupara, pero que tuviera cuidado y que se alegraba de que siguiera trabajando para esa empresa.

Martín no soltaba prenda de nada y yo no le iba a preguntar, además sabía que cuando se ponía así era el más hermético de todos.

Íbamos en silencio, escuchando música de “El barrio”, yo iba observando todo, cuatro horas después paramos para comer.

Durante la comida estuvimos charlando sobre Melody y Rodrigo, a él también le había sorprendido mucho y agradado que dieran ese paso, nada los ataba y se notaba que había mucho *feeling* entre ellos. La verdad es que lo había y a los dos se les notaba radiantes.

Reconducimos el viaje y ya estuvo más charlatán, me contó un poco de sus años en Galicia y mil recuerdos de esos que me hicieron conocerlo un poco más.

Llegamos a Galicia a las diez de la noche, después de una parada para comer y dos para tomar un café y tapear algo.

Fuimos directos hacia una casa en una aldea, me chocó mucho, pero era una preciosidad, toda entera de piedra en un lugar con una tranquilidad absoluta. Me contó que era de sus abuelos y que sus padres aún la conservaban con mucho cariño.

Estaba por dentro intacta ya que una vecina la cuidaba, además Martín había avisado y la dejó hasta con comida y demás, vamos que no le faltaba detalle.

—Podríamos habernos quedado en un hotel en el centro de Vigo, pero pensé que aquí estaríamos mejor y más tranquilos.

—Claro, siempre y cuando no nos matemos —volteé los ojos mientras negaba sonriendo.

—Seguro que no.

—Yo necesito darme una ducha.

—Adelante —señaló hacia el baño y abrí la maleta para coger mis cosas.

Me metí bajo la ducha y comencé a llorar, así de sensible estaba y es que me moría por abrazarlo, pero a la vez lo quería matar, era una sensación de, ni contigo, ni sin ti.

Salí y había preparado dos zumos, nos lo tomamos y fue también a ducharse. Me quedé mirando por la ventana, sentada en un gran poyete de piedra, aquel lugar transmitía la paz más

grande del mundo y es que se estaba de muerte.

Cuando apareció se me cayó el mundo a los pies, estaba guapísimo con esa camiseta blanca y tan moreno, además llevaba un pantalón corto de algodón en color azul marino que le hacía una figura... « ¡Quita esas cosas de la mente! » Me dije a mí misma.

Se sentó frente a mí en esa ventana y miró hacia fuera, casi todo estaba oscuro, pero aquel lugar tenía algo que embrujaba.

—He jugado tanto ahí afuera...

—Imagino.

—Recuerdo a mis abuelos que se desvivían por nosotros, sobre todo por mí, ya que fui su único nieto, su consentido, como ellos me llamaban.

—¿Tus padres son de Galicia?

—Sí, lo que pasa que mi padre es de Santiago de Compostela.

—¿Otro pueblo?

—No —se rio—. Otra ciudad de otra provincia, es como decir que tú eres de Cádiz y yo sería de Sevilla.

—Pues seríamos andaluces.

—Pues ellos gallegos, pero de diferente provincia.

—Ah ya entiendo, a este paso cuando me meta a estudiar me van a convalidar geografía —nos echamos a reír.

—Mis padres se conocieron en unas vacaciones de mis abuelos paternos aquí en Vigo, eran muy jovencitos y coincidieron por unos primos que eran amigos en común y nada, llevan toda una vida juntos.

—Qué bonito.

—Mis abuelos fallecieron hace diez años, primero mi abuela un mes de marzo, mi abuelo comenzó a decaer y dos meses después se fue, parecía que no asumía el estar sin ella.

—Debe ser triste después de toda una vida juntos.

—Sí, debió de serlo cuando no tuvo más fuerzas para luchar.

Estuvimos charlando una hora por lo menos, luego me preguntó dónde quería dormir y le dije que me daba igual, al final terminé en la habitación con él, en la cama, pero sin que pasara nada. Obviamente, había una brecha fuerte entre nosotros y cosas que aún no estaban solventadas y ni sabía si se llegarían a arreglar, pero no iba a ser jamás la otra de nadie, me negaba a eso, aún tenía las palabras de su mujer clavadas en mi mente y lo peor de todo es que lo amaba con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 19



Desperté y no estaba a mi lado, salí de la habitación y me lo encontré sentado en la ventana donde estuvimos charlando la noche anterior, se estaba tomando un café.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días, Martín, bien.

—Ahora mismo te preparo el desayuno.

—No, yo me hago el café, quédate ahí tranquilo.

—No, por favor, eres la invitada.

—Invitada... —Volví los ojos y le saqué una sonrisa.

Lo acompañé a la cocina y ayudé a prepararlo, no me iba a quedar de brazos cruzados.

Desayunamos en la ventana, es que era grande y ancho donde nos sentábamos, tenía algo que daba paz.

—Ahora iremos a Vigo, tengo que hacer un trámite.

—Vale.

—Te dejaré en una calle muy animada para que tomes algo o pasees, intentaré no tardar mucho.

—Tranquilo, el tiempo que necesites.

—Luego te llevaré a comer a un sitio que estoy seguro que te gustará.

—Claro —me encendí un cigarrillo.

—Antes que nada, quiero pedirte perdón por cómo me comporté contigo —cogió mi mano y la acarició—. No tenía derecho a eso y fue lamentable mi comportamiento, antes de anoche le pedí perdón a Andrés y hoy quiero pedírtelo a ti.

—Me alegro por él, no se merecía eso.

—Ni tú.

—Bueno, pero Andrés es un hombre demasiado bueno, ayuda sin esperar nada a cambio, es todo corazón y en su trabajo es ejemplar, no se merecía después de tantos años a tu lado esa desconfianza y que lo trataras como a un niño. Lo único que quiso hacer es protegerme y por eso dijo aquello.

—Lo sé y tienes razón, tuve un comportamiento deleznable.

—Ya está, te honra que le hayas pedido perdón.

—Y tú, ¿me perdonas?

—Claro, claro que te perdono y si te soy sincera me alegro de estar aquí contigo, no sé a lo que vine, pero si me necesitabas a tu lado aquí estoy, no puedo darte más, pero mi amistad la tendrás.

—Para mí no eres la otra.

—Ya, pero lo fui, esas palabras las tengo atravesadas en mi corazón y duelen mucho —me sinceré.

—Lo sé —acariciaba mi mano.

Terminamos de desayunar tras unos momentos de silencio y salimos de allí hacia Vigo. Dejó el coche en un aparcamiento cerca del centro y me señaló dónde iba a estar, me dijo que paseara

tranquila que luego me llamaba y me daría el encuentro.

Me dio un beso en la mejilla y se metió hacia el portal.

No tenía ni idea de dónde iba, pero imaginaba que para alguna reunión de su empresa y eso que era sábado.

Paseé un poco por aquella calle principal, llena de bares y tiendas, todo precioso, era muy diferente a Cádiz, nada que ver. Todos los sitios tienen algo parecido, pero que se veía otro tipo de construcción, me llamaba mucho la atención.

Me tomé un vinito blanco llamado Albariño y me pusieron unos mejillones que estaban riquísimos, además esos eran los jefes de los mejillones eran los más grandes que había visto en mi vida, me quedé impresionada.

Dos horas después me llamó Martín y le dije dónde estaba exactamente, no tardó en aparecer y venía con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te han dado una buena noticia? —pregunté sonriendo y él levantó la mano al camarero y le pidió que le trajera otra copa como la mía.

—Me acaban de dar mi libertad —acarició mi mano.

—¿Qué libertad? ¿Estas acusado de algo?

—No —rio negando—. Hemos llegado a un acuerdo mi mujer y yo, he venido a firmar el acuerdo de divorcio, ella también está aquí con sus abogados, así que tras un rato peleando por lo último hemos accedido los dos y hemos firmado, el lunes lo presentan en el juzgado y ya solo habrá que ir a ratificarlo.

—No sé qué decir, no sé si felicitarte o...

—Felicitame —agarró mi mano y la acarició.

—Pues, felicidades —me eché a reír, pero sinceramente tenía ganas de llorar de felicidad, de saltar, aplaudir, pero, ¿eso sería motivo para que...? No quería ni pensar, estaba más perdida que el barco del arroz.

—Ahora nos vamos a ir a un lugar precioso a celebrarlo.

—¿Nos vamos a emborrachar? —pregunté bromeando.

—Hasta perder el norte...

—¿Y el norte dónde está? —pregunté causándole una carcajada y echándose hacia atrás cuando el camarero le trajo la copa de vino.

—Estamos en el norte de España —olió la copa.

—Qué guay entonces no podemos perder el norte —carraspeé.

—Es un decir —me hizo un guiño.

—Y si ya habéis firmado... ¿Por qué tenías que venir seis o siete días?

—Por si las negociaciones se alargaban por si no había acuerdo.

—¿Y cómo es que no habéis firmado en Cádiz?

—Yo tengo mis abogados aquí y estos nos llevaron muchas cosas, saben de nuestros intereses, patrimonio y aunque ella haya cogido a otros, confía mucho en estos.

—Bueno, ustedes la lleváis, ustedes os entendéis.

—Debe ser algo así —volvió a acariciar mi mano.

Se le veía con un brillo en la mirada impresionante, era como si le hubieran devuelto la vida o se hubiera quitado el peso más grande de encima, aunque imaginaba que era una mezcla de las dos cosas.

Nos fuimos a buscar el coche.

—Me muero, ese es bolso que me compraré algún día —dije mirando un escaparate y es que

llevaba enamorada de ese bolso desde que salió anunciado en la tele.

—Vamos, te lo regalo —me agarró del brazo para entrar.

—Ni de broma, vamos, eso vale un pastizal y me lo compraré un día cuando pase de temporada y esté al cincuenta por ciento.

—Vamos.

—¡Que no! —me solté riendo.

—Está bien, ahora vengo —dijo entrando en la tienda Tous.

Madre mía que le iban a clavar casi trescientos euros y yo no podía aceptar eso. Me encendí un cigarro y desde fuera lo podía ver de espaldas en el mostrador, bien lejos, pero lo veía.

Un poco después salió con una bolsa grande y tres pequeñas.

—No debiste de haberlo comprado.

—Cogí alguna cosita más que pensé que te gustaría.

—Martín esto me hace sentir mal.

—Bueno, pues no debería.

—No puedo aceptar esa clase de regalos y además te debo el dinero que me adelantaste y la compra que hiciste de comida.

—No me debes nada, absolutamente nada.

—Pues me hace sentir mal —íbamos hacia el coche.

—No deberías —me hizo un guiño y entramos al aparcamiento.

Puso la bolsa grande en el sillón de atrás y me dio las tres pequeñas para que fuera viendo lo que había mientras él iba conduciendo.

Me morí directamente de amor o de lo que fuera, pero en la primera bolsa había tres pulseras de esas de cuerdas preciosas, me las puse corriendo y es que quedaban chulísimas. En la otra bolsa había un juego de pulseras de plata, con el anillo del oso grande y los pendientes. No me podía creer el pastón que se había dejado en la tienda, y en la tercera bolsa había un reloj de lo más bonito y llamativo, con esos tonos pasteles, me encantaba.

—Martín, no debiste haber gastado esa barbaridad de dinero.

—¿Ah no? Pues es el mejor invertido, sé que estás feliz con ello.

—Yo me conformo con cualquier cosa —dije cambiándome los pendientes y es que me lo estaba poniendo todo.

—Pero te mereces mucho más que todo esto.

—Gracias de verdad, es lo más bonito que me han regalado en la vida.

—Me alegro —acarició mi rodilla.

Tenía una sensación de lo más extraña, era como si de repente todos los males hubieran desaparecido, como si nada de lo que había pasado hubiera sucedido, era algo tan raro que me tenía completamente desequilibrada, pero con los sentimientos a flor de piel.

Me llevó a un lugar precioso a comer donde había mejillones de mil maneras preparados, frente a un muelle pesquero, el lugar tenía muchísimo encanto. Nos pusimos hasta arriba de marisco y de beber, además, nos reímos mucho contándome anécdotas y es que se le veía de lo más relajado y pensar que estaba disfrutando a mi lado, me hacía sentir de nuevo especial.

Es más, no dejaba de pensar que ojalá me diera un beso, lo necesitaba, tenía esa necesidad de fundirme con él, apretarlo con todas mis fuerzas y sentirme arropada. Tenía muchas ganas de que todo volviera a empezar de cero, pero ahora, sin el lastre de su mujer y sin ataduras que me hicieran sentir que era la que estaba irrumpiendo algo que no me pertenecía, eran cosas que me habían machacado mucho.

Tras la comida fuimos a pasear un rato, a tomar un café, a seguir charlando, incluso en algún momento me echó el brazo por el hombro y yo solo deseaba que me besara, era eso, pero el beso no llegaba y me ponía muy nerviosa. ¿Me estaría viendo de otra manera? Ya comenzaban mis temores a aparecer por todas partes, de querer tirarlo todo por la borda a querer recuperar esa magia que había entre nosotros, esas chispas de amor que saltaban por los aires.

Eran cerca de las ocho de la noche cuando fuimos a buscar el coche para regresar a la casa, íbamos a cenar allí relajados, además me apetecía estar a solas con él, sin ver a nadie más, solo nosotros dos.

Por el camino aproveché para llamar a mi madre, estaba pasándoselo de lujo con la amiga y eso me encantaba.

CAPÍTULO 20



Llegamos a la casa y lo primero que hicimos fue ducharnos, nos pusimos cómodos y preparamos la mesa, habíamos parado a comprar la cena preparada, una empanada y una ensalada de pasta, era un lugar que tenía mogollón de comida para llevar, lista para servir.

Llenó todo de velas y abrió un vino antes de sentarnos.

—Por nosotros... —dijo alzando su copa para luego chocarla.

—Por ti, que por lo visto eres quien tiene algo que celebrar —reí.

—Por los dos — e reafirmó.

—¿Y qué tengo yo que celebrar si casi tengo un pie fuera de mi empresa y mi vida va cuesta abajo y sin frenos? —casi bromeé.

—Ven —quitó la copa de mi mano y la puso sobre la mesa junto a la suya. Cogió mis manos y un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Quiero pedirte que me des la oportunidad de comenzar de cero, estoy seguro que te amo, no me hace falta más tiempo para estar convencido de ello.

—Me estoy cagando —solté bromeando.

—Me encanta ese desparpajo y naturalidad.

—¿Por lo bruta que soy?

—Por lo bruta que eres —pellizcó mi mejilla—. Quiero pedirte algo.

—Menos dinero, lo que quieras —reí echándome a un lado y apoyando mi frente en su hombro mientras reía y él acariciaba mi cabeza.

—Quiero que empecemos juntos desde cero, que nos prometamos fidelidad y si no la cagamos que espero que no...

—Habla que me estás poniendo nerviosa con tantas pausas —dije provocándole otra preciosa sonrisa.

—Que nos casemos el verano que viene...

—A ver, a ver —me solté, agarré la copa y di un trago—, que eso son palabras mayores. Alma de cántaro, ¿me estás pidiendo matrimonio a pesar de que hace unas horas has firmado tu divorcio? —me eché a reír y di otro trago.

—Esta vez lo pide mi corazón.

—A ver, a ver, que yo me entere... ¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Sí, te estoy pidiendo que no me dejes, quiero estar para siempre a tu lado y que me sigas sacando esas eternas sonrisas.

—¿No será que lo que tú estás buscando es un polvo? Porque para eso no hace falta tanta parafernalia —le señalé la copa para que me sirviera otra.

—A ver —me la sirvió y luego me agarró por la cintura—. Lo del polvo como tú dices, lo doy por hecho —sonrió y me mordisqueó la nariz.

—¿Ah sí?

—Siempre y cuando estés dispuesta —negó y me plantó un beso en los labios que casi me hace estremecer. ¡Me había besado!

No me puse a saltar porque se iba a venir muy arriba, pero ganas no me faltaron.

—Entonces...

—Entonces, ¿qué? —Me hice la loca.

—¿Me dejas ponerte este anillo de compromiso? —Sacó una preciosa sortija del bolsillo del pantalón de algodón que llevaba puesto.

—¿Otro anillo? ¡Me vas a montar una joyería! —reí.

—Estoy intentando ser serio y romántico y no me dejas —arqueó la ceja aguantando esa media sonrisa que no podía quitar de su cara.

—A ver, dime. ¿Para qué te quieres casar conmigo y tener un compromiso pudiendo tener a la que quieras?

—Porque desde que te vi supe que eras todo lo que había estado buscando, ya te lo dije.

—Bueno, ¿me lo puedo pensar? —Me hice la interesante y rápidamente colocó el anillo en mi dedo, que por poco me lo rompe.

—No hay nada que pensar —me pegó a él y nos fundimos en un apasionante beso de esos que te hacen sentir que lo tienes todo en esos momentos.

—Que conste que lo hago obligada y, por cierto, quiero seguir manteniendo mi puesto de trabajo.

—Por ahora...

—¿Cómo qué por ahora?

—Te quiero a mi lado ayudándome personalmente.

—Si hombre, vamos, cargando contigo todo el día, ni “mijita”, me niego —bromeé causándole una sonrisa.

—Quiero que esto marche viento en popa y que el verano que viene nos casemos.

—Mira Martín, a mí me sirves toda esa botella antes de decirme esas cosas, que una no está para tantas emociones.

—¿No te gustaría casarte conmigo?

—Yo no he dicho que no, pero es que no me lo creo, es como si fuera todo demasiado bonito para ser cierto.

—¿Y por qué no tendría que serlo?

—No sé —agarré la copa y le di un buen trago.

—Solo tienes que dejarte llevar...

—Estoy desde que te conocí montada en una montaña rusa, lo mismo estoy arriba, que estoy por los suelos —me eché a reír.

Nos abrazamos y volvimos a besarnos, sentí a un Martín más vivo que nunca, un hombre que se preocupaba por hacerme sentir bien, por vivir lo nuestro desde la libertad, esa de la que no había disfrutado hasta el momento.

Tras la cena nos fuimos a la habitación a perdernos en nuestros cuerpos, ese que hacía que vibrara con todas mis fuerzas y es que las sensaciones que tenía haciéndolo con él, eran demasiado buenas.

Había una enorme diferencia de edad, pero era algo que me gustaba, me sentía tan arropada, que me daba una tranquilidad increíble.

Tenía miedo de que pasara algo y todo se desvaneciera, que aquello hubiera sido un mal sueño y no tenía nada que ver con la realidad y es que no podría soportar otra caída de mis ilusiones, esas que solo se formaban a su lado.

Nos quedamos tres días más en Galicia, donde no faltaron infinitas muestras de amor, detalles y

momentos íntimos donde había una complicidad entre nosotros bastante fuerte.

Había ocurrido todo tan rápido y en tan poco tiempo, que pensé que nos había venido todo muy grande y que lo habíamos hecho todo mal, pero no, las cosas se suceden como tienen que suceder y ni el tiempo, ni las emociones y mucho menos los sentimientos se pueden manejar a nuestro antojo, esos fluyen de una manera libre e imposibles de gestionar. Eso nace de nuestro interior y se van amoldando a lo que vaya sucediendo, a veces duele, otras no, pero siempre te llevará por el camino que menos imagines, incluso a ganar todo aquello que veías como un sueño inalcanzable.

CAPÍTULO 21



Un año después...

De nuevo verano, y el día más esperado de mi vida.

Me casaba.

Sí, me casaba con Martín, ese hombre que llegó para poner mi mundo del revés y quedarse con un buen pedazo de mi corazón.

Cierto es que hasta llegar al día en que me encontraba, habíamos pasado por algunos momentos de lo más duros y difíciles al principio, pero ese hombre no salía de mi cabeza por más que lo intentara.

—¿Lista? —me preguntó Andrés, a quien le había pedido, sin que nadie lo supiera, que me acompañara hasta donde me esperaba mi futuro marido.

—Eso creo —reí nerviosa.

—Venga, que puedes con esto y con más.

—Pues vamos, dame el brazo, mi querido Kevin —no, no se me había quitado esa manía de llamarlo así y a él, le encantaba.

—Estás preciosa, Clarita.

Preciosa y cómoda, sobre todo, porque me había decantado por un vestido de gasa muy veraniego de tirantes ancho y escote en V con espalda al aire, bien vaporoso. Me casaba en la playa, así que debía ir acorde a las circunstancias.

Estábamos en un lujoso hotel en Novo Sancti Petri, en Chiclana, y mi prometido se había encargado de que estuviera cerrado en exclusiva para nosotros y nuestros invitados.

La ceremonia sería en la playa y el convite en el chiringuito del hotel.

Salimos de la habitación en la que me había arreglado y fuimos directos a la playa donde ya estaban todos esperando.

Mi madre decía que me llevaba ella, que no iba a dejar que fuera sola hasta mi prometido, pero le dije que no, que podía ir sola perfectamente, que para algo yo era diferente al resto de novias.

En cuanto me vio aparecer del brazo de Andrés, se llevó las manos a la boca y supe que estaba llorando.

Caminé agarrada del brazo de ese hombre que desde que hablamos por primera vez se había convertido en un pilar importante para mí, un buen amigo y confidente, pero, sobre todo, ese padre que me habría gustado tener.

Y ahí estaba Martín, esperándome en ese precioso altar que habían dispuesto para nosotros.

Juro que creí que llevaría un esmoquin, por lo que estaría asándose de calor, pero me había sorprendido al verle con un pantalón y una camisa de lino en color beige.

Madre mía, estaba guapísimo. Para comérselo, vamos.

—Martín, espero que hagas feliz a esta mujer, porque no merece otra cosa —le dijo Andrés, cuando me entregó a él.

—Tranquilo, que voy a encargarme de ello cada día de mi vida.

Andrés me cogió las mejillas, me dio un beso en la frente y antes de retirarse para ocupar su sitio, me dijo las palabras más bonitas que había escuchado nunca.

—No eres de mi sangre, pero te considero mi hija. Gracias por dejarme ser parte de tu vida desde que entraste en esa empresa y, sobre todo, por concederme el honor de entregarte en este día tan especial para ti. Te quiero, mi querida Clarita.

—Y yo a ti, Andresito.

Me iba a hacer llorar, pero me contuve cuanto pude.

El oficiante empezó con la ceremonia y Martín no me soltaba la mano en ningún momento. Me acariciaba la muñeca, me miraba, guiñaba el ojo, sonreía y sin hacer el más mínimo ruido me decía que me quería.

—Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo —me preguntó el oficiante.

—Sí, acepto.

Martín soltó el aire que ni siquiera se había dado cuenta que contenía, le miré y cuando le preguntó a él, contestó que sí.

Nos besamos entre aplausos y vítores de ¡Vivan los novios! Caminamos entre los asistentes y fuimos a la zona donde se celebraría el banquete, pero antes nos hicimos unas cuantas fotos en los rincones más bonitos del hotel.

Al llegar al chiringuito donde haríamos el convite, nos recibieron todos levantando las copas a modo de brindis. Cogimos una cada uno y brindamos con ellos.

—Estás preciosa —me dijo Martín, dándome un beso en la sien.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Creías que me pondría esmoquin?

—Pues sí, no imaginé que te pusieras tan veraniego.

—Hombre, con el calor que hace pues como que no quería pasarme la ceremonia y el resto del día sudando como un entrenador de fútbol.

—También es verdad.

Me puse de puntillas y le di un fugaz beso en los labios. En ese momento llegó mi madre con Andrés.

—Cariño, ¿por qué no me dijiste que él te acompañaría?

—Porque era una sorpresa, mamá. Sabes que me hubiera gustado que lo hiciera papá, y a Andrés le quiero como si lo fuera.

Mi madre miró a Andrés y ahí estaba de nuevo ese brillito que vi un año antes, cuando se conocieron en nuestra casa.

Desde entonces no se habían vuelto a ver hasta ahora, cosa que me extrañaba porque ambos me preguntaron en alguna ocasión por el otro. No quise entrometerme, aunque me habría encantado poder hacer de Celestina con ellos, dejé que todo siguiera su curso y esperé que algún día me dieran una sorpresa, pero nada, que o bien una o bien el otro, no hacían ningún movimiento.

Nos sentamos y disfrutamos del delicioso menú que nos habían preparado, a base de marisco, carne y pescado, todo acompañado con buen vino y música de fondo.

Y llegó la hora del abrir el baile.

Martín me llevó de la mano hasta el centro de lo que iba a ser la zona de baile, rodeada por las mesas donde los invitados nos observaban.

Empezaron a sonar las notas de un piano y, aunque no conocía esa melodía, me dejé llevar por ella y por mi marido mientras bailábamos.

Me apoyé en su pecho, cerré los ojos y recordé la primera vez que nos vimos.

Parecía que no hubiera pasado el tiempo y hacía poco más de un año de aquella noche en la que, dos hombres de negocios, se aventuraron a pasar unas horas con dos chiquillas que podrían ser sus hijas, o sus hermanas como bien me dijo Martín en una ocasión, y conocerlas hasta el punto de hacerlas sus esposas.

Sí, he dicho bien, sus esposas, porque mi querida Melody del alma y Rodrigo se casaron en primavera, apenas unos meses antes que nosotros, y de aquella luna de miel que pasaron en París, vinieron con sorpresa.

Ellos sí que hicieron honor al dicho de que los niños venían de París.

—Suegra, ¿bailamos? —le preguntó Martín a mi madre cuando acabamos el nuestro.

—Claro, hijo.

—Me resulta raro que me llames así, Antonia, que solo eres uso años mayor que yo.

—Pues te aguantas, que eres el marido de mi hija.

—Suegro —le dije a Martín, el padre de mi marido—, vamos a bailar.

—Eso está hecho, hija.

Adoraba a Martín y Rosa, mis suegros, que desde que me conocieron me trataron como a una más de la familia, con un cariño que no esperaba pues a ojos del mundo yo era la otra, la que había destruido un matrimonio.

Pero Rosa me quitó esa tontería de la cabeza, como ella dijo, y es que a la ex mujer de Martín la quisieron porque les había dado un nieto, pero por nada más.

Ellos vivían ahí, en Chiclana, en un chalé frente a la playa de la Barrosa donde solíamos ir a comer algún que otro sábado. Me gustaba mucho estar con ellos, eran como unos segundos padres para mí.

Tras ese baile Martín cogió a su madre por banda y yo a Andrés, bailamos con ellos y después brindamos con todos los invitados.

Las risas no faltaban, como tampoco faltó bebida ni alegría en un día tan especial.

—¿Cómo está la futura mamá más guapa del mundo? —le pregunté a Melody, sentándome a su lado.

—Agotada, pero todavía aguanto.

—¿Y mi sobrinita?

—Clara, agárrate a la silla, que te voy a contar una cosa.

—¿Qué pasa? Me estás acojonando con esa cara, Melody.

—Créeme que yo estoy más que tú.

—No me digas que le pasa algo a la pequeñina —yo estaba convencida de que mi amiga iba a tener una niña y se llamaría como yo.

—No, no les pasa nada —sonrió ella.

—Entonces per... Espera, has dicho, ¿les?

—Sí, voy a tener dos bebés.

—¡Joder con el madurito de Rodrigo! Menudo atino, hija mía.

—Ya ves, parecía que me estuviera esperando para rellenarme bien, como a un pavo.

Soltamos una carcajada y miramos a nuestros maridos, que reían en la barra del chiringuito.

Cuando nos miraron y vi la sonrisa de mi marido, sabía que habían hablado de lo mismo que nosotras, y tuve claro lo que quería conseguir en poco tiempo.

—¿Has visto a tu madre y Andrés? —preguntó mi amiga.

—Sí, muy acaramelados bailando.

—Se hacen ojitos, maja.

—Un año sin verse y preguntándome por el otro, ¿lo ves normal? La de tiempo que han perdido ese par de tortolitos —contesté.

—Hacen buena pareja.

—Muy buena —confirmé.

—¡Antonia! —gritó mi amiga, mi madre nos miró y, al ver nuestras sonrisas, se le pusieron las mejillas de un rojo cereza, que ni los mofletes de Heidi— Que de una boda sale otra boda, ¿eh?

La sonrisa que nos puso Andrés, lo decía todo. Y es que me daba a mí en la nariz que ese hombre me quería como su hija, pero de verdad y yo feliz, que adoraba a mi Kevin particular y sabía que le gustaba mi madre mucho, mucho. Y a ella él, que yo tonta no era.

Acabada la celebración, mi marido me cogió en brazos ante la mirada de los pocos invitados que aún quedaban y me llevó hasta nuestra habitación, ahí donde tendría lugar nuestra noche de bodas.

Nada más cruzar la puerta vi que estaba todo precioso, iluminado con velas y una música de fondo de lo más sensual.

Me recostó en la cama, se desnudó ante mi atenta mirada y después se deshizo de mi vestido lentamente, muy lentamente, tanto que me estaba empezando a desesperar.

—Que es mi noche de bodas —dije cuando me quitó las braguitas.

—Ajá.

—Y quiero que mi marido me haga gritar, durante horas, a ser posible.

Martín soltó una carcajada, se colocó entre mis piernas y tras inclinarse me besó con esa mezcla de amor y deseo que tanto me gustaba.

—Y vas a gritar, te lo aseguro, no solo durante horas esta noche, sino el resto de nuestra vida, preciosa —susurró mirándome a los ojos fijamente, dejando claro que no era una simple promesa.

EPÍLOGO



Cinco años después...

—Hija, ¿te ayudo? —me preguntó Andrés entrando en la cocina.

—No, papá, por aquí todo bien —contesté mientras dejaba otra bandeja de comida sobre la mesa.

—Bueno, me voy llevando esto fuera entonces.

—Gracias.

No os sorprendáis, que le he llamado papá porque un año después de mi boda, se casó con mi madre.

Hace cinco años que Martín y yo nos casamos, y en este tiempo nos ha dado para mucho.

¿Por dónde empiezo? Veamos...

Fuimos de luna de miel a Puerto Rico, nada como esas playas cristalinas en pleno verano para disfrutar de nuestros días de descanso, sexo, tranquilidad, sexo, hacer alguna que otra excursión, conocer fantásticos lugares y... sí, venir con regalito como los huevos Kínder.

Vaya, que me propuse traerme un niño de Puerto Rico como mi amiga se trajo dos de París.

Melody tuvo dos preciosos gemelos, Rodrigo y Carlos, que como ella decía que no podía ponerle mi nombre a su hija porque no había tenido una niña como quería, pues le puso Carlos en mi honor.

Yo sí tuve una niña, igualita que yo, en el genio me refiero, porque físicamente era como su padre.

Martina la bauticé, que así no se perdía la tradición familiar gallega de que el primogénito se llamase Martín. Qué buena yo, y cuánto me quiso mi marido por tan buen gesto. Nótese un poquito de ironía, por favor.

Mi hija tenía cuatro años, era un amor y adoraba a sus abuelos, a los cuatro, que se desvivían por ella. Bueno, por ella, y por mi pequeña Andrea que cumplía dos años.

Cuando le dije a mi madre y a Martín que quería ponerle el nombre de Andrés a mi segundo hijo, ambos se alegraron, y es que el vínculo paterno que tenía yo con ese hombre, era increíble.

Me quería muchísimo y se preocupaba por mí en todo momento, y yo a él, lo adoraba.

Cuando me dijeron que iba a ser una niña, pues hice como con mi hija mayor, una pequeña modificación del nombre para que tuviera esa parte de su abuelo que tanto la mimaba.

La vida nos iba bien, Martín y Rodrigo seguían llevando las riendas de su empresa, Melody trabajaba con ellos en el departamento de diseño, más que nada porque los cuatro descubrimos que esa alocada mujer tenía muy buen gusto a la hora de combinar piedras preciosas para hacer unos diseños únicos y exclusivos que hacían las delicias de joyerías y clientes.

Yo estudié, como dije que haría, me saqué el graduado ese para adultos y después hice un curso de contabilidad y administración de empresas. Vamos, que me metí de lleno en las oficinas de mi marido y me encargada del departamento contable.

Posiblemente su ex mujer estaría en estos momentos tirándose de las extensiones, la que decía

que no iba a permitir que me quedara con lo que ella había amasado durante años... Pues nada, que las cuentas las llevaba yo y mi marido encantado de la vida.

—Mamá, ya han llegado los tíos —Martina entró con Andrea de la mano.

—Muy bien, pues ve a llamar a papá, cariño, que no sé qué hace metido en el despacho un domingo.

—Vale. Vamos, princesita, a buscar al rey de la casa.

En cuanto mi madre, que aparecía en ese momento por la puerta, escuchó a mi hija decir aquello, me miró y las dos acabamos muertas de risa.

—Si es que es una Bronca en toda regla, hija. ¿Cuántas veces te ha oído decir eso de su padre?

—Muchas, mamá. Y mientras no lo aprenda la pequeña...

—Sí, sí, que también apunta maneras. La que le ha caído a Martín con vosotras tres.

—¿No decía que quería tener un par de mini Claras correteando por la casa? Pues ale, quería caldo, ahí lleva sus tazas.

Melody y Rodrigo llegaron con los niños, saludé a todos y guardé la tarta que mi amiga había encargado a una pastelería de esas que hacían lo que les pidieras, auténticas obras de arte parecían sus pasteles, además que estaban muy ricos.

Mis suegros no tardaron en llegar, así que empezamos a servir la comida y disfrutamos del cumpleaños de mi benjamina en familia.

Después de recoger la mesa, mi madre trajo la tarta, con la vela del número dos y cantando el cumpleaños feliz, Andrea aplaudía sonriente en mi regazo.

Soplamos la velita las dos juntas y me comí a mi niña a besos.

—¡Ole, mi niña guapa! —gritó Melody, cogiendo a Andrea en brazos.

—Mira que la consientes, de verdad.

—Hombre, soy su tía favorita.

—Lo que hay que oír —protesté.

—Mamá, me voy a jugar con los primos —dijo Martina.

—Vale, llévate a tu hermana, cariño.

—Ven, princesita.

Mis hijas se querían un montón, las veía a ellas y era como vernos a Melody y a mí.

—Esas dos de mayores van a ser como nosotras, Clarita —soltó mi amiga.

—Ya lo sé —contestó Rodrigo, haciéndonos reír.

Si ya lo veía yo, que Martina y Andrea serían las próximas Clara y Melody, solo que mis niñas iban a tener más suerte que nosotras y podrían estudiar lo que quisieran.

Mis hijas serían mujeres de provecho, esas estudiarían una carrera como que yo me llamaba Clara Bronca.

—¿Es usted feliz, jefe? —pregunté a mi marido cuando se sentó a mi lado pasando el brazo por mis hombros.

—Absolutamente feliz. Solo me falta alguien, pero...

—Siempre va a estar aquí —dejé una mano sobre su corazón y él asintió.

—¿Sabes? Creo que fue él quien nos envió a Andrea, que además naciera el mismo día que él... Ya sabes.

—Es posible, tu hijo es como un ángel de la guarda, y allá donde esté, cuida de sus hermanas.

—Andrea tiene algo de lo que él tenía.

—Entonces será una gran persona el día de mañana, estoy segura.

—Te quiero, Clara —me miró y después me dio un beso en los labios.

—Y yo a ti, Martín.

Miramos a nuestras hijas, que jugaban felices con Rodrigo y Carlos, y en ese momento supe que mi vida estaba completa.

Habíamos pasado por muchas cosas hasta llegar aquí, pero así era el amor, te pone algunos obstáculos en el camino que tienes que sortear, pero siempre se encarga de que la persona correcta llegue justo en el momento adecuado.

No hay que decaer, ni perder la esperanza de que algún día esa persona que está destinada a ti, llegará para quedarse.

Como se suele decir, lo que es para ti llega, tal vez tarde un poco más, pero cuando lo hace, lo sabes y debes luchar para que nada, ni nadie, impida que consigas lo que quieres.